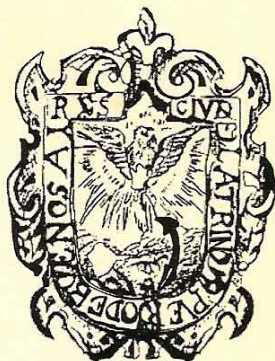




GASTÓN PÉREZ IZQUIERDO



LOS MARQUESES DE
BUENOS AYRES

CAMINO DEL
BICENTENARIO



GASTON PEREZ IZQUIERDO

**LOS MARQUESES
DE
BUENOS AIRES**

**CAMINO DEL
BICENTENARIO**

INDICE

Una marca en la frontera	Pág. 4
Cap. 1 Un pueblo portugués en los dominios de España	Pág. 14
Cap. 2 Ofensa Revancha. La Reconquista José Garro – Antonio de Vera y Muxica	Pág. 24
Cap. 3 Las armas no lo consiguen, la diplomacia sí	Pág. 46
Cap. 4 Buenos Aires Guerrera: Salcedo, Zabala y Cevallos	Pág. 61
Cap. 5 Vienen los Ingleses. Reconquisrta y Defensa	Pág. 79
Cap. 6 Esa Revolución de Francia	Pág. 104
Cap. 7 Levantamientos en América Española	Pág. 116
Cap. 8 Buenos Aires, una Revolución Previsible	Pág. 133
El Autor - Gastón PÉREZ IZQUIERDO	Pág. 155

UNA MARCA EN LA FRONTERA

Si alguien, por medio de un milagro capaz de alterar las reglas de la biología, hubiera nacido en Buenos Aires hacia mitades del 1600 y muerto a mediados del siglo XIX, habría nacido español y cerrado los ojos en forma definitiva siendo argentino. Pero además de ello, durante el transcurso de su existencia acontecimientos sublimes, que enriquecieron la historia de esos siglos le habrían dado riqueza moral a su vida.

Es posible que hubiera podido presenciar la aventura portuguesa en la Banda Oriental, erigiendo la colonia del Sacramento; la legendaria reconquista que llevó a cabo Buenos Aires por medio del valor de quienes lo gobernaban y la determinación de los hombres que lo poblaban.

Tal vez su ánimo sintiera los efectos de la frustración, cuando las negociaciones diplomáticas en Europa devolvían la plaza recuperada con el precio de muchas vidas a los mismos invasores. Y tal vez escuchara con fruición el clarín que en Buenos Aires llamaba a todos sus hijos a empuñar las armas para recuperarla una vez más... y otra, y otra, durante un tiempo superior al siglo, hasta que de manera definitiva quedara en las manos del reino al que pertenecía toda la región.

Durante su prolongada existencia también habría visto cambiar la tierra: el imperio español ya no gobernaría el mundo, como en los tiempos en que cerrara los ojos para siempre en Yuste el célebre emperador. Gran Bretaña, que había perpetrado el acto atroz de colocar la cabeza del desgraciado Carlos I bajo el hacha del verdugo, se había erigido en dueña de los mares. Su comercio ultramarino, que transportaba las manufacturas que salían de sus fábricas, consecuencia irreversible de la Revolución Industrial que alumbrara, invadía los mercados.

Pero por delante del portentoso hombre de Buenos Aires, pasarían otros

sucesos. El mundo vería la rebelión de las colonias británicas en América y el nacimiento de los Estados Unidos cuya vocación de potencia quedó anunciada en su mismo inicio. Vería la famosa Revolución de Francia, verdadera inflexión de la historia; sus postulados cambiarían la noción de todo lo conocido hasta entonces. También percibiría sus excesos, que corporizaran la guillotina y el Terror, fracasos del ideal de justicia y de gobierno. Sin duda habría visto surgir al estratega más sobresaliente de los tiempos modernos, cuyo imperio puso de rodillas a las dinastías más antiguas de Europa.

Y por supuesto, los hechos más significativos que se abrieron con el nacimiento del siglo XIX en Buenos Aires: la expulsión de los ingleses tras sus dos frustradas invasiones y el principio de la patria el 25 de mayo de 1810.

Pero los relatos de este fenomenal testigo, cuya vida perduró bajo los efectos de un milagro capaz de alterar las reglas de la existencia humana, por sí solos no tendrían frente a la Historia una importancia diferente a la que produciría una adenda agregada por mano ignota a un viejo código. La actividad de ese hombre inusitado, que debiera no ser tan avara como para atrincherarse en su propio egoísmo; ni tan espléndida para desafiarlo más allá de lo humano; ni por supuesto tan soberbia como para despreciar los sucesos que enriquecieron ese período, tendrían que servir para marcar el sesgo que tomó durante ese lapso la ciudad en que naciera.

Si tan insólito personaje hubiera podido existir, la exposición de sus aventuras habría sido como el botón de muestra de tantos destinos individuales que contribuyeron a construir esa época y a delinear la supervivencia de una revolución que abrió el camino para la emancipación de Hispanoamérica.

Viejo ya y con un pie en la tumba; carente de amigos, que lo han precedido en el viaje sin retorno, sin siquiera el consuelo de conservar enemigos, por la misma razón; despojado de todo temor que no sea el de la eternidad y liberado de las pasiones que suele desatar la juventud, podría sin embargo, hacer una última declaración. Y con ella decirle a las generaciones siguientes que la Revolución de Mayo triunfó en Buenos Aires porque la ciudad había sido fortalecida durante más de un siglo con la lucha desesperada a que la llevaron invasores que desafiaron la soberbia de un pueblo gallardo y atrevido.

Es que en la generosa nómina de hechos sobresalientes que registra

nuestro país se debe incluir la Revolución de Mayo, quizá el hito más notable de la emancipación de Sudamérica y orgullo del pasado argentino, a la que deben sumarse los hitos que jalonaron su producción como un anticipo del futuro.

No bien el investigador apoya la mirada sobre el suceso de Mayo con la inquietud de superar las crónicas que alimentaron la imaginación infantil – paraguas en la plaza, cintas celestes y blancas, idealismo criollo – le asalta una pregunta vital, cuya respuesta adelantara el mítico personaje inventado:

¿Por qué triunfó la Revolución de Buenos Aires? ¿Acaso no habían existido otros pronunciamientos libertarios antes, todos derrotados por los españoles?

Es verdad que la de Tupac Amarú fue una revolución diferente; llamémosla – en términos políticos modernos – una rebelión “reaccionaria”; era la vuelta al poder indígena y como tal, la sedición se hizo para vencer a España, pero también se la llevó a cabo contra los españoles nativos de esta tierra. Con abstracción de las formas crueles e inhumanas de represión que se emplearon, la del inca era una insurrección condenada de antemano al fracaso. Cerraron filas españoles y criollos para enfrentarla y formando escuadra se ocuparon de someterla.

Pero dejando de lado ese levantamiento, ¿no se habían alzado contra el poder de España los pueblos de Chuquisaca, La Paz y Quito? ¿No lo habían hecho también en Méjico y Colombia?

La revolución de la bella y bien plantada ciudad de Chuquisaca (Charcas se llamaba la provincia) comenzó el 8 de abril de 1809, se proclamó el 25 de mayo y para la Navidad de ese mismo año ya estaba sofocada; por fortuna para los involucrados, participaron en ella nativos y españoles que no proclamaron su separación de España.

Fue célebre la lógica aplicada (el “silogismo de Chuquisaca”): “Las Indias son del rey y no de España; si el rey está impedido de reinar, las Indias deben gobernarse a si mismas”, todo lo cual se hacía en nombre y con salvas entusiastas de lealtad a Fernando VII, aún cuando se sabía que la procesión iba por dentro y la independencia era la meta.

De hecho esta conclusión no fue original de los americanos; la Junta Central de Sevilla había dado pie a este silogismo con una Real Orden del 22 de enero de 1809. En ella la Junta decía “... que los vastos y preciosos dominios que España posee en Indias no son propiamente colonias o

factorías como las de otras naciones sino una parte esencial e integrante de la Monarquía Española”.

Esta reducción simple tuvo consecuencias drásticas. El virrey Cisneros desde Buenos Aires destacó una importante columna al mando del general Nieto con destino a Chuquisaca que no debió derramar sangre porque los sublevados, con excepción del valeroso y audaz Álvarez de Arenales, se rindieron en forma incondicional. Menos suerte tuvieron los patriotas de La Paz que, reprimidos por el general Goyeneche, fueron ahorcados o degollados y sus miembros clavados en columnas miliarias en las sendas del Alto Perú.

Ironías de la vida: Arenales, nacido en España, fue un patriota que abrazó la causa de la emancipación americana (se cubrió de gloria acompañando a San Martín); Goyeneche, feroz y sanguinario, había nacido en Arequipa; era hijo del suelo americano.

Casi al mismo tiempo (9 de agosto de 1809) estallaba en Quito una revolución similar, que deponía a las autoridades españolas al mismo tiempo que protestaba su adhesión al rey Fernando VII, sugiriendo que los destituidos pretendían entregar América a Bonaparte. También fue sometida a sangre y fuego.

En Méjico la revolución se comenzó a gestar a principios del siglo XIX, pero recién tuvo una manifestación ostensible cuando el virrey Iturrigaray expresó con tibieza su vocación por erigirse en cabeza de un régimen autónomo de Madrid. Sin embargo, los patriotas que intentaron sacudir el dominio y convertir la nación en una entidad soberana fueron Allende e Hidalgo el 16 de septiembre de 1810; derrotados por los realistas, ambos fueron ejecutados en 1811.

En forma errónea se suponía que estas medidas de escarmiento disuadirían los levantamientos, observando solo la superficie de las cosas y omitiendo ingresar en las profundidades que suelen estar en la raíz de las causas, que como las tormentas, son precedidas por brisas aisladas y ráfagas apenas perceptibles. Los movimientos revolucionarios no eran puebladas violentas, como la que en Cartagena apresó al gobernador y lo arrastró por las calles hasta quitarle la vida. En su mayoría el desalojo de las autoridades se hizo con respeto por sus vidas y bienes; la brutalidad que se utilizó para reprimir fue un recurso deplorable, que trajo de manera innecesaria rencor y

deseos de revancha hacia quienes fueron civilizadores de esta tierra. En ese sentido, el ejemplo de Brasil no puede menos que despertar envidia.

No incubaban en su origen las revoluciones (como ha sido dicho) la semilla de la intemperancia, pero las circunstancias militares que rodearon a la postre los pronunciamientos y el sometimiento violento con que se pretendió aleccionar a los cabecillas de Chuquisaca y La Paz cambió el rumbo de aquellas.

Si bien desde fines del siglo XVIII se habían comenzado a gestar movimientos independistas en las colonias - muchos de los cuales tenían su causa en la diferencia de beneficios y oportunidades para los hijos del país y los peninsulares - el amanecer del siglo siguiente los vio brotar en cadena.

Llama la atención que en tiempos en que las comunicaciones eran precarias, en que los hombres y las ideas tenían escasa conexión entre sí, las revoluciones aparecieran como si se tratara de una onda expansiva. ¿Cuál fue la causa de que ocurrieran de manera casi simultánea?

La verdadera razón debía buscarse, por un lado, en el estado de descomposición política en que se encontraba España y en la vocación libertaria que sonaba en los hombres nativos de América por el otro.

¿Por qué extraña razón esa misma rebelión contra España solo triunfó en Buenos Aires?

Imaginar la clave explicatoria del éxito es el propósito de esta obra, que el autor atribuye a la naturaleza del pueblo de Buenos Aires, trajinado en una lucha secular, como se verá más adelante.

Se sabe que el carácter orgulloso y arrojado era patrimonio de los habitantes de esta ciudad. El espíritu altivo, tal vez indomable, de su pueblo, se nutría de éxitos militares y mercantiles. La exportación de cueros vacunos (por la vía oficial y el contrabando) superaba el millón de unidades por año; Chile y Perú habían elegido el camino de salida de sus riquezas por Buenos Aires y solo ese tráfico dejaba en las arcas de la ciudad 35 millones de pesos fuertes. Vicente Fidel López lo insinúa en términos sugestivos: “Con esos progresos materiales y con las victorias alcanzadas sobre los portugueses, el espíritu de los naturales se había hecho viril y arrogante. En el fondo de su carácter nacional (permitásenos decirlo) descubriase una confianza marcial, algo petulante y audaz si se quiere, sobre todo en el porteño, que había venido a convencerlo de que por solo haber nacido en la inmensa tierra que pisaba, tenía la obligación de ser valiente y desparpajado, y como un título

de nobleza moral, que mal o bien se hacía reconocer como de su propio derecho”.

Por esa misma razón, este autor desecha la conclusión lineal de que la supervivencia revolucionaria de 1810 se debiera solo a la acción de Saavedra, quien a la cabeza de los Patricios y con reconocida valentía, dejó a España sin un ejército apropiado al desarmar sus fuerzas el 1° de enero de 1809, durante la intriga que pretendía destituir a Liniers.

Como es de suponer, esta interpretación no puede ir en desmedro de Saavedra, cuya intervención, con valor y astucia, fue decisiva. Pero la conclusión de esta obra juzga ese hecho por el ángulo opuesto: gracias a que Buenos Aires era como era, Saavedra pudo obrar como obró.

Es que siguiendo esa línea de pensamiento Buenos Aires fue una marca del imperio español.

Pero marca en el sentido que el término tenía en el bajo medioevo: en los confines distantes, el monarca asignaba a uno de sus señores el deber de fortificar sus dominios en esa región asegurando el territorio contra posibles invasores. El señor de la marca – el marqués – fue un precursor del caballero feudal; debía por sí no solo defender la tierra de su rey con el poder y las armas; también era el encargado de impartir justicia, ordenar la vida y hacer posible que el soberano descansara sin pesares.

En su infatigable defensa de la tierra y la religión; de sus emblemas y consignas; de los habitantes y la lengua, iba adquiriendo independencia de opinión y criterio, hasta convertirse en el propio soberano de si mismo. A partir de ese momento defendería el territorio que le había sido asignado con sangre, velando armas, pero ya no como un delegado del trono; sería el propio “domine” del marquesado.

Es cierto que las distancias ayudaban a esa separación; pero también influyó la debilidad de los gobiernos centrales, la indolencia y descuido que saturaba las cortes; las intrigas y los fracasos. A fin de cuentas, mientras cortesanos afeminados pensaban en divertirse y en el juego de la política y la diplomacia, el imperio se desangraba y los confines quedaban librados a la suerte de los marqueses, que debían poner el pecho a las intromisiones de aprovechados invasores.

¿Acaso no fue eso lo que ocurrió con Buenos Aires?

Los portugueses habían fundado en la margen izquierda del Río de la Plata la Colonia del Sacramento, cabecera de puente para obrar en

complicidad con Inglaterra en el contrabando de las manufacturas británicas, destinadas en forma clandestina a los virreinos de España. Por supuesto que el Tratado de Tordesillas no autorizaba la usurpación de esa área, que era escandalosa, pero España estaba débil y el infeliz Carlos II el Hechizado, no era ni Fernando de Aragón, ni Carlos I, ni su bisabuelo Felipe II. Ante la desgracia española, Portugal frotaba sus manos y se abalanzaba sobre los despojos que aún quedaban de la otrora gallarda vecina.

Sin duda, Portugal y Gran Bretaña habrían tenido éxito si no hubiera sido que en Buenos Aires se irguieron como un solo hombre los “marqueses” encargados de defender el confín de España: ahí aparecieron en siglos sucesivos los Garro, los Vera y Muxica, los Zabala, los Cevallos (el gran organizador y perspicaz general, “la última llamarada de España en América”, al decir del padre Furlong), los Salcedo, los padres jesuitas, con sus valientes escuadrones guaraníes. Ellos recuperaban por la fuerza de las armas lo que Portugal arrebatava a España por el engaño y la diplomacia, por el ardid y la intriga.

¿Era posible que a esa formidable ciudad de Buenos Aires, forzado centinela de la frontera imperial, después la sometieran los ingleses? Por cierto, lo intentaron con parcial suceso el general Beresford y el comodoro Popham, en 1806. Y decimos que en forma parcial el intento fue favorable para el invasor, porque alcanzó a apoderarse de los caudales destinados a España y durante un breve período ocupó el puerto y la ciudad e izó sobre el Fuerte el pabellón de la utilitaria Albion.

Había ocurrido un hecho sorprendente, tal vez influjo accidental en el triunfo provisorio del invasor: el “marqués” abandonó la ciudadela que se le había confiado para su defensa.

¿Cobardía de Sobremonte o cautelosa estrategia? Aunque la condena sobre el infortunado virrey ha caído con el peso de la fatalidad histórica, cuesta mucho pensar que un soldado que había dado muestras de valor en el combate hubiera sucumbido al temor huyendo del enemigo. Antes bien, algo sea dicho en su defensa; ¿habrá sido la suya una estrategia precursora de la que realizaron los rusos ante Napoleón primero y Hitler después? Es posible que imaginara hacer fuerte el virreinato en Córdoba, por ejemplo, dejándole frente a sí territorio vacío a los ingleses. Tal vez de ese modo podría haberlos obligado a extender en forma excesiva su línea de abastecimientos o aguardado a que, repuesta la nación agredida, ésta

iniciara en forma coordinada la recuperación de la tierra invadida. No se sabe y es difícil que alguna vez se sepa.

La suposición de que se tratara de una estrategia no es una afirmación vacía. Cuando el virrey del Río de la Plata era Arredondo, Sobremonte se desempeñaba como comandante general de armas y en tal carácter en 1801 presentó un plan para defender Montevideo de una posible (y esperada) invasión de Gran Bretaña. Estudió con detenimiento la plaza, observó la explanada que se extendía en dirección a los campos abiertos del interior y los rancheríos que se habían levantado en la barranca que daba hacia el río. Analizó con ojo crítico algunas elevaciones que hubieran permitido al enemigo situarse en las lomadas para emplazar allí la artillería y llevó a cabo maniobras prácticas para entrenar a soldados y oficiales, consistentes en un simulacro de desembarco en la llamada “playa Ramírez”. (Como si se tratara de una premonición, los hombres que tuvieron a su cargo las maniobras fueron los protagonistas de la primera invasión de Gran Bretaña. Liniers y Gutiérrez de la Concha mandaban las “tropas invasoras”; Sobremonte e Ignacio de la Quintana – quien después fuera ayudante de Liniers - las encargadas de la defensa.

Lo curioso y sorprendente es que ese fue el plan de asalto con que el general Auchmuty, seis años después, atacó y ocupó Montevideo, ocasión en que las fuerzas de protección ignoraron el entrenamiento previo.

Pero más allá del juicio que merezca Sobremonte, lo cierto es que el marquesado quedó vacante. Acéfalo el virreinato por desaparición del conductor, la marca quedó sin señor y sin jefe. Sobrevinieron los cabildeos, las disputas, las iniciativas heroicas pero desesperadas por enfrentar al hereje invasor, la confrontación entre el partido criollo y el español, hasta que surgió un nuevo marqués, que apoyó sobre sus hombros la gesta de la reconquista. Fue don Santiago de Liniers y Bremont.

Era éste un hombre de segunda fila, adscripto al prestigio del tío, amigo del duque de Choiseul, ministro de Luis XV. Pero el duque perdió toda influencia cuando pese al talento que se le reconocía y los aciertos que tuvo, cayó víctima de las intrigas de Madame Du Barry, la favorita del rey. Desaparecidos los vínculos con la corona, el tío solo pudo aprovechar la relación que había entablado con el duque de Grimaldi, ministro de Carlos III durante los famosos “Pactos de Familia”, para recomendar al sobrino, que fue acogido por la marina española.

Se destacó de tan viva manera Liniers en la ofensiva contra la plaza de Argel (tuvo un acertado desempeño en la erección de parapetos de arena construyendo “cabeceras de puente”); gracias a ese ingenioso ardid las tropas españolas pudieron evacuar la playa con escasas pérdidas bajo el intenso fuego moro.

El buen desempeño del joven teniente francés a las órdenes de la marina española fue de muy renombrado mérito, al extremo que lo destinaron a Buenos Aires, posesión que se suponía en ese entonces (aproximadamente 1797) amenazada por las escuadras inglesas.

Se sentía Liniers empujado por el destino a una vía muerta; alejado del centro de decisiones, enclavado en un confin del imperio, ni siquiera ocupaba los cargos más encumbrados que se repartían en ese escenario lejano. Don Santiago había quedado relegado a un oscuro final de segundón.

Es cierto que gozaba de fama y consideración en el medio social de la colonia y alguna aventura sentimental, después de la viudez, aplacaba su sangre expansiva, pero los años pasaban y era posible que la burocracia española olvidara a ese francés que alguna vez se había desempeñado con valentía e inteligencia en el ataque a Argel. En verdad se dice de él que tenía fama de ser hombre de escaso carácter y, ya resignado a que su vida militar y política terminara en un destino opaco, comenzaba a interesarse por la actividad comercial, al menos mejor remunerada y no tan martirizada como las misiones castrenses para las que estaba preparado.

Sin embargo, la fortuna tiene intervenciones impensadas. Cuando el desorden se apoderaba de los pobladores del marquesado abandonado, este francés al servicio de España, desde la Banda Oriental organizó la Reconquista. El enclave había encontrado un nuevo marqués; tal vez interino, suplente, provisorio; tal vez sin rango y título alcanzados por concesión real, a lo mejor débil y demasiado tolerante, pero era el señor feudal que protegía a los súbditos y encabezaba su defensa.

Bajo Liniers, el marquesado recuperó la ciudad usurpada y organizó la defensa. Supuso el nuevo marqués – con acierto – que los ingleses no resignarían la presa; como la fiera que había saboreado sangre humana, volverían a atacar de nuevo con la tenacidad imperiosa que siente el animal cebado.

Pero esta vez el invasor ni siquiera conseguiría alcanzar el Fuerte. Un pueblo invencible lo arrojaría otra vez a sus buques demostrando que esos

porteños, habitantes lejanos de un confín del imperio, estaban impregnados de soberbia arrogancia y cerraban filas junto a su marqués para defender una aldea chata y de escasa belleza. Una ciudad “semi curial, semi tendera”, diría Lucio López mucho más tarde; “como las griegas, donde la pobreza y el abandono de los primeros días eran un don favorable de su hada bienhechora”, añadiría con un dejo poético Luís Roque Gondra años después; una ciudad en cuyas entrañas palpitaba el fuego sagrado, que suele estar cargado de orgullo y valor.

¿Hubo un hilo conductor entre las valerosas reconquistas de la Colonia del Sacramento y el rechazo y derrota de los ingleses? Dejemos a Mariano Moreno trazar un sintético paralelo entre las guerras contra Portugal y el rechazo de los ingleses: “Si Buenos Aires en un estado débil y con un pequeño vecindario obró con tanto heroísmo –decía el Secretario de la Primera Junta - ¿qué no deberíamos esperar en 1806 de este mismo pueblo cuando ha llegado a componerse de más de 70.000 almas?”

Ese fue el Buenos Aires que despertó a la emancipación el 25 de mayo de 1810. Ciudad y pueblo templados durante más de un siglo en la épica recuperación de la Colonia y en la defensa de Buenos Aires frente a Gran Bretaña, la nación más poderosa del mundo. ¿Extraña que la Revolución hubiera triunfado allí, mientras la derrota había mostrado su cara hostil en otras latitudes? Los hechos descriptos alientan esa teoría y ella es la que trata de mostrar esta obra, recreando ese dramático y largo siglo que precedió a Mayo de 1810.

CAPÍTULO I

UN PUEBLO PORTUGUÉS

EN LOS DOMINIOS DE ESPAÑA

No era aún viejo; había nacido en 1635, época en que Portugal todavía pertenecía a la corona española. Había transcurrido más de la mitad de 1679 cuando el Regente – lo era de su hermano Alfonso y sería después Pedro II – lo designó Gobernador de Río de Janeiro, emplazada en esa bahía de aguas profundas y bellas que confundió a sus descubridores haciéndoles imaginar la desembocadura de un gran río.

Había crecido Manuel de Lobo con dos obsesiones, que abrazaba con fervor: odio a España (y a los españoles) y amor a Portugal. Nació hijo segundo de don Joao da Costa Fogasa de Sa y doña María de Menezes. Como tal, desde el principio se sintió relegado al papel reservado a los segundones, llamados por el destino a no heredar a sus padres en los honores de la casa (si eran hijosdalgos), ni gozar de los beneficios que de manera irrecusable pertenecían al mayor de los hermanos. Los segundones tenían dos caminos ante sí: tomar el servicio de las armas o ingresar a una orden monástica.

Su padre era un buenmozo donjuanesco, que había sabido deslumbrar a su hermosa madre (y a otras menos significativas mujeres, a juzgar por los siete hijos naturales que reconoció). En coherencia con sus reconocidos dotes de galán obtuvo, por la azarosa conjunción del matrimonio, el cargo de alcalde de Verdelho, que de manera hereditaria pertenecía a la familia de la esposa.

Tal vez por esta circunstancia (solo “tal vez”, ya que no existen pruebas expresas acerca de las causas) el segundón de la familia eligió el apellido de su abuelo materno, en lugar del patronímico del padre. Sin perjuicio de ello debe destacarse, tanto como para no desmerecer la relación filial, que esta era una costumbre habitual en ese tiempo en que los apellidos no tenían la fuerza legal de ahora. Muchos personajes de la historia – el famoso Hernandarias fue uno – elegían el de un antepasado sin que ello se hiciera en desmedro del afecto y respeto debidos al padre.

De la alternativa que se abría ante él – soldado o cura - Manuel de Lobo optó por la primera de ellas e ingresó al ejército del Rey, que por entonces se batía contra España en la agobiadora “guerra de los veintiocho años” (1640-1668) o de la “restauración portuguesa”. En esa guerra, Portugal procuraba asegurar la separación definitiva de la corona castellana, mientras que para sus adversarios implicaba el denodado esfuerzo por restaurarla.

Apenas superaba la adolescencia cuando ingresó al ejército real.

Fue infante primero y al poco tiempo pasó a asumir el grado de oficial en la caballería portuguesa; allí, a las órdenes del general André de Albuquerque, intervino en numerosos enfrentamientos con los castellanos, cumpliendo en todos un desempeño tan valeroso como acertado, al punto de ascender no solo en los grados de la milicia, sino en la consideración general del reino.

Al frente de los regimientos compuestos por los “caballos corazas” tuvo cometido llamativo en Badajoz y en Elvas, en Talavera y Montes Claros (donde hiciera prisionero a un general español), además de intervenir en numerosos combates de escasa relevancia en los que se distinguiera por su intrépida disposición para el ataque y ávido criterio para orientar la oportunidad en el ejercicio del mando.

Hacia 1679 había logrado ascensos tan importantes – tanto más cuanto se trataba de un soldado sin linaje ostensible – como para alcanzar el grado de maestre general de campo y ser ternado con otros dos personajes de notable importancia en la Corte para desempeñarse en el gobierno de Río de Janeiro, la perla de las colonias portuguesas.

Como es fácil advertir ahora, el sagaz Regente podía ver más allá de la línea del horizonte. Tenía ante sí la posibilidad de designar a otros: Ayres de Souza de Castro o Bernardino de Tavora Tavares, más fogueados en el servicio colonial.

Sin embargo eligió a Lobo - a fin de cuentas su foja de méritos solo decía que era un sobresaliente soldado - para desempeñarse en la gobernación de Río no solo para que administrara ese dominio de Portugal. Con carácter secreto, hizo llegar al funcionario una minuciosa orden real (tenía que ser abierta después de la partida), cuyo cumplimiento habría de observar el destinatario a rajatabla.

Don Pedro eligió bien: Manuel de Lobo, soldado valiente, intrépido y audaz; leal a Portugal, pero sobre todo, enemigo visceral de España. A esas condiciones el hombre sumaba dotes incuestionables de organizador y la poco común virtud de disponer de un juicioso criterio para afrontar las dificultades y resolverlas.

El Regente impuso al flamante gobernador, junto a las insignias del cargo, las instrucciones secretas a las que se aludiera antes, que constituían la clave de la ambición lusitana: sorprender a España, débil y enferma. Estaba ella gobernada por un monarca tan enfermo como en ese instante lo estaba el otrora glorioso imperio y tan débil en su capacidad de obrar como para que, con la muerte del rey, pereciera también el último vestigio de los Habsburgos en la península.

El objetivo de Portugal era pues, expandirse a expensas de España hacia el sur del Brasil, ocupar las tierras que en su margen izquierda baña el Río de la Plata, dominar esa inmensa llanura hasta el Atlántico, someter las Misiones Jesuíticas en tierras guaraníes y abrir una puerta al comercio (o al contrabando) con los dominios españoles, sujetos al monopolio establecido por la Casa de Contratación y vigilados con mirada anémica desde Cádiz.

Si la fortuna acompañaba este plan invasor, se abrían para Portugal tentadoras perspectivas: hasta podrían soñar con dominar Buenos Aires, donde una parte importante de la población era de origen lusitano.

No habían sido ajenas a estas especulaciones algunas tareas previas que llevaron a cabo aventureros interesados en excitar la voracidad de Portugal. Por caso, un francés llamado Barthelemy Massiac, propietario de un garito autorizado en Buenos Aires y vividor cotizado, había despertado la curiosidad de Colbert, pero – espía de Portugal al fin – llevó proyectos a don Pedro a fin de despertar su codicia sobre estas tierras situadas en la banda izquierda del Río de la Plata, generosas y gordas, en las que abundaba el ganado cimarrón y la buena madera. “Si los españoles de Buenos Aires no se

ocupan de explotarlas, no obstante estar apenas a ocho leguas de la costa opuesta ¿por qué no arrebatárselas?”

Se sabe también que otro portugués, en apariencia al servicio del futuro Pedro II, don Matías de Mendonca, habría operado a favor de Portugal, tratando de tentar a don Juan Arias de Saavedra, corregidor del Cabildo de Buenos Aires, con lisonjeras promesas crematísticas para que ayudara a la instalación de Portugal en estas tierras. Para infortunio del inescrupuloso corruptor, el soborno ofrecido chocó contra el patriotismo del Corregidor que no solo rechazó el ofrecimiento de viajar a Portugal sino que incluso trató de apresar al disoluto intermediario al par que hacía solemnes votos de fidelidad a su rey. La rápida huída de Mendonca a Río impidió que fuera apresado y entregado a la justicia.

Pensaba el Regente, con espíritu ladino, aprovechar la incapacidad circunstancial de España para burlar la histórica bula del Papa Alejandro VI y el Tratado de Tordesillas, que habían repartido el Nuevo Mundo entre las dos naciones católicas. Es obvio – los acontecimientos así lo certifican - que no contó en su especulación con la otra España, la que estaba realizando la tarea ciclópea de colonizar América y en la que se encontraban intactos aquellos valores que antes se manifestaron con el temple del acero en el imperio “donde no se ponía el sol”.

Resulta palmario que no tuvo en cuenta don Pedro que en América – Buenos Aires resultó ser una muestra patente – la España bizarra y fiera estaba intacta y, engordada por sus hijos nativos, se mostraba dispuesta a no permitir que el pendón de Castilla y Aragón fuera arrebatado por manos extrañas.

Pero el error del Regente no se produjo en la elección del funcionario; Manuel de Lobo, más que maestro de campo, general valeroso de los ejércitos portugueses y organizado general, era un enemigo acérrimo de España, como dijimos. La misión que le encomendara – entrar en la margen izquierda del Río de la Plata (y por qué no, más adelante invadir Buenos Aires, como también se ha dicho) – satisfizo no solo el sentido del deber que anida siempre en el pecho de todo soldado, sino el más pedestre y mezquino sentimiento del rencor acumulado. Lobo asumió pues, el cargo con una doble satisfacción: había sido elegido por el Regente del reino como hombre de absoluta confianza y además de asignarle la gobernación de la colonia

más preciada, se le había ordenado la tarea enorme de asestar un golpe certero a la gente de Castilla.

Pero la felicidad de Lobo no terminaba de ser completa; su salud no era buena; antes bien, se sentía enfermo. Lo azotaba el “mal francés”, enfermedad por entonces incurable y que lo retrajo, en acertada decisión, de tomar esposa y engendrar hijos. Por momentos acusaba una honda jaqueca, repetidas febrículas, un humor cambiante y extremo. Sabía que su destino estaba condicionado por la enfermedad y tenía prisa por escribir alguna página memorable, que recordara para siempre a ese hijo de Verdelho al que la Providencia asignó condición de segundón y su bravura e inteligencia elevó en rango a empresas superiores.

Acodado en la borda del buque que lo transportaba al Brasil, mirando sin ver hacia el infinito de mar y nubes, Lobo repasaba su vida en monocorde ensoñación: la infancia tan distante como poco prometedor, las incursiones de su escuadrón al frente de esos caballos briosos, casi de tanto aguante como los famosos andaluces. El vino fuerte de Algarves, bebido sin contención en la taberna que recibía el cuerpo cansado pero feliz de los jinetes. Mientras, leía y releía una y otra vez las instrucciones secretas del ambicioso príncipe de Portugal.

No lo seguía un séquito ni a él se le hubiera ocurrido procurarse uno; solo Manuel Galvao, un arrojado oficial de caballería que lo secundaba desde hacía mucho tiempo y lo acompañaba en todas las empresas militares que emprendiera. En Río necesitaría de un Galvao; corpulento y leal, dueño de un vozarrón insolente; tan audaz como simple; tan temerario como liso, siempre dispuesto a jugarse la vida para acompañar a su general, sin preguntar ni saber el motivo de la decisión que comprometía su suerte. Hombretón resuelto, de soberbia estampa, fortalecía su vanidad un par de enormes mostachos rubios que retorció en forma constante. Era, podría decirse, la contracara de Lobo, enjuto y silencioso éste, austero en sus inclinaciones y en el vestido, reconcentrado y de escasas palabras.

En verdad daban placer al gobernador las compañías femeninas, pero la enfermedad venérea que acosaba su cuerpo le hizo rehuir desde que la contrajo, el contacto con mujeres dignas y optó en cambio por la rústica escolta de la promiscuidad que brindan el burdel y la taberna. A su llegada a Río, dio rienda suelta a una sensualidad que no se le conocía, tal vez contenida por las campañas militares y las guardias inclementes en los

límites del Alentejo: se procuró el concurso de cuarenta y ocho esclavos africanos y tomó a su servicio una mulata cocinera, “la Dominga”, que satisfacía el apetito estomacal (y también el carnal) del flamante gobernador. Resultaba del todo comprensible que sus exuberantes caderas merecieran la admiración de su amo, un oficial de caballería acostumbrado a juzgar los potros por las formas de sus ancas.

Por la noche, mientras “la Dominga” servía los platos que daban gusto al hombre, éste releía una vez más las órdenes secretas y minuciosas del Regente. De acuerdo a ellas, debía ponerse en camino de inmediato a la margen izquierda del Río de la Plata y fundar en ella un fuerte, auspiciando la instalación de aldeas portuguesas en lo que después sería denominada la Banda Oriental (la lectura de las “Órdenes” permiten deducir, sin lugar a dudas, que el Regente sabía bien que el lugar donde pretendía fundar una colonia era español y estaba frente a Buenos Aires). También le ordenaba explorar más hacia el sur, procurando asentar un establecimiento militar que fuera precursor y protector de futuras poblaciones civiles; en las cercanías del conocido Monte Vidi, si fuera posible.

En forma precipitada, casi con furia, Lobo se aplicó al cumplimiento del plan.

Debía obtener personas adecuadas para llevar a destino; era preciso proveer vituallas y bastimentos; armar buques y conseguir tripulantes; convencer a artesanos, albañiles y técnicos, imprescindibles para levantar una fortaleza, erigir una Iglesia y construir casas (además de un Pelourinho, la picota donde se debían ejemplarizar los castigos).

Como era obvio, no se trataba de una excursión de paseo: las noticias informaban que los indígenas del lugar no eran mansos y por si fuera poco, enfrente de la futura fortaleza estaba Buenos Aires, lo que constituía una potencial amenaza, más allá de la inercia en que se suponía inmersa a España. Para afrontar todas esas perspectivas se debía contar con un verdadero ejército, bien armado y municionado.

Y esa era tarea de Lobo; para eso lo había elegido el Regente y el gobernador no pensaba desilusionarlo.

Se abocó de lleno a la tarea y en poco tiempo (antes del verano austral, que comienza el 21 de diciembre) estaba lista la flota, que con presuntuosa altanería así se la denominaba. En realidad era apenas un conjunto de

barquichuelos, que integraban tres charrúas de fabricación holandesa y dos sumacas (una de ellas transformada en fragatilla), armadas en Portugal.

Iban con el gobernador Lobo los cuarenta y ocho esclavos de su propiedad, algunos indios tupíes, muchos esclavos de diferentes dueños, artesanos especializados y hombres de tropa: cincuenta de caballería, que respondían a Galvao y a su segundo, el teniente Bartolomé Sánchez Jara y ciento cincuenta de infantería, cuerpo al que habría que agregar la dotación de artilleros, provista de dieciocho piezas. Es verdad que también se habían reclutado hombres sacados del presidio donde cumplían diversas condenas, pero en el bulto global eso era imperceptible. Lo cierto es que el grueso de la fuerza estaba compuesta por soldados veteranos, fogueados en fatigosas guerras con el castellano y con el moro.

El total de almas superaba las cuatrocientas personas y por supuesto no faltaban el leal y arriesgado Manuel Galvao y la inefable Dominga, a esta altura más insustituible en la cama que en la cocina.

La partida fue silenciosa, sin alharacas ni despedidas; había que dar vela lo antes posible y hacer una parada en San Vicente, donde era necesario intercambiar opiniones y trazar un plan coordinado con Jorge Soares de Macedo, un oficial experimentado, que debía acudir en forma concurrente con Lobo hacia San Gabriel (islas que están frente a la actual Colonia) y apoyar con la fuerza militar que marchaba a sus órdenes (y dinero entregado por el Regente, del que era portador) la expedición en curso. Después, mar y mar, afrontando los vientos adversos, las tormentas y correntadas traicioneras del Golfo de Santa Catalina, la calma chicha, ideal para poner a prueba la paciencia de los navegantes.

Casi un mes demandó la travesía; al final la derrota de la flotilla fue derivando hasta las pequeñas islas de San Gabriel, donde llegaron alrededor del 20 de enero de 1680.

Taciturno, ensimismado, encerrado en sí mismo, Lobo apenas se parecía al oficial radiante y activo que había organizado la expedición en tiempo record; hasta cuando retozaba en la cabina principal de la nave capitana con la Dominga parecía ausente, como si un presagio oscuro lo estuviera trastornando.

Soares no llegaba y para mayor contratiempo un patacho español sin duda los había divisado y en forma inmediata soltado velas a toda prisa hacia Buenos Aires. A estas horas, seguro los porteños tenían información de

ellos. Le habían hecho señas amistosas al navío desde la flota invasora suponiendo que podría acercarse, más que nada dominado por la curiosidad. Si el patrón hubiera aceptado el convite a estas horas estaría preso y las noticias de la presencia portuguesa guardadas a buen recaudo. Pero el astuto capitán español era más desconfiado de lo imaginado y la oportunidad se había perdido. ¡Qué mala suerte! Y para colmo, Soares no llegaba.

Por fin, Lobo dio la orden de desembarco en la isla de San Gabriel, cuando la noche estaba todavía cerrada y el sol aún no había roto la negrura del horizonte. Sería usada como plataforma, destinada a servir de enlén para el posterior asentamiento en tierra firme.

Los buques se habían acercado hasta las inmediaciones de la costa, pero los más avezados en el arte de la navegación advertían sobre la presencia de numerosos bancos de arena y algunas rocas apenas tapadas por el agua, capaces de abrir un surco en el casco de las naves. Era prudente anclar a distancia y bajar algunos botes para transportar carga y gente.

En la primera compañía de desembarco se alistó el rotundo Manuel Galvao, espada en mano y bigotes azotados por la brisa de la madrugada. Los remeros divisaron algunos bancos, rocas puntiagudas y un tupido follaje de juncos; no era aconsejable continuar navegando ni siquiera en botes planos y además el río no era profundo: había que continuar a pie. De acuerdo a su deber de jefe, el primero en descender era el mismo Galvao, pero su intrepidez se manifestaba siempre en el enfrentamiento con hombres, aunque estuviera en desventaja.

Esto era distinto; se debía internar en el río con el agua a la cintura y a su memoria acudieron historias de tabernas y leyendas que el vino ingerido con exceso provocaba. Decían esos cuentos que en los ríos y riachos que bañaban el Paraná y el Uruguay solían merodear los yacarés, especie de cocodrilos como los que poblaban África y tan feroces y carnívoros como aquellos (nadie les había advertido que en el Río de la Plata, donde estaban, no existían). Nadaban esas bestias sin hacer ruido, apenas se las divisaba en la superficie y cuando se distinguían las dos brasas coloradas que eran sus ojos, aparecían las fauces colmilludas del monstruo; pero ya era tarde para la presa, cuyos destrozos el animal saboreaba en el fondo.

Galvao tenía obligación de dar el ejemplo y si él vacilaba o percibían que

estaba amedrentado cundiría el pavor en el resto de la tropa; no había tiempo ni era el lugar de dar ocasión al miedo.

Además ¿no era San Jorge un símbolo de la caballería, el arma en la que él servía? ¿y no había matado San Jorge al monstruoso dragón? Bueno, la pesada espada que había revoleado en molinete tantas veces sobre su cabeza en las cargas de los “caballos corazas” ahora acometería sobre los supuestos yacarés dando cuenta de ellos como el santo había hecho con el simbólico dragón. Por otra parte, su general estaría oteando con el catalejo el desarrollo de las acciones desde la cubierta de la nave insignia y no era caso de darle una imagen de blandura o temor.

Encomendándose por lo bajo a San Jorge se arrojó al río. “¡Adelante soldados! ¡Por Dios y por el Rey!” gritó con energía, un poco para que lo siguieran sin vacilar y otro poco por darse coraje a sí mismo.

Poco después fueron bajando a tierra los restantes expedicionarios y los expertos comenzaron a construir una barraca, destinada a albergar enseres y víveres que habían transportado en la larga travesía.

Afirmada la base de operaciones en la isla de San Gabriel, el paso siguiente dispuesto por Lobo fue trasladar el esfuerzo a tierra firme, entrando por la filosa península, parecida a un espigón natural del continente.

Con emoción, conciente de escribir un mojón de la historia de su patria, Manuel de Lobo ejecutó el rito formal de la conquista: con la espada desnuda clavada en tierra, madero incrustado en el suelo y bendición del lugar por el padre de la Mota que los acompañaba, consumó la fundación del paraje y tomó posesión del lugar para la Corona de Portugal.

La ceremonia se llevó a cabo con toda la parafernalia del caso: don Manuel vestía uniforme de gala de los maestros de campo y en el pecho relucían las condecoraciones ganadas en años de pelea y sacrificio. Se había hecho recortar el pequeño bigote que lucía y la cabeza estaba tocada por el clásico chambergo a lo Schomberg, su último y legendario comandante de caballería que uniformó los regimientos a la usanza suya, con un ala del sombrero recogida contra la copa y la otra requintada sobre los ojos.

En verdad, Lobo odiaba a España y a los españoles, pero como no era necio, no dudó en imitar a sus héroes; al estilo de Hernán Cortés, que quemó sus naves para demostrar a sus hombres que apostaba todo a la conquista de Méjico, don Manuel despachó las naves de regreso a Río –

conservó solo un pequeño patacho – y con ellas una carta detallada al Regente, que la Providencia dispuso fuera la última que escribiera.

El Regente le había instruido acerca del nombre a dar a la colonia portuguesa: debía ser el de un santo o episodio evangélico; el que prefiriera Lobo o fuera más cercano a su devoción; con esas limitaciones le daba amplia libertad. Como no podía ser menos para un cofrade de la Hermandad del Santísimo Sacramento de Lisboa como era Lobo, el nombre derivó en forma natural: la colonia se llamaría del Sacramento.

No existen datos fehacientes acerca del día de la fundación, aunque se sabe que ocurrió después del 20 de enero y antes del 31; la conjetura en base a otras actividades (unos cañonazos de celebración parecen haber sido escuchados por espías de Buenos Aires) hace suponer que podría haber sido el 26 de enero de 1680. Ese día los portugueses pretendieron abusar de la alicaída España y desafiaron con insolencia la modorra de Buenos Aires. Y así les fue.

CAPITULO II

OFENSA Y REVANCHA. LA RECONQUISTA

1) EL HOMBRE

Buen vasco era don Joseph Garro. De buena madera y auténtica estirpe, con todos los vestigios de la raza. Había nacido en Mondragón y como quien habría de ser su adversario más notable, tampoco los oropeles del linaje había adornado su cuna. Al igual que Lobo, pertenecía a una familia hidalga, pero de la nobleza provinciana, y como aquél, había obtenido cargos y honores a consecuencia de un trabajo denodado y numerosos sacrificios, en los que el esfuerzo y la inteligencia habían primado sobre los antecedentes de casta.

Como hombre que había crecido en las duras tierras que están encerradas entre Castilla y León, los Pirineos y las aguas que moja el golfo de Vizcaya, al principio se había sentido extraño en una tierra que al frente exhibía un río que parecía un mar de aguas distintas a las de su patria y a sus espaldas se abría la inmensidad de una pampa sin elevaciones, diferente también al suelo escarpado de su Euskadi natal.

Tenía los rasgos físicos de esa raza empecinada: carácter firme, contextura sólida, manos grandes y fuertes. Había jurado lealtad a su rey y como buen español no conocía la palabra traición; nada habría de apartarlo de sus deberes y ni siquiera osaba recordar que su monarca era el desafortunado Carlos II. Carlos II, a quien se lo llamaba el Hechizado por su salud enfermiza, la notoria debilidad mental e incapacidad para engendrar descendencia. Se sabía que su muerte habría de ser una desgracia para España, porque la

vacancia en que quedaría el trono desataría la codicia de las Cortes europeas como ya ocurriera en tantas otras ocasiones en que los reyes murieran sin descendientes.

De su inolvidable tatarabuelo, el infeliz Carlos solo había recibido el nombre; pero el noble emperador - el último Cesar de Europa - no le había transferido ninguno de los genes que hicieron de su grandeza una leyenda. Carlos II veía con impotencia (hasta con indolencia) como el imperio se desgajaba y la lucha de partidos entre los favoritos de turno parecía una pelea de perros, desesperados por arrancar un pedazo de comida al hambre del día siguiente.

Don Joseph Garro, a las características físicas del cantábrico, agregaba una cualidad que hubiera sido digna de un florentino: estaba dotado de una gran sensibilidad política y su nariz – que no era en exceso prominente – había desarrollado un particular don para percibir las incomodidades que suele provocar esa actividad. Conocía las ingraticudes que provienen de ella y sobre todo, aprendió que ese arte, en el que la intriga y los engaños reinan, suele recurrir a formas oblicuas para dirimir conflictos, en los que muchas veces se carga la mano sobre un inocente para zanjar una desavenencia.

En pocas palabras; Garro siempre supo – y encontrarse en un extremo del imperio desde hacía ya varios años no había embrutecido su pituitaria – que el hilo se cortaba (y se corta) por lo más delgado.

Cuando se enteró que los portugueses estaban en la otra orilla del Río de la Plata intuyó que sobrevendría la guerra; no sabía por supuesto que suerte correrían las armas, pero comprendió desde el inicio que los tiros disparados en esa lejana región del Imperio habrían de producir estruendo en Europa.

En ese sentido se anticipaba al padre de la patria de los Estados Unidos. Cuando George Washington tenía solo veintidós años y revistaba con el grado de teniente coronel en el ejército colonial inglés, fue destacado a Ohio para construir un fuerte cerca de lo que es hoy la ciudad de Pittsburgh.

Allí se encontró con que los franceses habían llegado antes y levantado una fortificación. Washington se protegió con prudencia construyendo a su vez otra fortaleza, a la que llamó “Fuerte de la Necesidad” debido a que el gobierno debía a sus hombres la paga de varios meses, equipo, provisiones y pertrechos.

Poco tiempo después, se vieron las caras con los franceses; estos no tenían sus armas a mano y mientras fueron a tomarlas Washington ordenó a

sus hombres abrir fuego. Los indios iroqueses, que formaban parte de su pequeño batallón, atacaron sin tregua provocando una gran mortandad entre las filas de Francia. La refriega terminó con la pequeña dotación francesa masacrada, lo que trajo como consecuencia una reacción furibunda en su patria, después que Washington declarara: “di a mi compañía la orden de abrir el fuego”. Los medios de prensa aumentaron el hecho con detalles escalofriantes y el lejano enfrentamiento, que no debería haber provocado más efectos que los inmediatos, en el mismo teatro de operaciones, “dio inicio a lo que pronto se convertiría en una verdadera guerra mundial”, según la calificó Paul Johnson.

Hasta el mismo Voltaire dedicó su pensamiento al suceso: “una bala de cañón disparada en Norteamérica iba a dar la señal que haría arder Europa”. Horace Walpole, al biografiar a Jorge II, lo dijo con otras palabras: “un joven de Virginia dio la orden de disparar en un lugar remoto de Norteamérica y prendió fuego al mundo”.

La colonia del Sacramento, situada en el confín más remoto del imperio de España en América, también iba a encender la mecha en Europa, cuando una fuerza guerrera de porteños españoles y criollos empujara a los portugueses fuera del territorio invadido.

Cosa rara en un agente colonial, Garro tuvo conciencia plena de que los pasos que adoptara frente a los invasores formarían parte de la historia. Y por fortuna, su astucia política incidió de manera determinante para que las medidas que tomara consolidaran sus decisiones y al propio tiempo constituyeran una fuente documental de la crónica de esa época. Los interrogatorios, careos, testimonios, quedaron registrados en ordenadas actas notariales conservadas para la posteridad, como si el hombre supiera que siglos después esos papeles servirían para reconstruir el pasado en el cual a él le tocara cumplir un rol preeminente.

En realidad, por más que el Regente hubiera envuelto sus pasos en el secreto, España estaba en conocimiento de que los lusitanos intentarían un golpe de mano en el Río de la Plata; un par de años antes de la empresa de Lobo, habían trascendido esas intenciones.

No fue ajena a ese conocimiento una importante red de espías que España tenía diseminada en Portugal. De hecho el embajador de España, padre Maserati, era un hombre que además de conversar con Dios en sus rezos, sostenía diálogos en apariencia intrascendentes con los hombres más

elevados de la Corte lusitana. Bajo un exterior simple, casi básico, se enmascaraba la impronta de un político sutil, de aguda percepción, capaz de saber leer en los silencios, o aparentar indiferencia cuando el interlocutor estaba a punto de soltar alguna indiscreción, estimulándolo de ese modo para que siguiera adelante con la ligereza.

Aparentando una sordera que no tenía, solía inclinar la cabeza y ofrecer la oreja con la dulzura tambaleante de un anciano, incitando de modo imperceptible al traidor para que volcara en forma de confidencias lo que tendría que ser calificado como secreto de Estado.

Se decía – esto solo era un rumor, puesto que nunca a través de los siglos los comprobantes aparecieron o se ventilaron – que el enjuto padre era capaz de abrir sus faltriqueras para que esos “clientes del desliz” soltaran a cambio de una interesante dádiva información de utilidad para España.

De cualquier manera, sea con el ardid que fuere, lo cierto es que el buen sacerdote venteó algo inquietante detrás de la designación de Manuel de Lobo y con notable olfato continuó tirando del hilo hasta descubrir el ovillo. De ese modo, tuvo una sospecha bastante contundente acerca de las intenciones del Regente y dedujo que en la designación del flamante gobernador latía la intención de apoderarse de la margen izquierda del Río de la Plata.

Ni lerdo ni perezoso hizo saber sus conocimientos a la superioridad, quien dio curso de los datos obtenidos al Consejo de Indias para que procediera en consecuencia. Pero el Consejo era una máquina provista de engranajes demasiado pesados para responder con un respingo repentino y no hizo nada inmediato. De forma opuesta, la reacción de Garro en Buenos Aires fue muy distinta y la inacción de Cádiz y Sevilla se reflejó como un espejo invertido en los dominios más australes del imperio.

Por supuesto, también a oídos de Garro habían llegado noticias inquietantes sobre los planes portugueses. Por ejemplo: un desertor que huía de la capitanía de San Pablo y pasó a Asunción, hizo saber al gobernador Felipe Corvalán que don Jorge Souza de Macedo estaba preparando en la región de Santa Catalina un ejército para trasladarse al Río de la Plata, en apoyo de una misión que llevaba en secreto el gobernador de Río de Janeiro.

Escribió de inmediato Corvalán a su colega Garro en Buenos Aires dando cuenta del informe y casi al mismo tiempo el prior de los jesuitas, el padre

Altamirano, también le despachó una carta imponiéndole de los mismos datos. Claro que el buen padre, a diferencia de Corvalán, no se limitó a escribir: ordenó por medio de sus misioneros a los guaraníes, que patrullaran todos los recovecos de la costa este del río Uruguay hasta el Plata y espantaran – por las dudas - el ganado bovino y equino cimarrón que estuviere pastando en esa margen. Si los portugueses, esos impiadosos protectores de los bandeirantes, anduvieran con ganas de usurpar la región – se dijo - al menos no tendrían a disposición de ellos las facilidades del alimento vacuno y los caballos de transporte y guerra.

Garro recibía las cartas con el seño fruncido. Vasco decidido y de acción, sabía que Portugal era enemiga de su patria y él no estaba dispuesto a permanecer indiferente. Pero zorro cascoteado, también advertía que los juegos políticos que se cruzarían a raíz de ese suceso podrían convertirlo en chivo expiatorio, si se lo acusaba de desatar una guerra con implicancias seguras en Europa.

Así las cosas, el hombre se sentía entre la espada y la pared: si obraba, podría ser sancionado por acción; si no hacía nada, podrían caerle por pasividad. Como solía decir el adagio popular que tantas veces escuchara en el País Vasco, “palos porque bogas, palos porque no bogas”.

Pero después de largas cavilaciones extrajo una conclusión definitiva. Si tuviera que ser reconvenido, no sería por permanecer de brazos cruzados; la sangre vasca hervía en las venas del buen hombre y si los lusitanos perpetraban en sus propias narices el asalto, la insolencia no tendría respuesta pasiva por parte de él, Joseph Garro, natural de Mondragón, Euskadi, Reino de España, gobernador de Buenos Aires en nombre de Su Majestad.

Claro que una cosa era obrar con valor y patriotismo y otra muy distinta hacerlo a tontas y locas. De todos los pasos dejaría constancia – ya hemos dicho que gracias a esta cautela existen documentos de esa época - haciendo cabeza de expediente con las dos cartas recibidas, que lo ponían en antecedentes del peligro que sobrevolaba su jurisdicción.

Era probable que si los portugueses se acercaran las cosas terminaran con violencia. No importaba; él no la había buscado ni querido, pero tampoco se andaría quieto. Solo que adoptaría los recaudos administrativos, por si algún superior lejano, ajeno a las urgencias que se vivían en el frente de la acción,

viniera después con alguna reconvencción acusándolo de exceso de patriotismo.

Nada de “tras llovido, mojado”; al menos de dos cosas quedó seguro: una, si llegaban los portugueses no permanecería estático; y dos, dejaría constancia por escrito y en forma documentada de todos los pasos que lo habían llevado a actuar con violencia. Manos a la obra.

2) LOS PREPARATIVOS

Lo hizo de inmediato, apenas recibidas las cartas de Corvalán y el padre Altamirano. Para fines de noviembre encomendó al alférez Manuel de Ojeda que saliera con una embarcación chica acompañado por veinte soldados muy bien pertrechados para inspeccionar en forma minuciosa el litoral izquierdo del río, entrando incluso por el río Negro y el San Juan, además de visitar todos los cursos de agua que pudiera encontrar.

Le dio una consigna clara: tomar nota por si encontraba asentamientos o invasores, averiguar la nacionalidad de los mismos, número, cantidad de efectivos militares, pero debía evitar a toda costa un enfrentamiento armado. Si encontraba a los invasores, de inmediato tenía que regresar a dar cuenta en forma personal al gobernador.

Era astuto el buen vasco: le prohibió que, si encontraba gente, aceptara sus invitaciones y que rechazara cualquier convite, no fuera cosa que lo apresaran con ese ardid; la misma orden le daría a los sucesivos emisarios que enviara a las inmediaciones de San Gabriel. (Y explica la actitud de la embarcación que desdeñara el llamado de Lobo y pusiera vela a Buenos Aires).

Ojeda y los soldados cumplieron la orden con diligencia, pero volvieron sin nada; no había de que alarmarse, el Río de la Plata y la banda opuesta estaban desiertos.

Buenos Aires respiró tranquilo; no había de qué preocuparse, los portugueses no venían. Quedaron tranquilos todos, menos Garro, claro; el vasco encendió un cigarro, mordisqueó con incomodidad una de sus puntas, se sirvió una buena dosis de aguardiente con fastidio y masculló con fatalismo. “No han venido todavía. Ya vendrán”.

Entrecerró los ojos y por ellos desfilaron las imágenes del territorio que estaba bajo su mando. Buenos Aires era la trastienda de Lima; no tenía calles empedradas como la ciudad luz del virreinato ni los salones deslumbrantes que se levantan donde existe una corte; tampoco había en su territorio minas de plata y de oro, codicia del mundo entero.

Buenos Aires tenía una pradera inmensa que se llamaba pampa, estaba poblada por españoles y oriundos del país, que desafiaban el peligro y los famosos indios, tan impertinentes como peligrosos. Las calles de la ciudad eran un lodazal en invierno y arrenal en el verano; la gente arrojaba los desperdicios frente a sus casas y la mayoría de las viviendas eran de barro y paja. Pero era la ciudad que Garro tenía bajo su mando y para él era un pedazo más de España; bella o fea, flaca o gorda, donde estaba la insignia de sus monarcas estaba la patria. Y no sería él quien defecionara.

Estimulado por el aguardiente mandó llamar a don Tomás Gayoso, el escribano del gobierno y parlamentó con él a solas. El notario se fue asintiendo y quedó entre ambos la inteligencia de una decisión tomada en forma consensuada: se levantarían actas notariales de cada acción o declaración que se vinculara con este grave episodio; el escribano les daría fecha cierta y aseguraría que no hubieran intercaladuras, enmiendas o entrelineados sin salvar. Ya más tranquilo, Garro mandó llamar a su ayudante para encomendarle algunas medidas adicionales, atento a que diciembre transcurría sin novedades acerca de los portugueses, para él una verdadera obsesión.

Pero la rutina calurosa del mes de enero vino a romperla un humilde leñador, que reforzaba su pasar de marinero con la venta de leña y piedras picadas, extraídas sin molestar a nadie de la zona cercana a las islas de San Gabriel. Es que la margen izquierda del Río de la Plata era una suerte de res nullius, a la que cualquiera podía concurrir en busca de provisiones. Hasta era posible apropiarse de algún vacuno, de los tantos cimarrones que correteaban por la llanura, tantos había. Por supuesto no podía organizarse una vaquería en regla sin la autorización del gobierno, pero ello ya constituía una embrionaria explotación capitalista (algo desconocido en otros territorios del dominio español) y no se la aceptaba si no era bajo los presupuestos previos: pago de una tarifa o gabela y limitación del número de animales capturados.

En ese sentido, antes de aparecer el capitalismo como doctrina

económico-política, el Río de la Plata la aplicaba en forma exclusiva dentro de las colonias españolas: un concesionario pagaba un canon determinado para la captura de reses cimarronas. Después, a su costa contrataba peones a los que pagaba de su bolsillo un estipendio para trabajar a sus órdenes y según su plan. Con los animales sacrificados obtenía cebo, cueros, tasajo, que después comercializaba bajo su cuenta y riesgo. Deducidos sueldos e impuestos y si el tráfico mercantil que efectuaba era conveniente obtenía la ganancia del capital invertido; típica explotación capitalista. Pero apropiarse de leña o piedras al por menor, como hacía el modesto marinero puesto a leñador que se había aparecido en casa del gobernador, era algo que no precisaba permiso, porque su insignificancia lo hacía tolerable.

El leñador se llamaba Marcos Román, conocido en la aldea y no se sabía de él que tuviera antecedentes de mitómano.

Era el 23 de enero de 1680, el día del cumpleaños de Garro. Esa noche, ni bien cayeran los rayos del sol abrasador de esa época, una vaquillona estaría a punto de ser servida en los platos y hogazas de pan en que se apoyarían los trozos de carne para ser cortados y llevados a la boca por cada cuchillo que llevarían los invitados. Por lo menos esa era la usanza orientada por los españoles y adoptada de inmediato por los hijos de éstos, los primeros criollos que saborearon e impusieron el empleo del cuchillo como único cubierto en este estilo de asados, modales que perduraron hasta mediados del siglo XX.

A esa hora de la tarde, algunas esclavas del servicio de la familia del gobernador ya habían baldeado la galería y regado el primer patio, un poco por higiene y otro poco para refrescar el ambiente. Varios cubos repletos de agua aguardaban en un rincón la caída del sol para una segunda remojada.

La guardia que estaba de parada en la puerta del Fuerte – donde atendía y vivía Garro – interceptó al leñador que en estado febril, bajo los efectos de una gran excitación, el torso desnudo y el cuerpo sudoroso, pugnaba por confiar al gobernador importantes cosas que había visto.

Los centinelas estuvieron a punto de despacharlo de regreso, porque su aspecto se asemejaba más al borracho que al trabajador. La insistencia del hombre hizo que uno de los blandengues de guardia entrara al Fuerte dando cuenta de la novedad a Garro, mientras el otro permanecía con el intruso, cerrándole el paso hasta recibir la respuesta que debía traer el compañero.

El gobernador quedó más intrigado con la noticia que los soldados de guardia y no dudó en hacer ingresar al marinero puesto a leñador.

Ya frente al gobernador, Román habló de manera precipitada, como si hubiera visto al diablo mismo; pero, o bien la emoción había borrado sus recuerdos, o su imaginación le estaba jugando una mala pasada, porque el hombre no sabía nada, solo que vio varios navíos.

- “¿Alcanzó a divisar la bandera” preguntó con mirada inquisidora Garro

- “No señor”, respondió Román.

- “¿Escuchó la lengua que hablaban?” volvió a preguntar.

- “Tampoco señor, estaban lejos y no se escuchaban”, contestó el leñador.

- “¿Al menos vio si había soldados, el uniforme que gastaban, alguna divisa que hubieran enarbolado?”

- “No, tampoco, señor”. Garro se echó atrás en el sillón y quedó pensativo; ese hombre no había visto nada, al menos nada que pudiera hacer sospechar de los portugueses, pero era evidente que algo lo había asustado y el mismo Román no alcanzaba a percibir qué. De otro modo no hubiera venido corriendo a traer el parte como lo hizo; además, seguro que no mentía. “Los buques deben estar enfrente nuestro, como dijo este hombre y a estas horas es probable que estén desembarcando. Lindo regalo de cumpleaños me trajo esta gente. Pero ya se los voy a agradecer”, pensó para sus adentros apretando dientes y puños el gobernador.

Después ordenó a uno de los soldados de guardia que fuera hasta la casa del escribano Gayoso, a convocarlo de inmediato. Este llamado era urgente, debía venir de inmediato, no tenía nada que ver con la fiesta de cumpleaños a la que estaba invitado por la noche. Dirigiéndose a Román le dijo:

“De todo esto levantaremos un acta, en la que usted relatará lo que me ha dicho y lo firmará después”.

Por supuesto, Marcos Román no tuvo inconvenientes, salvo en lo de la firma, que no sabía estampar; el olfato político de Garro estaba funcionando. Nadie diría después que obró sin motivos.

Mientras interrogaba a Román el cerebro del Gobernador trabajaba con celeridad. Hasta que llegara Gayoso, Garro no perdió tiempo. Mandó venir a un tal Elgueta, para que al día siguiente zarpara del puerto del Riachuelo, donde atracaba un lanchón suyo y fuera en dirección a la desembocadura del río San Juan, observara la presencia de los buques de que había hablado Román, tratara de identificarlos y de paso viera de dar con el alférez Ojeda,

a quien por precaución había hecho repetir el periplo anterior. Al día siguiente, continuando las diligencias informativas dio orden a varias canoas que partieran de Las Conchas hacia Soriano con el mismo propósito.

El 2 de febrero quedó todo develado. Volvieron Elgueta y Ojeda (a quien había encontrado en el patrullaje) y relataron que vieron los mentados barcos y diversas maniobras que perpetraban los tripulantes. “Si, la divisa que enarbolaban era portuguesa”.

De todo ello tomó debida nota el prolijo Gayoso, como también registró que un día después impartió Garro una nueva directiva: esta vez encomendó al capitán Juan Mateo Arregui y al piloto Gómez Jurado que confeccionaran un relevamiento prolijo y minucioso de los invasores, lo bastante explícito como para tomar medidas militares. En una palabra: quería un eficiente informe derivado de un espionaje en regla; ellos eran militares y estaban en condiciones de recibir una orden tan delicada y peligrosa, algo que no podía hacerse con algunos de los civiles a los que había echado mano antes.

Se dieron a la vela los mencionados y cumplieron con creces las indicaciones recibidas. En la desembocadura del río San Juan hicieron descender a tierra dos caballos que llevaban a bordo, los que jinetearon de inmediato el dúctil Ojeda y un soldado de apellido Hinojosa, quienes recorrieron el litoral hasta dar con los portugueses. Toda esta relación la formularon al celoso Garro de manera pormenorizada cuando regresaron. Éste, más preocupado que nunca, ya tuvo en sus manos toda la información que necesitaba para dar curso a los aprestos militares.

Como suele suceder con frecuencia en los sucesos épicos, a esta no le faltó tampoco una cuota de humor. El mismo Gobernador quedó intrigado del informe minucioso que habían obtenido sus expedicionarios y los siguió inquiriendo, sospechando que hubiera algo inventado en el relato. Así supo por boca de Ojeda que los datos se los habían sacado a dos portugueses que integraban las fuerzas del general Lobo a los que encontraron pescando. Trabaron amistad con los sujetos y por las buenas – según Ojeda – éstos refirieron los pormenores que ahora él transmitía a su jefe: número de soldados, armamento, avituallamiento, cantidad de indios, esclavos, etc. Tan espontánea fue la locuacidad de los portugueses que ellos se despidieron como amigos, con un cordial “Bueno, hasta la vista, todos somos cristianos, caballeros”, siempre al decir de Ojeda.

Más inocente, cuando fue interrogado el soldado Hinojosa comenzó a

temblar de miedo y no se animó a mentir: “Le pusimos una carabina en el pecho a los portugueses que pescaban y nos dijeron todo lo que les preguntamos; después los dejamos atados, porque estaban cerca del campamento. El alférez me dijo ‘nada de violencia, como ordenó el Gobernador’ y con toda esa información regresamos a la lancha”.

En medio de las tensiones que hacía un par de meses le estrujaban el pecho, con este testimonio Garro apenas pudo contener la risa: “Bueno, esos son los soldados que vamos a necesitar para pelear con los portugueses”, dijo para sus adentros manteniendo la compostura. El eficiente Gayoso levantó una nueva acta con todas estas declaraciones; el expediente que Garro había iniciado con dos breves cartas ahora era un importante legajo; nadie podría decir que se estuvo de brazos cruzados; ni siquiera con los papeles.

Con la información completa en sus manos despachó las cartas que tenía en mente: al Virrey en Lima, Liñán y Cisneros, para ponerlo al tanto y pedirle autorización a fin de emplear la fuerza si fuera necesario; al gobernador del Paraguay en Asunción y al gobernador de Santa Fe, para requerirles auxilio armado. Por supuesto no olvidó al superior de los jesuitas, cuyos guaraníes eran imprescindibles en caso de atacar la fortaleza de Portugal.

Los jesuitas fueron los primeros en responder en forma afirmativa; guardaban un profundo recelo hacia Portugal, que toleraba a los portugueses bandeirantes (¿o los estimulaba?), esos bandidos feroces que entre otras tropelías andaban a la caza de indios para someterlos a esclavitud.

También llegaron las respuestas de Santa Fe y Asunción; la primera por conducto del gobernador, capitán don Alonso de Herrera y Velasco. Garro no podía sentirse menos feliz: ambos lo apoyaban y prometían fuerzas de ataque. Tardó más – la distancia no era la misma – la contestación del virrey. En realidad, con un paso de prudente minué, como quien cuida el puesto, le decía que ante todo requiriera a Lobo en base a qué títulos pensaba fundar una ciudadela. Se veía que el temeroso Liñán era más cauteloso y, quizá por efecto de la mayor lejanía, no trasuntaba la misma pasión que los restantes funcionarios consultados. Pero con la advertencia de ser prudente, también le daba luz verde.

Por otra parte era difícil imaginar al virrey alentando la violencia; además del cargo real, ejercía el ministerio episcopal: era el arzobispo de Lima. Sin

perjuicio de ello, y como una manifestación a favor de los planes de Garro, le mandó trescientos arcabuces y mosquetes, cincuenta botijas de pólvora y otros pertrechos, además de plata. “A Dios rogando y con el mazo dando”, diría un incrédulo.

Ahora solo quedaba armar la fuerza, intentar la evacuación pacífica de los portugueses de la fortaleza y si esta no se concretaba, atacarlos de inmediato. “Por las buenas o por las malas; el portugués dirá”, exclamó Garro a sus colaboradores. Y como lo cortés no quita lo valiente, empezaría por despachar misivas diplomáticas a los invasores, instándolos a retirarse de los territorios de Su Majestad.

Cuando las providencias habían comenzado a disponerse, llegó el teniente de León, el mismo que había despachado en canoas desde Las Conchas a Soriano (situado, por ese entonces, en la margen occidental del río Uruguay, es decir, en lo que es hoy la provincia de Entre Ríos).

El informe de de León – que llegó de regreso el 4 de marzo – confirmó a Garro en sus preparativos, pero trajo datos que fueron de notable importancia. En primer lugar, el militar se excusaba por la demora: el relato de las peripecias por las que debió atravesar es de una épica notable, que hubiera hecho desistir a un hombre de menos fortaleza. Pero al final, después de superar infinitos contratiempos, partió desde Soriano con las dichosas canoas y algunos indios “ladinos” (en el desierto de la pampa, se los llamaría “lenguaraces”) para iniciar el reconocimiento minucioso del asentamiento portugués.

El relato es digno de recordarse porque evoca una vista cinematográfica de acción. De León llegó a las inmediaciones del campamento de Lobo y atisbó desde un escondite el movimiento de la plaza; contó con prolijidad el número de cañones, los caballos (muy pocos), la cantidad de soldados. Se quedaron ocultos hasta las dos de la madrugada en que dividió la partida: tres indios se acercarían en forma subrepticia al campamento y harían un croquis en la mente; mientras, de León y tres hombres más iban a dar un rodeo, inspeccionar la costa y antes del amanecer el grupo tenía que reunirse en la desembocadura del río San Juan.

La acción de los indios fue de antología. Penetraron en el reducto, midieron el ancho y la profundidad de las zanjas, la longitud de los lienzos, la naturaleza de los parapetos. El cuadro tenía la extensión de casi una manzana y solo una casa de piedra se estaba levantando (con seguridad la

de Lobo); las restantes construcciones eran ranchos de barro con techo de paja.

Esmero habían puesto en cambio, para construir las defensas; los fosos eran continuados con un parapeto de tierra extraída de la misma excavación, al que se reforzaba con rocas vigorosas y barricadas consolidadas con piedras y arena (las llamadas “barricadas”). Entre cada protección, los portugueses colocaban estacas de madera puntiagudas, que en su prolongada extensión eran una muestra de siniestra amenaza. Todo eso, a su vez unido entre sí por espesas matas de espinillos cuyas púas constituían una ostensible advertencia para el posible atacante.

Una de dos: o la vigilancia no era muy buena o los indios eran en extremo sigilosos. Los guaraníes ingresaron a la fortificación, tomaron debida nota de todos estos detalles, alcanzaron a medir con detenimiento los laterales del parapeto y hubieran irrumpido en un rancho que estaba iluminado (en apariencia guardando herramientas y armas) si no hubiera sido que dos perros los descubrieron y comenzaron a ladrar sin tregua. Ante esa furia animal, los indios optaron por retirarse con el mismo sigilo con que habían entrado, sin que ningún humano detectara su presencia.

De inmediato, Garro hizo cálculos. Para cuando estuvieran en condiciones de atacar, los portugueses habrían perfeccionado la ciudadela; se necesitarían más medios y hombres para llevar a cabo el asalto. Imaginaba ya con sangre y pedazos de cuerpos espinillos y estacas, donde irían a clavarse los primeros valientes que iniciaran el ataque. Pero la preparación de las fuerzas propias le demandaría por lo menos algunos meses; durante ese lapso los portugueses continuarían mejorando las defensas con más ingenios destructivos y era probable que, además, recibieran refuerzos.

Para contrarrestar los aprestos defensivos, Garro no podía hacer nada, más que espiar lo mejor posible. Para eso contaba con los naturales del lugar, indios bravos llamados charrúas, cuyos antepasados habían vencido a Ortiz de Zárate un siglo antes. No tenían ninguna simpatía por estos intrusos que, según les advertían con astucia los porteños, eran expertos en esclavizar y vender en el mercado a los indígenas, desarraigándolos de su querencia y descuartizando a sus familias.

Respecto de los refuerzos, a los que venían por agua trataría de enfrentarlos antes de llegar, aunque las embarcaciones con las que contaba eran pocas y de escaso armamento, salvo que llegara el navío de Registro,

cuyos cañones estaban reforzados para repeler los ataques piratas. Si venían por tierra era otra cosa. Allí el conocimiento del lugar, la amistad con los indígenas y algún ardid que permitiera desarrollar la astucia de los españoles iba a equilibrar las fuerzas. Por de pronto Garro, en inteligencia con los padres jesuitas que habían venido con los guaraníes, diseminó una nube de indios por toda la costa, dándoles orden de no atacar a los portugueses para tratar de hacerlos prisioneros.

A veces la Providencia obra de manera de facilitar algunas cosas. Este fue uno de esos casos, que ayudó los planes de Buenos Aires. El infortunado Soares de Macedo, había salido en la fecha coordinada con Lobo, pero los vientos le fueron esquivos y la travesía demoró más de lo previsto. Al final, cuando doblaron lo que es hoy Punta del Este y enderezaron hacia Maldonado los tomó una tormenta furiosa. La nave de Soares naufragó, aunque la zozobra se operó en cámara lenta; el militar pudo ganar la costa con toda la tripulación (aunque perdiendo los bagajes) y comenzaron a desplazarse a pie hacia el norte, buscando el paraje en el cual debería estar Lobo. Iban en total algarabía, porque se consideraban salvados por milagro y en función de ello, tocados por una varita mágica.

A poco andar, divisaron indios que los estaban observando desde las dunas costeras, siguiendo sus pasos. Se dispusieron en orden de batalla, pero el sacerdote que marchaba con ellos alcanzó a divisar una cruz en el pecho de un indio. De inmediato supuso que se trataba de naturales cristianizados y les mostró, adelantándose al grupo armado, otra gran cruz que él llevaba.

El efecto que produjo fue inmediato; los indígenas se mostraron risueños, bajaron en son de amistad y poco después se acercó el jesuita que los guiaba. La solución no podía haber sido más feliz. Soares no cabía en sí de felicidad y se sentía con sobrados motivos para agradecer al destino.

Esa noche, mientras comían y bebían en alegre festejo, los guaraníes (no eran otros) bajo la celosa dirección del jesuita que los comandaba, fueron separando a los portugueses en grupos, retiraron sus armas y al finalizar el jolgorio les hicieron saber en forma cortés pero firme que eran sus prisioneros. El plan de Garro no podía haber funcionado mejor. Días después el desafortunado Soares de Macedo y sus hombres estaban en calidad de prisioneros en Buenos Aires. Se le respetó el rango, se lo trató con la debida cortesía, no se abusó de ninguno de sus hombres, pero quedó detenido. Lo

que es, Lobo podía mejorar las defensas, pero de los refuerzos, que se olvidara.

Se ha dicho que Garro obró siempre pensando en la guerra. No es así; hasta el último minuto estuvo dispuesto a negociar con Lobo, pero partiendo de una retirada de los invasores. No podría ser calificado su espíritu de belicista porque se negaba a entrar en las chicanas del portugués, que pretendía discutir primero los límites de ambas posesiones y decidir en consecuencia.

España siempre había considerado como suyo el estuario del Plata y los medios de demarcación, para modificar ese hecho aceptado con naturalidad, en 1680 eran precarios y muy lentos. Si hubiera aceptado la tesis del jefe portugués éste habría ganado el tiempo suficiente como para que la pretensión de Buenos Aires fuera quimérica. Garro obró, podría decirse, con determinación en un tema que resultaba por demás espinoso.

Su decisión y patriotismo hicieron posible la reconquista de la colonia que habían fundado los portugueses, tema al que nos referiremos a continuación, pero Garro ¿fue recompensado?

El vasco, noble pero astuto, hizo bien en levantar actas de todo lo sucedido, porque la justicia que España ganó por las armas la perdió en la mesa de negociaciones y el buen Garro venía bien para ser tratado como chivo expiatorio. Por supuesto, si no hubiera documentado bien todas las medidas que tomara, le habría ido peor. Fue trasladado como gobernador a Santiago de Chile, lo cual en términos políticos era un retroceso.

Por fortuna para su estrella, vivió hasta pasar los ochenta años y tuvo ocasión de obtener una justa reivindicación: fue designado gobernador de Guipúzcoa, su tierra natal, donde murió cubierto de gloria.

3) LA CARNICERIA

La correspondencia entre Garro y Lobo había terminado. Desde febrero habían intercambiado notas de rigurosa formalidad, en la que ambos expusieron con firmeza los derechos de sus reinos. El papel más complicado le cayó al pobre Lobo, que en una ocasión a bordo de su nave propuso un

brindis a los españoles para dilucidar los territorios de España y Portugal propiciando la demarcación definitiva “cuando hubieren agrimensores”.

La jugada le salió mal, porque estaba presente el teniente español Gómez Jurado, quien se presentó como idóneo y acto seguido desplegó un mapa holandés, según el cual la erección de la colonia del Sacramento se había hecho más de setenta leguas dentro del dominio español. Sorprendido Lobo, no tuvo otra ocurrencia que reaccionar como hacen los necios: rechazó el mapa neutral de los holandeses y proclamó que se debía estar a lo que dijeran las cartas portuguesas.

Con una sonrisa contenida, como la del jugador de barajas que ha tendido una celada al adversario sin que éste pudiera ya retroceder, Gómez Jurado redobló la apuesta y pidió que trajeran un mapa confeccionado en Portugal. Inclinandose sobre el dibujo, compás en mano, ya no pudo reprimir la sonrisa:

“Señores, incluso según este mapa vuestro, estáis cuarenta y seis leguas dentro de nuestro territorio” dijo con aire vencedor.

Pero Lobo ya estaba para la comicidad, si su obcecación no hubiera sido el prolegómeno de una tragedia: “Este mapa es demasiado viejo; hay que atenerse a uno nuevo” respondió con terquedad.

En la última carta entre el gobernador de Río de Janeiro y el de Buenos Aires aquel, con tono nervioso (ninguno de los dos jamás dejó de escribir con respeto y cortesía) le reclamó la restitución del general Jorge Soares de Macedo, prisionero de los españoles como ya hemos señalado más arriba. Y conminó a su colega español: “actúan como si estuviéramos en guerra; si es así, declárenla”.

Es evidente que ninguno de los dos quería ser el responsable de romper la paz que existía entre las recíprocas metrópolis, aunque ambos sabían que la cuestión iba a ser dirimida por la fuerza. Para simplificar las elaboradas argumentaciones de cada uno, digamos que Lobo sostenía que había ocupado en forma pacífica tierras de su Corona y no veía motivo al enojo de Buenos Aires; Garro replicaba que quien se introduce en la casa de otro, aún sin emplear la fuerza, está usurpando su dominio; por esa razón siempre había invitado a su oponente a retirarse de la Banda Oriental “por las buenas”.

Hacia el mes de julio de 1680 todas las colonias de España no podían reprimir su ansiedad, esperando que Buenos Aires actuara. Garro convocó a

Consejo de Guerra en la ciudad y la reunión se realizó en casa del Arzobispo, Monseñor Azcona. Estaba presente lo más granado de la sociedad porteña: autoridades del Cabildo, el escribano Gayoso, los comandantes de armas. Se resolvió emplear la fuerza: por unanimidad decidieron ir a la guerra; Buenos Aires en pleno participaba de esta determinación.

Con las espaldas cubiertas por esta decisión, Garro se abocó de inmediato a solicitar apoyo a las restantes jurisdicciones: Santa Fe acudiría con no menos de cincuenta hombres; de Tucumán trescientos; Corrientes – aquí el gobernador era el ex Corregidor de Buenos Aires, el incorruptible Juan Arias de Saavedra – se comprometía con ochenta jinetes aguerridos, avíos y caballos de repuesto. Córdoba no había definido el número, pero también haría su aporte. El virrey ya había mandado los arcabuces, municiones, trabucos y pólvora prometidos.

Garro hizo cuentas: el número de efectivos superaba en forma leve a los invasores, pero ellos estaban parapetados y tenían artillería; se necesitaban muchos más hombres y Buenos Aires, que había convocado con respuesta unánime a los varones de más de dieciocho años y menos de sesenta, no quería enviarlos a todos a la colonia portuguesa. Zorro astuto, Garro temía que al mismo tiempo que la ciudad quedara vacía porque sus habitantes peleaban en la otra banda del río, una flota invasora de Portugal apareciera por el puerto.

Con ese panorama era imprescindible echar mano a los jesuitas; escribió al padre Altamirano y le pidió ayuda de sus guaraníes. La respuesta del prior llegó de inmediato: “¿Serían suficientes tres mil hombres?” Mil quinientos de caballería y el resto infantes; acudirían con sus armas: algunas de fuego y flechas, hondas, boleadoras, macanas.

Garro dio un respingo de alegría. Con esa demostración de fuerza tal vez ni siquiera fuera preciso disparar un solo tiro; a su vista, Lobo no querría hacerse masacrar. Era previsible una retirada y él estaba dispuesto a concedérsela, reconociendo su dignidad y garantizando la inviolabilidad del oponente.

Por ahora, ya dispuestos a la guerra, quedaba un solo detalle: ¿quién sería el comandante?

Garro tenía in pectore el nombre: el general Antonio de Vera y Muxica, comandante de las milicias santafesinas. Era éste un hombre de condiciones de mando sobresalientes; un español indiano, es decir nacido en Santa Fe,

hijo de un canario que fuera funcionario de la Corona Criollo se lo sabía llamar. Solía obtener la concesión de vaquerías y marchaba en persona con sus gauchos desjarretadores a capturar el ganado cimarrón.

Vera quedó conmovido por la elección, pero igual se hizo desear un poco: estaba con demasiados achaques por la edad (tenía en ese momento sesenta años), dijo con humilde ansiedad. El que no se hizo desear fue Garro, por boca de su emisario; Vera y Muxica era el mejor general de que disponía España en esta tierra y no podía negar un servicio patriótico a la Corona, le reconvinó.

El viejo soldado no se hizo rogar más: se pondría a la cabeza de la fuerza que se organizara y marcharía contra la colonia portuguesa. La mayoría de los hombres de Santa Fe que lo iban a seguir, eran los famosos gauchos criollos que lo acompañaban en las vaquerías, acostumbrados a manejar la garrocha con cuyo extremo en forma de azada cortaban el garrón del vacuno para inmovilizarlo en tierra. Después lo despenaban con los famosos facones caroneros, que cargaban entre los bastos y la carona de los recados. Todo era cuestión de adaptar el arma: con reemplazar la media luna de la garrocha por un asta, el elemento se transformaba en una lanza.

Como si se tratara de una parada militar en día de fiesta, las fuerzas españolas, criollas y guaraníes se situaron a la vista de los portugueses. El espectáculo debía ser imponente: los ponchos multicolor de los tucumanos, los colorados de los santafesinos, los ponchos pampas y los calamacos de los porteños, los oscuros de los correntinos, a la luz del sol ofrecían una visión abrumadora. Numerosos portugueses desertaron y fueron llevados prisioneros a Buenos Aires. La lista de capturados aumentaba: a los iniciales de Jorge Soares de Macedo tenían que sumarse varios indios tupíes que fueron capturados cuando viajaban en una jangada por el río y encima ahora los evadidos.

Al poco tiempo se vio que la estrategia del sitio por hambre no funcionaría y era peligrosa. Los guaraníes – con el sigilo que los hacía imperceptibles – comerciaban por la noche con los sitiados y cambiaban carne recién faenada por aguardiente y telas. La estratagema pronto fue descubierta por los españoles, porque el indio no podía esconder sus logros: al día siguiente se lo veía luciendo los géneros que había trocado o bajo los efectos de la ingesta alcohólica.

En una ocasión se interceptó doce indios que llevaban una manta de

carne para los sitiados; Vera y Muxica, como buen militar quiso fusilarlos de inmediato. Los restantes jefes, más políticos, lo disuadieron: podía provocarse una rebelión indígena y perder ese elemento fundamental para engrosar la fuerza de ataque. Los sacerdotes también intercedieron por ellos. No, lo más conveniente era atacar enseguida, antes que la disciplina se perdiera por la inactividad. Los caciques querían acción.

Se decidió atacar por la noche, con la protección de la oscuridad para evitar en lo posible el efecto de la artillería; de cualquier manera, las primeras bocanadas de atacantes iban a una masacre segura. Conversaron con los caciques y se acordó que la vanguardia de ataque la ocuparían los guaraníes. Pero el precio no sería barato; los caciques exigieron un premio: el beneficio del saqueo para los indios.

Vera sintió repugnancia por la propuesta; los soldados españoles no habían participado en tiempos del antiguo Emperador en el saqueo de Pavía ni en el de Roma, que perpetraron lansquenets y mercenarios alemanes. Tanto el marqués de Pescara como el general Ávila habían resguardado la orden de Carlos I: los soldados de España no participaban en la entrada a saco. Cabildearon los jefes “blancos” y primó la necesidad; transaron con el reclamo: habría saqueo.

En silencio comenzó la carnicería.

Los portugueses no esperaban el ataque esa madrugada, que se llevó a cabo el 7 de agosto, antes de despuntar el alba. Los indios llegaron hasta las inmediaciones de la empalizada y la treparon. Después venía el foso, que un indio atlético midió en silencio. Al otro lado de la zanja, un soldado de Portugal, centinela de la primera línea, dormía abrazado al arcabuz, vencido por el sueño y el frío. Los músculos del guaraní, cubierto apenas con un taparrabos, se tensaron. Armado solo con el cuchillo que blandía en la mano derecha realizó un salto acrobático hasta caer sin ruido al lado del soldado, que abrió los ojos en ese momento solo para comprender que sería degollado en silencio.

Un centinela de la segunda línea, alcanzó a imaginar en la oscuridad del campamento la muerte del camarada y disparó un tiro de alerta. Se puso en pie de inmediato la tropa portuguesa y los artilleros corrieron a los cañones: inútiles disparos; los proyectiles sobrevolaban la cabeza de los soldados del ejército atacante.

Manuel Galvao había sido designado comandante en jefe por Lobo, que

guardaba cama muy enfermo; la designación causó malestar en otros oficiales que se sentían con mayores antecedentes que el lugarteniente de caballería. Pero Galvao hizo honor al cargo. Se puso al frente de sus hombres y en persona condujo la reacción; fue tan violenta y efectiva que los indios comenzaron a retroceder primero, para emprender la fuga después. Ahora los sitiados podían hacer puntería sobre las espaldas de los atacantes, que habían transformado la huída en estampida.

De no haber mediado la decisión de un cacique de enorme estampa, que empezó a distribuir mandobles entre los que escapaban, habrían tenido razón los portugueses que festejaban la espantada como una victoria de sus armas.

Pero la decisión del cacique fue muy oportuna. La ferocidad con que conminaba a los suyos el regreso a la pelea superó el temor a los portugueses y los guaraníes regresaron al combate con más ímpetu que antes. El refresco de nuevas compañías, que adiestradas y conducidas cada una de ellas por un oficial español o criollo entraba a la acción con marcial determinación, terminó por inclinar la balanza. Los ocupantes del cuadrilátero comenzaron a divisar una nube de invasores coronando las empalizadas del fuerte y pronto varios de ellos ingresaron al interior, preparando el camino a sus camaradas.

Vano resultó el esfuerzo denodado y furioso del teniente Bartolomeu Sanchez Jara para contenerlos; Vera y Muxica mostraba sus condiciones de estratega: cuando la resistencia portuguesa comenzó a estar comprometida por los nuevos desbordes guaraníes, dos compañías de Buenos Aires y Santa Fe, al mando del capitán santafesino Juan de Aguilera ingresaron por el sector opuesto de la plaza tomándolos no solo por la espalda sino entre dos fuegos. Pronto uno de los baluartes de la ciudadela cayó en sus manos.

El espectáculo no podía ser más sangriento: cráneos rotos, torsos descuartizados, vísceras esparcidas, miembros arrancados, gritos de agonía y alaridos de dolor desesperado. El bravo Galvao se batió como un héroe y dejando el lugar de mando se revolvió cuerpo a cuerpo con los españoles, pero sucumbió atravesado por numerosas saetas y el acero de sus oponentes.

Después de la conmoción que provocó la masacre, apareció la miseria moral, que se clavó como un puñal: los cadáveres desnudos, los ranchos vaciados, los saqueadores atiborrados de aguardiente y carcajadas. Vera y

Muxica debió hacer un esfuerzo para contener el desborde. Alcanzó a divisar que Lobo se había levantado del lecho con un gran esfuerzo y había sido derribado de inmediato por los guaraníes que se disponían a ultimarlos en el suelo. Se apresuró a imponer su presencia y con la ayuda de numerosos indios que le eran incondicionales pudo contener a los guaraníes más feroces. Después de salvar la vida del jefe portugués lo hizo trasladar con cuidado a otra vez a su cama. La caballerosidad de Vera no pasó inadvertida a Lobo: con la misma hidalguía lo instituyó heredero testamentario de todos sus bienes, tiempo después y mientras estaba prisionero en Córdoba tratando de recuperar su mala salud.

La masacre terminó con la mitad de los sitiados muertos. El capitán Manuel de Águila Elgueta (no debe confundirse con el alférez porteño destacado por Garro en misión exploratoria) junto a diez hombres tomó una canoa e intentó escapar por el río, pero el peso de la tripulación los hizo embancarse apenas partieron; los indios ingresaron al agua y los ultimaron entre las rocas de la costa.

Al final todos los sobrevivientes fueron enviados prisioneros a Buenos Aires.

Un párrafo especial merece la actuación que cupo a la Compañía de Jesús. Calificados autores han formulado críticas, afirmando que la conducta de los jesuitas, al incentivar y alistar a los guaraníes como soldados de Buenos Aires, no estaba en correspondencia con sus deberes misioneros.

Con una lógica no desprovista de razonables concordancias, han hecho hincapié en la circunstancia de que un sacerdote no debería auspiciar la efusión de sangre y – al contrario – entre sus deberes sagrados se encuentra el estímulo a la mansedumbre de sus acólitos, conforme aquella expresión evangélica de “poner la otra mejilla”.

No será este autor quien contradiga la santidad y exactitud de los mensajes que escogidos apóstoles atribuyen a Nuestro Señor. Sin embargo, se hace un deber acudir en apoyo de lo actuado por los misioneros jesuitas, sobre todo frente a los cruentos sucesos que acabamos de relatar.

Los portugueses, con sus propias incertidumbres y astutas maquinaciones habían dado lugar a un justificado temor de los indígenas y de los propios padres misioneros. Sobre las misiones guaraníes pendía el terror a los famosos bandeirantes, mezcla de traficantes y piratas, que asolaban el suelo

colonial, secuestraban indígenas, los sometían a una esclavitud brutal, arrasaban la tierra cultivada, robaban mercaderías y mujeres.

Era de toda verdad que no constituían una fuerza oficial de Portugal, pero también era un secreto a gritos que Su Majestad Fidelísima no hacía nada para contenerlos y al contrario, se sabía que el reino obtenía beneficios de la actividad de esos bandoleros.

¿Qué debían hacer los padres jesuitas? ¿Cruzarse de brazos? ¿Bendecir a los bandeirantes? ¿Aceptar que los piratas se apoderaran de los hombres, los vendieran, secuestraran a las mujeres, las convirtieran en mercadería de prostitución y observar con angelical indiferencia? Es posible que la fuerza no constituyera una respuesta evangélica, pero entonces habría que repasar las Cruzadas, el dominio territorial de los pontífices, el celo del Papa Julio II, de quien se decía que repartía bendiciones a cañonazos.

También se ha tratado de encontrar una contradicción entre la belicosidad del padre Altamirano y la mansedumbre de Nursdoffer; pensamos que no es tal si se consideran las épocas y las circunstancias en que cada uno de ellos debió actuar en relación con la defensa de los sagrados e inalienables derechos de sus fieles.

Para finalizar, digamos que la primera prueba de fuerza había terminado en una victoria rotunda; Buenos Aires había sabido defender el territorio. El Imperio podía estar tranquilo respecto de este marquesado: la tierra y los derechos eran suyos y nadie se los quitaría.

CAPITULO III

DERROTAS DIPLOMÁTICAS, VICTORIAS MILITARES

El buen vasco tenía razón. El hilo se corta por lo más delgado y a fin de cuentas, en el ajedrez de las potencias europeas él solo era un peón, susceptible de ser sacrificado sin remordimientos.

Es cierto que la noticia de la reconquista de Colonia por parte de Buenos Aires fue recibida con opuestas sensaciones en España y Portugal. La Corte de Madrid festejó alborozada; la invasión de los portugueses había sido desbaratada y el pabellón de Castilla salió victorioso, algo magnífico, aunque se llevara a cabo en un extremo del imperio.

En la de Lisboa la reacción fue inversa: se indignaron con los españoles y con grandes rodeos por miedo a su enojo, fue informado el Regente del revés que acababan de sufrir sus armas.

Pero en tiempos de monarquías absolutas, la personalidad del rey era decisiva para orientar el éxito o fracaso de los Estados. España estaba regida por Carlos II, cuya deficiencia física y mental era flagrante.

Portugal también tenía un monarca incapaz como era Alfonso VI, pero en cambio había designado Regente a su hermano, que era todo un compendio que bien podía haber inspirado a Maquiavelo. Aventurero, de una audacia sin inhibiciones, capaz de actos inescrupulosos (había tomado por amante primero y por esposa después a la mujer de su hermano), estaba convencido de la conveniencia de expandir el dominio de Portugal aún por encima de

reglas establecidas y tratados firmados. Bien podría aplicarse a su persona aquel dicho famoso: “Tomemos posesión; después vendrán profesores a justificar la procedencia de nuestros actos”.

La alegría española pronto se convirtió en miedo a los portugueses; la indignación de aquella Corte repercutió en Madrid y diplomáticos timoratos trataron de calmar al gobierno de Lisboa. Pedro se sintió injuriado y exigió una reparación indignante, que aún hoy, varios siglos después, sorprende por la claudicante reacción de España.

Lejos de alzar la cerviz estimulada por el éxito militar de Garro y Vera y Muxica y actuar en correspondencia con el pasado histórico que era patrimonio de la tierra del Cid Campeador, la Corte de Madrid se sometió en forma pacífica al ultrajante camino de la humillación.

El padre Maserati fue expulsado de Lisboa, no obstante sus protestas de inocencia con relación al incidente rioplatense. Pensar que cuarenta años atrás Portugal era apenas un dominio más de España; ahora su Regente se sentía en aptitud de ofender y amenazar a la nación vecina: si España no cedía a sus imposiciones debía atenerse a la guerra.

Varias divisiones de caballería fueron colocadas en la frontera, tanto como para convencer a la Corte de Madrid que las amenazas no eran una bravuconada. Junto al desplazamiento de tropas mandó un ultimátum: veinte días de plazo para acatar las quejas de Lisboa o la guerra. Con el correr de los días (y tal vez a consecuencia de la sumisión de España), Pedro fue aumentando sus reclamos; ahora no bastaba con que Buenos Aires devolviera Colonia; el gobernador Garro (en quien cargaba España la culpaba de las medidas tomadas en el Río de la Plata) debía ser sancionado. Pedro exigía: nada de traslados o sanciones administrativas; ese hombre debía ser expulsado del servicio colonial.

La vejación a España no tenía límites: Madrid aceptaba traicionar a Garro, admitía devolver al Portugal las armas tomadas en la reconquista; en pocas palabras: decía si a todo.

La cuestión de Garro era tanto más indignante cuanto falsa: por real cédula del 24 de agosto de 1680 el gabinete de Madrid aprobó las medidas de guerra adoptadas por Buenos Aires para desalojar San Gabriel, dispuso el envío de una expedición armada y ordenó el ataque a la colonia del Sacramento “a sangre y fuego”.

Con todas las imposiciones admitidas, el Regente pareció calmarse. Ahora

solo faltaba el detalle: firmar un convenio para que todo este acuerdo quedara escrito de manera indubitada. Ambas naciones se reunieron en Lisboa el 7 de mayo y suscribieron el Tratado Provisional de 1681 por el cual España no solo devolvía a Portugal una colonia fundada en tierras suyas sino que restituía todo lo que había sido captura de guerra y por si fuera poco, con premura sancionaba a su fiel súbdito Garro. Como dijera Azarosa Gil, “la victoria de Vera y Muxica quedaba doblemente anulada y la puerta abierta a la consagración del derecho portugués sobre Colonia”.

Portugal había obtenido en la mesa de negociaciones mucho más de lo que habría logrado con el éxito de sus armas: conseguía el reconocimiento jurídico de la posesión. ¿En qué quedaba la victoria de Buenos Aires?

En medio de esa estruendosa rendición España logró migajas, que el tiempo transformó en panes: el Tratado no se expidió sobre el fondo del asunto y eso terminó beneficiándola. La pertenencia de las tierras de la Banda Oriental quedó sujeta al resultado de un estudio que habría de hacer con aproximación científica una comisión especial.

Si las partes no se pusieran de acuerdo, toda la cuestión quedaba sometida al arbitraje papal. Dentro del derrumbe de su dignidad, España alcanzaba a atisbar una lucecita, aunque aceptaba convertir en litigiosa una tierra que geógrafos y gobernantes habían sostenido desde siempre con inflexible tenacidad.

En toda la línea, Pedro salía victorioso; hombre sin miramientos ni medida (se preparaba a despojarle de la corona a su hermano incapaz, como antes le había birlado la esposa), tenía en cambio un perfil de caballero andante.

Sintió remordimientos y responsabilidad por el exilio de Garro, que había obrado con valor y patriotismo y con el mismo énfasis con que antes lo había atacado rogó a Carlos II su reparación. Pedro mandaba y España obedecía: don Joseph Garro fue reivindicado y designado gobernador de Santiago de Chile, nombramiento que le abrió camino para su posterior encumbramiento en Guipúzcoa.

La Comisión Especial repasó tratados y bulas antiquísimas, pero se detuvo en el famoso de Tordesillas de 1494, que fijaba el meridiano de trescientas setenta leguas a contar de las islas de Cabo Verde para dividir posesiones de España y Portugal. Si Colonia quedaba dentro de las trescientas setenta

leguas, era territorio portugués; si quedaba al oeste no había dudas: pertenecía a España.

La Comisión empezó a discutir a partir de qué isla se debía hacer el cálculo; los españoles, con ecuanimidad, querían que se tomara el promedio entre la más occidental y la más oriental. Portugal, haciendo gala de su inocultable voracidad, desdeñando razones geográficas y de sentido común, se empeñaba en sostener que las leguas debían contarse a partir de la situada más al oeste, llamada de San Antonio. Por si a la rapacidad le faltara algo, Portugal sostenía que las medidas de las leguas eran distintas según la línea equinoccial, por lo que agregaban más distancia a las trescientas setenta que establecía el Tratado.

Lo cierto es que Portugal avanzaba en la posesión de hecho; Duarte Teixeira Chaves fue designado nuevo gobernador de Río de Janeiro y el Regente le encomendó refundar la colonia del Sacramento y de paso explorar más hacia el sur, con vistas a establecer otra ciudadela en las proximidades de Maldonado.

Gobernador de Buenos Aires ya era don José Herrera y Sotomayor y a él se apresuró a escribir Duarte para requerirle la devolución de la colonia y los objetos obtenidos con la guerra. Herrera, con el antecedente de lo que había pasado a su antecesor Garro y de acuerdo a los nuevos vientos, se encogió de hombros y cumplió con la orden emanada de Europa. No habría de ser él un obstáculo.

Otra vez la bandera de Portugal ondeó sobre la colonia, aunque sus pliegues solo cubrieran despojos: el fuerte había sido demolido por las fuerzas de Buenos Aires y a la destrucción debían agregarse los interminables meses de abandono, que habían convertido en páramo las pocas taperas sobrevivientes.

Pero no solo las pálidas debían anotarse para España; los portugueses tuvieron sus Judas que vendieron a Jesús y por cifras acomodadas a sus aspiraciones se hicieron socios personales del contrabando y la corrupción. Varios hombres cambió Portugal en la colonia del Sacramento hasta que dio con Francisco Naper de Lencastre, que había acompañado a Lobo en la primera fundación. Fue este un hombre leal al pabellón de su Corona y por demás, imbuido de un odio obsesivo hacia España, a la que quería perjudicar a toda costa, tal vez como una manera de buscar venganza a la derrota que les proporcionaran Garro y Vera y Muxica.

Pedía lanchas para patrullar el Río de la Plata y prometía que con unas pocas de ellas le alcanzaban para dominarlo y poner de rodillas a Buenos Aires. Propiciaba con insistencia que navíos cargados de mercaderías llegaran a ese puerto para introducir en el virreinato de España manufacturas contrabandeadas que hicieran las delicias de los habitantes y que al propio tiempo mellara las arcas de la Casa de Contratación.

No obtuvo las lanchas, pero en cambio consiguió infectar el territorio español con el delito de contrabando, que encontraba cómplices en los habitantes que se sentían realizados cuando en su residencia podían exhibir objetos habidos por izquierda.

Alguna correspondencia de Lencastre ha sido expuesta por cronistas que tuvieron la paciencia de hurgar entre los viejos documentos portugueses. Uno de ellos lo pinta de cuerpo entero y exhibe la moral que presidía los actos con que Portugal encaraba la conquista: “Bastaría que hubiera en esta Colonia siete u ocho lanchas para hacernos señores de este río y para no dejarlos nunca tranquilos a los españoles, principalmente en estos lugares que sin defensa alguna tienen en las márgenes de este río, en el curso de sesenta leguas que hay hasta la ciudad de Santa Fe, con excelentes islas muy arborizadas donde esconderse y robar la plata que suele bajar del Perú y demás provincias por el camino de Córdoba”. Como suele decirse, a confesión de parte...

De la correspondencia con el Regente también puede extraerse una conclusión apropiada; no estaba en los planes de los invasores circunscribir su presencia a la colonia del Sacramento. En numerosos partes y cédulas aparece reiterado el propósito primordial: fundar ciudades en la boca del Río de la Plata y el Monte Vidi, con su puerto natural protegido de los vientos por una estratégica isla, parecía algo así como el “bocado de cardenal” para la ambición lusitana.

Frente a la claudicación evidente del gabinete del desafortunado Carlos II, a España solo le quedaban los hombres que en esta tierra habían echado raíces, formado familia y traído hijos al mundo. Ninguno de ellos estaba conforme con la intrusión portuguesa y Buenos Aires afilaba el cuchillo esperando su momento. La suerte de los aprovechados que como Lencastre se cebaban en la pasividad de los porteños tenía sus horas contadas. Ya volverían a ponerse de pie y demostrar a esos entrometidos que clase de hombres había parido España en este confín de su imperio.

Mientras tanto, las penurias no terminaban para la Metrópolis. Había muerto Carlos II, el Hechizado y como era de prever se desató la famosa guerra de sucesión para dirimir entre las potencias extranjeras la familia reinante que asumiría la corona española. Duró muchos años y terminó en 1715 con la firma del Tratado de Utrecht, colofón de la decadencia de España. (En realidad se firmaron varios Tratados entre 1709 y 1724 en las ciudades de Utrecht y Restatt; el más célebre, por el que se concedió Gibraltar a Gran Bretaña lo fue en 1713; el atinente al Río de la Plata, en 1715).

La guerra consagró a medias las expectativas de ese gran rey que tenía Francia en la persona de Luís XIV: fue coronado su sobrino, Felipe V, que ocupaba el trono desde que empezara la contienda, pero a condición de renunciar a la de Francia. El precio de la corona de España no fue barato para el rey Felipe; en la desesperada búsqueda de alianzas que hizo para asegurarla debería interpretarse la firma del Tratado de 1701 con Portugal sobre la colonia del Sacramento.

España cedió más que en el Tratado Provisional de 1681: en aquél se reservaba por lo menos discutir sobre el derecho de fondo; en el de 1701 "... para conservar la amistad y alianza Su Majestad Católica cede y renuncia a todo derecho en las tierras sobre que se hizo el Tratado Provisional de 1681... en que se halla situada la Colonia del Sacramento...".

Vicente Fidel López trae una conclusión atrayente. Sostiene que Felipe V no estaba seguro en el trono (lo que es incuestionable) y tenía frente a sí un escenario complicado: por los Pirineos y el Mediterráneo contaba con la protección de su tío, el Rey Sol, que le hacía de muralla. Pero por el Atlántico podía atacar Gran Bretaña; si España lograba neutralizar a los ingleses consiguiendo el apoyo de Portugal, tendría la espalda resguardada. La jugada era atrevida y tenía su costo: debía entregar a los lusitanos la Banda Oriental del Río de la Plata y de hecho consentir que por ese conducto entraran al virreinato las manufacturas portuguesas y sobre todo las de Inglaterra, que ya tenía varias factorías en territorio brasileño.

A cambio de que Portugal se separara de Gran Bretaña, su eterna inspiradora, Felipe V no vaciló en resignar territorios sobre los cuales una intransigente opinión de cartógrafos, matemáticos, navegantes y geógrafos había abonado la severa rigidez de la casa de Habsburgo.

En realidad la entrega no era menor: la vaguedad del tratado abría la

puerta para que Portugal se animara a incursionar por toda la Banda Oriental y pretendiera extender sus dominios en Brasil desde las misiones jesuíticas hasta Montevideo. Y esto no es una simple conjetura: el Consejo Ultramarino de Lisboa propuso el 29 de octubre de 1701 a Pedro II (ya era rey, había muerto su hermano Alfonso VI) fundar Montevideo, algo sobre lo cual ya venían presionando desde 1687.

¿Era don Pedro conciente de que Portugal pretendía usurpar tierras que pertenecían a España? Numerosas comunicaciones a sus servidores y reales cédulas emitidas por el reino permiten afirmar que conocía la soberanía española y por lo tanto (como hemos dicho) era responsable de las acciones que ordenaba, aunque no sufriera remordimientos de conciencia por ello.

El problema de la conciencia de la ilegitimidad de los actos humanos merece alguna disquisición. El Cardenal Newman, por ejemplo, dijo algo liminar en una carta que enviara al duque de Norfolk: “Ciertamente si yo debiera presentar la religión en un brindis después de un almuerzo – cosa que no es muy recomendable – brindaría por el Papa. Pero primero lo haría por la conciencia y después por el Papa”. Es decir, el papado – al menos así lo reconoce Benedicto XVI – es bien entendido solo cuando acepta la primacía de la conciencia, porque esta ocupa el espacio central de la ética. De manera similar lo habían propuesto Sócrates y Platón en su debate con los sofistas: fe en que el hombre conozca la verdad, decían aquellos; los antagonistas sostenían una visión del mundo en la cual el hombre crea de por sí criterios para su propia vida.

Durante la Regencia y después como monarca, Pedro II supo que las tierras que invadía y por las cuales murieron muchas personas no le pertenecían; eso no le hizo temblar el pulso: él fue creando en su marcha criterios que se adaptaron a sus apetitos, como los sofistas, con evidente desdén por la ética y, sobre todo, abandono absoluto de la conciencia.

Volviendo al Tratado firmado entre España y Portugal: pronto Felipe V advirtió que había entregado Colonia (y en la práctica toda la margen izquierda del Río de la Plata) a cambio de muy poco: de hecho solo su reconocimiento como monarca en medio de la guerra de sucesión. Pero era un secreto a voces que la alianza entre ambos reinos no sería respetada por Portugal quien volvería a su eterno romance con Gran Bretaña y por lo tanto a fallarle a España.

El gabinete del rey tomó nota del peligro. La ambigüedad del Tratado

haría posible que los portugueses se extendieran por toda la Banda y ya no sería solo la colonia del Sacramento un bastión aislado que se podría atacar desde Buenos Aires. El riesgo comenzó a tomar cuerpo y la Corte de España empezó a desandar el camino que había comenzado a recorrer con ligereza: “Si Portugal no cumple su parte en la Alianza, entonces nosotros tampoco estamos obligados por la nuestra”, dijeron con impecable razonamiento.

La simpleza de la lógica expresada en ese pensamiento cambió el ánimo portugués; los cálculos optimistas y triunfales dieron paso a ceños fruncidos, gestos de preocupación y mengua de la alegría victoriosa que antes resplandecía en las caras de los cortesanos. Volvió el recuerdo de Garro y Vera y Muxica; de soldados que desde todos los puntos del virreinato fueron a engrosar las fuerzas de Buenos Aires y sobre todo se acordaron de los guaraníes, con su estoica estampa guerrera y la disposición siempre animosa para batir a los portugueses.

¿Intentaría España otro golpe de mano por medio de Buenos Aires?

Tal como se venía sospechando, la alianza entre Inglaterra, Holanda y Alemania tendría un nuevo socio, agregado por los británicos: Portugal. Ante esa traición, Felipe V dio instrucciones a su embajador en Lisboa para que emplee “las mañas necesarias” a efectos de desvirtuar el Tratado de 1701. En forma simultánea escribió al conde de la Moncloa, virrey del Perú, instruyéndolo para que tomara medidas tendientes a recuperar la colonia del Sacramento. Y como era de esperar, el virrey dio traslado del pedido al gobernador de Buenos Aires que para ese entonces era Alonso de Valdez Inclán; la nueva recuperación de la ciudadela del Sacramento se había puesto en marcha.

Como era de lógico, la historia se repitió. Inclán actuó como lo había hecho antes el noble Garro y pidió ayuda a las otras gobernaciones de lo que después sería el virreinato del Río de la Plata: todas contestaron por la afirmativa y sin reservas se dispusieron al envío de tropas en apoyo de Buenos Aires. No fueron menos los jesuitas, que esta vez enviaron cuatro mil hombres y para que no se repitieran las desinteligencias de veinticinco años atrás, en esta ocasión varios capellanes los acompañaron para auxiliarlos espiritualmente y disciplinar su tendencia al extravío. El resultado fue muy bueno.

Con todo, debía actuarse con cautela. No habían transcurrido en vano veinticinco años desde la victoria de Vera y Muxica y ahora los portugueses

estaban más preparados que antaño. La otrora ciudadela ya era una fortificación en regla, con baluartes de material, fosos apropiados, murallas construidas a cal y piedra. Hasta por el río, enormes hierros con puntas penetrantes quedaban escondidos por el agua pero se convertían en un arma estremecedora si un enemigo avanzaba por ese costado.

Además, setecientos soldados veteranos componían una dotación que estaba bien provista de municiones y disponía de una artillería poderosa; Neper de Lencastre había sido reemplazado por Sebastián Veiga Cabral, que en ese entonces comandaba la fortaleza. Buenos Aires podía conducir al ataque un ejército numeroso, pero el reducto tenía pretensiones de invulnerabilidad.

El capitán Andrés Gómez de la Quintana fue puesto al frente de la operación militar por Inclán y concentró las tropas porteñas, santafecinas, correntinas y tucumanas, una vez más en Soriano como en tiempos de Garro y allí se dispusieron a esperar las legiones guaraníes. Con el agregado de los indios habían logrado conformar una fuerza de seis mil soldados que numéricamente era muy superior a la lusitana, pero ésta tenía a su favor un avituallamiento satisfactorio y parapetos infranqueables; tampoco le faltaban armas y municiones. Podían soportar un asedio exigente.

Cuando estuvo constituida esa formidable fuerza y con suficiente armamento, se comprobó con satisfacción que se trataba del ejército mejor pertrechado y más aguerrido que había operado alguna vez en el estuario del Plata. Por si faltara algo para enorgullecer a los protagonistas fue designado jefe de operaciones el sargento mayor don Baltasar García Ros, un oficial de condiciones sobresalientes, que en nada hacía extrañar a Vera y Muxica.

Los indios, a diferencia de lo ocurrido en 1680, esta vez tuvieron un desempeño impecable. A estar a la descripción que efectúa Gómez de la Quintana, el comportamiento militar fue digno de elogios; se desenvolvieron con valor y aptitud y cargaron con la responsabilidad de armar la artillería de asedio, que era blanco diario de los ataques portugueses. Con gran fatiga los guaraníes conseguían recomponer cada noche las baterías desvastadas durante la jornada.

Además, el valor se puso de manifiesto en el comportamiento personal: al caer el sol y de manera voluntaria salían en forma diaria hacia las líneas

oponentes tratando de capturar algún centinela y en varias ocasiones vieron premiados sus riesgosos esfuerzos con el éxito.

Llegaron a Soriano en la fecha acordada y lo hicieron en grandes balsas, montados, en carretas; los asistían varios misioneros (algunos sacerdotes, otros hermanos de la Orden) que al par de brindarles asistencia espiritual los proveían de la cuota acostumbrada de educación misional y disciplina personal. Traían con ellos un enorme arreo y fue admirable la baquía con que conducían el ganado para abastecimiento de españoles y criollos. Todos venían provistos de armas adecuadas: muchos portaban las de boca de fuego - que manejaban en forma admirable - provistas de sus respectivos frascos con pólvora y balas; los restantes empuñaban el armamento propio de la raza: lanzas, dardos, arcos con mucha cantidad de flechas, macanas, hondas, piedras.

Las fuerzas de Buenos Aires ganaron ubicación e iniciaron un asedio en regla de la fortaleza. Primero intentaron forzar las murallas, pero ese mecanismo enseguida se descartó: las pérdidas no justificaban la impaciencia. Además una pequeña flota encerraba a los portugueses por el río. La decisión que tomaron fue por unanimidad: se haría perecer la guarnición por hambre o se obtendría la rendición; Inclán viajó desde Buenos Aires a tomar nota de lo que sucedía en el lugar de los sucesos; él también aprobó el sitio.

Los estrategas de Portugal hicieron cálculos y cambiaron de opinión, abandonando la teoría de la invencibilidad: la ciudadela era imposible de defender. Estaba demasiado lejos de Río de Janeiro y cualquier esfuerzo militar habría que llevarlo a cabo con una dilatada y vulnerable extensión en la línea de abastecimientos. Pero tampoco era cuestión de abandonar a su suerte a los sitiados: el único lugar vulnerable del ejército de Buenos Aires era por el río; hacia allí había que enviar una escuadra poderosa, que rompiera el bloqueo por agua y evacuara la dotación. Así se hizo y después de un desigual combate con la flotilla porteña ésta fue dispersada y la plaza evacuada.

Bajo el fuego sostenido de las tropas porteñas, los portugueses embarcaron con precipitación, abandonando las piezas de artillería, gran cantidad de enseres y los objetos que por su volumen o peso eran difíciles de transportar. Consumaron así una “fuga ignominiosa” según las palabras de Gómez de la Quintana, quien las empleó en el parte de batalla que

escribió después de capturarse la plaza fuerte. Documento ése en el cual también se refiere con admirado juicio al valor de los guaraníes y el comportamiento excepcional que cupo a los padres jesuitas, quienes con notable entrega no solo hicieron honor a su misión apostólica, sino que resultaron, además, eficientes cirujanos en la atención de los heridos.

En el mes de abril de 1705, las tropas porteñas entraron por segunda vez en cinco lustros y ocuparon el baluarte que la invasión portuguesa había levantado en la colonia del Sacramento. Otra vez España, por medio de las armas del marquesado porteño, lograba recuperar la margen oriental del Río de la Plata, que habían entregado en ineficientes negociaciones los diplomáticos de su Corte.

Cumplida la orden del monarca, el poderoso ejército que había organizado Buenos Aires se disolvió. Volvieron los efectivos a sus respectivas provincias y las tropas porteñas se replegaron sobre su ciudad. Colonia volvió a quedar deshabitada, demolidas las instalaciones militares, abandonado el reducto en forma definitiva.

Buenos Aires, inmersa en esa siesta que se correspondía con la vida colonial, dejó que la colonia del Sacramento, por la cual había hecho tantos sacrificios, se transformara en un erial.

En ese entonces, lo que para España era el apéndice de un extremo de su imperio, para Portugal consistía en una golosina deseada. Nunca dejó de posar ojos rapaces en esa margen del río color león y, derrotada por el empuje de las armas que se le oponían, intentó siempre valerse de la perspicacia de sus estadistas para conseguir en otro terreno lo que se le negaba en el de Marte.

Con gran alegría imaginó que la famosa guerra de sucesión, que la había regocijado con el tratado de 1701, volvería una vez más a ser su oportunidad. Urgida por lograr la paz y reintentar el empinado camino de la recuperación, España cedió ante las presiones de los Estados opuestos a la dinastía borbónica y firmó en Utrecht un tratado que la ponía de rodillas (quizá Gibraltar fue la pérdida más afrentosa para el orgullo hispano) y que, entre otras disposiciones vejatorias, le imponía restituir la colonia del Sacramento a Portugal.

Las cláusulas de este nuevo Tratado no pudieron ser más humillantes y Felipe V las hizo firmar echando espuma por la boca, pero con bronca o sin ella el texto debió ser aceptado. Para muestra de la sumisión se transcribe

uno de ellos: "... Su Majestad Católica no solamente devolverá a Su Majestad portuguesa el territorio y Colonia del Sacramento, sino también cederá en su nombre y en el de todos sus descendientes, sucesores y herederos, toda acción y derecho que pretendía tener sobre el dicho territorio y Colonia.... el Tratado Provisional de 1681 quedará sin efecto ni vigor alguno".

Sin embargo, como suele suceder casi siempre, cuando algo es demasiado leonino o se impuso haciendo inclinar la cabeza al oponente, éste suele quedarse masticando indignación, esperando el momento de cobrar revancha y revocarlo, lo que en general ocurre pasado un tiempo. Cuando al término de la Primera Guerra Mundial, se firmó en Versalles la rendición de Alemania, un nostálgico mariscal Foch exclamó resignado, meneando la cabeza mientras veía partir de París a los vencidos: "Esto no es la Paz... es solo un armisticio por veinte años".

El Tratado de Utrecht fue algo similar para España. El Peñón, la perla que dominaba la entrada al Mediterráneo y era carne de sus entrañas, había pasado a manos inglesas; el comercio de esclavos, esa inmundicia explotación que degradaba la dignidad humana, concesionada a la misma potencia por cuarenta años. Los portugueses también se aprovecharon de las migas del festín: otra vez lograron Colonia y "su territorio" y con ello el derecho (suponían) a extender los dominios que ya tenían en Brasil. Más aún; entre las disposiciones afrentosas del acuerdo se imponía a España la obligación de asegurar la notificación a sus díscolos súbditos de Buenos Aires, a modo de evitar que servidores celosos o rebeldes se negaran a convalidar la restitución.

En este aspecto, Portugal parecía conocer los bueyes con que araba. Para cumplir su parte en el Tratado, el gabinete español debió notificar al gobernador de Buenos Aires los términos acordados y su obligación de acatarlos.

Pero el funcionario a cargo del gobierno local era el coronel García Ros, el mismo que fuera conductor en jefe de las fuerzas hispano-criollas-guaranícas que unos años antes lograra la expulsión de los portugueses y la recuperación del bastión. Había visto morir hombres suyos defendiendo los derechos de su rey y la noticia le cayó como un agravio personal. Los portugueses tenían razón: ¿se imaginan si a ese hombre lo notificaba un enviado del Regente de Portugal?

Hombre de pelo en pecho, era de esos que no se atornillan a los sillones

de gobierno. Había curtido su vida en noches de campamento, soportando escarchas con las armas en la mano, dispuesto siempre a morir en el combate. No quiso admitir la afrenta y en forma directa le escribió al mismísimo Felipe V, pasando por encima de las escalas administrativas y haciéndole notar las diversas interpretaciones que se abrían con la expresión “Colonia y su territorio”.

García Ros demostró destacarse con el cerebro, no solo con la espada. Le señalaba al monarca que una interpretación del tratado podía ser “toda la campaña septentrional del Río de la Plata”; pero la otra, a la que se aferraba como hombre tozudo y de acción que era, podría consistir en que el “territorio de Colonia era el que circunscribía la plaza, es decir el entorno de la ciudadela hasta el alcance de un tiro de cañón”. En realidad el corajudo gobernador le alegaba a un convencido; Felipe V era el primer arrepentido después de la hocihada en Utrecht.

Por supuesto los portugueses no admitían esa inteligencia, ya que la ciudadela del Sacramento había sido concebida en su estrategia colonial como el primer paso para apoderarse del estuario del Plata y esto que sostenía Buenos Aires (y ahora también el rey) era exactamente al revés de sus planes.

Felipe, que sentía remordimientos desde el mismo día de la firma del Tratado, se aferró a esta interpretación y gracias a ello instruyó a Buenos Aires para que impulsara la fundación de Montevideo, que sería una suerte de atalaya para frenar a los portugueses.

A fin de cuentas, la diplomacia española terminó, sin proponérselo, por dar pruebas de una notable habilidad. La misma ambigüedad del Tratado, que no ponía demarcaciones a las pretensiones lusitanas, sirvió a España para afirmarse en la tesis de que la falta de límites precisos hacía que estos se definieran por si solos: “eran los confines del territorio inmediato a Colonia”, dijeron con solemne convicción.

Obsesionado al extremo de sobrellevar permanentes sobresaltos de conciencia (con frecuencia trasladaba los desasosiegos a su confesor, el padre jesuita Guillermo Daubenton), Felipe V hizo algo más que leer el dictamen minucioso de García Ros y compartirlo. Instruyó a éste y a sus sucesores para que establecieran plazas fuertes en Montevideo y Maldonado, y los proveyó de pertrechos suficientes como para detener cualquier incursión lusitana en la Banda Oriental.

Entre tanto, Portugal avanzaba sobre Colonia. Designó en el mismo año de 1715 a Manuel Gómez Barbosa gobernador de la ciudadela destruida diez años antes por Buenos Aires y éste elevó quejas de inmediato por la ofuscada renuencia del gobernador de esa ciudad (era nada menos que el referido García Ros) a aceptar su presencia. Al final, contra la presentación de todos los instrumentos que probaban la procedencia de su instalación, aquél terminó por aceptar la cesión de las ruinas.

Pero si bien fue aceptado a regañadientes, el paso que intentó después se estrelló contra un gobernador que, furioso por su presencia, no estaba dispuesto a admitir además, actos de soberanía expansiva. También es cierto que Gómez Barbosa no midió el perfil del hombre con quien tenía que vérselas; ni bien instaló su mando en la colonia del Sacramento le mandó un parte a García Ros intimándolo a que reconociera el derecho que le asistía a extenderse doscientas leguas hacia el Río de la Plata y hacia el interior de la Banda.

Esto fue demasiado para el levantisco García Ros, quien de mala manera le hizo llegar el rechazo a las pretensiones del portugués y tanto como para que viera que las cosas iban en serio, como buen militar, comenzó a preparar las armas. Por fortuna, Barbosa tenía instrucciones secretas que le imponían manejarse con prudencia y dejó circunscripta su instalación a la ciudadela de Colonia. Buenos Aires había puesto otra vez límite a la pretensión portuguesa y éstos ciñeron sus objetivos a repoblar y fortalecer solo la colonia del Sacramento.

Buenos Aires, durante esos duros años de dominación portuguesa debió resignarse a mirar el crecimiento de la nueva ciudad. Vinieron de Oporto sesenta familias de agricultores, a quienes el gobierno portugués tentó con importantes apoyos financieros para que se animaran a viajar. También se radicaron en Colonia familias de cuna aristocrática, a las que la Corona proveyó de mayores beneficios financieros a fin de dotar a la nueva orbe de una población seleccionada. En todos los casos, como si se tratara de una prevención hacia los vecinos de la margen opuesta, a los hombres sin excepción se les entregaron armas y municiones.

Hacia 1722 apareció en el gobierno de Colonia uno de los hombres más progresistas que proveyó la monarquía portuguesa: Antonio Pedro de Vasconcellos, quien estuvo al frente de la ciudad durante más de veinte años.

Pero la condena a la colonia del Sacramento como establecimiento portugués estaba dictada; no habrían alcanzado hasta entonces los mandobles recios de Vera y Muxica o García Ros; la suerte estaría echada por otro conducto.

La inercia de España en la Banda Oriental estimuló una vez más la codicia de Portugal y lo animó a continuar su marcha hacia el sur del Río de la Plata, pensando que ya no estaba el quisquilloso García Ros al frente de Buenos Aires. Por esa razón, siguiendo con su plan expansivo, en 1723 destacaron una expedición a fin de instalarse en lo que es hoy Montevideo, a cuyo frente marchó Freitas da Fonseca.

Como hemos dicho antes, desde mucho tiempo atrás Felipe V urgía a los gobernadores de Buenos Aires para que instalaran una fortificación a fin de detener cualquier golpe de mano portugués.

Cuando le avisaron a don Bruno de Zabala – por ese entonces era el gobernador de Buenos Aires – que habían fijado un campamento los adversarios se empleó a fondo; salió dispuesto a echarlos por la fuerza y – hombre previsor – no descartó que en las incidencias le fuera la vida: antes de partir, otorgó testamento.

Buenos Aires asumía por tercera vez en menos de medio siglo la obligación de forzar la rendición de los invasores; ya para esta época el deber se había convertido en rutina y los precedentes obraban como un imperativo moral para sus habitantes.

CAPITULO IV

BUENOS AIRES GUERRERA:

ZABALA, SALCEDO , CEVALLOS

Era don Bruno Mauricio de Zabala un soldado que se había distinguido en el ejército de España y tenía dotes acreditados de valentía e inteligencia. Perdió la movilidad de uno de sus brazos en Cataluña, peleando en nombre de Felipe V durante la guerra de sucesión, pero esa manquedad no le impedía ejercer con decisión todos los imperativos de la vida militar.

Es cierto que no había actuado con determinación en el cumplimiento de las órdenes del rey para instalar una fortaleza en Montevideo, pero cuando le llegaron noticias del campamento que había levantado Freitas de Fonseca en el páramo que protegía el cerro, le hirvió la sangre vasca y reaccionó con furia. Organizó de inmediato una fuerza militar y a la cabeza de ella partió del pequeño puerto del Riachuelo en dirección a las carpas que había levantado de Fonseca en el Monte Vidi. Allí, al abrigo de la isla que lo protege de los vientos marítimos, el portugués debía fundar un fuerte.

La acción de Buenos Aires tuvo la reciedumbre necesaria como para desalojar a los portugueses e impedir que esa cabecera de puente pudiera ser utilizada después por los lusitanos para llevar soldados, bastimentos y armas a fin de consolidar la posición. De hecho, Zabala se convirtió en el fundador de Montevideo, porque el establecimiento militar fue base para que tres años más tarde don Francisco de Alzaybar formalizara una colonización en regla. Corría por entonces el año 1726.

Si las acciones militares de Vera y Muxica, Garro, Gómez de la Quintana, García Ros, habían sido decisivas para expulsar a los portugueses de Colonia en 1680 y en 1705, la fundación de Montevideo en 1726 constituyó un golpe de gracia que de hecho puso fin a las pretensiones expansivas de Portugal en la Banda Oriental. El atalaya erigido a instancias de Zabala en medio de tierra yerma fue creciendo con población hispano-criolla y después, convertida en una ciudad, dispuso del poder suficiente como para frenar cualquier intento colonizador del enemigo. Los intereses de Portugal ya no tendrían solo la amenaza latente de Buenos Aires sobre Colonia; ahora aparecerían los otros enclaves que habrían de disuadir las escaramuzas invasoras.

Los trucos diplomáticos en lejanas cancillerías tampoco tendrían tanta eficacia como la que produjeran los Tratados de 1681, 1701 y el de Utrecht en 1715. El general Bruno Mauricio de Zabala, con la destrucción del campamento de Fonseca y la virtual fundación de Montevideo, había logrado más que las anteriores capturas de Colonia, aunque ésta seguía en pie, como una espina molesta enfrente de Buenos Aires.

En realidad la colonia del Sacramento podría resistir con sus ingenios militares el embate de las fuerzas de Buenos Aires (y de hecho lo hizo), pero el intento quedaría circunscrito a esa sola área, hito inmerso en un jalón aislado, que podría soportar pero no extenderse. A fin de cuentas la historia demostró a lo largo de los siglos que el enfrentamiento entre las dos potencias peninsulares iba a quedar dirimido a favor de quien fundara y poblara con elementos étnicos propios una ciudad en la desembocadura del Plata y que al propio tiempo se transformara en un baluarte inexpugnable.

España lo hizo por medio de Buenos Aires ordenándole fundar Montevideo y aseguró la margen izquierda del Río de la Plata. Con ese feliz golpe de mano, Colonia quedó convertida – como se dijo – solo en una espina incómoda que molestaba a los porteños.

“A por ella”, se dijo entonces en Buenos Aires con castizo giro.

Pero Portugal era hueso duro de roer, como suele decirse; estaba como España involucrado de lleno en la expansión colonial y le costaba – o no comprendía – la posibilidad de abandonar un territorio sobre el cual había echado los ojos y las manos.

Se daba de ese modo en la cuenca del Plata una situación curiosa y – por qué no decirlo – de paradójica hipocresía diplomática. Ambas naciones estaban en paz y las relaciones eran – por lo menos en las formas – correctas

y cordiales; ninguna de las dos estacionaba tropas cerca de la frontera inmediata ni sus generales preparaban acciones en secreto. Sin embargo, ambas alentaban a sus enviados para asestar un golpe a la contraria, ya sea en el caso de Portugal invadiendo en forma disimulada territorio colonial de su vecina, sea en el de España instigando a sus delegados para que armaran ejércitos suficientes como para expulsar por la fuerza a los lusitanos de Colonia. La consecuencia era irónica: dos potencias que se encontraban en paz en los territorios metropolitanos se mostraban los dientes en los lejanos extremos de América.

Algo de esto debe entreverse en la astuta pregunta con que Vasconcellos respondió en 1735 al pedido de rendición que le formulara el gobernador de Buenos Aires, don Miguel de Salcedo: “¿Habían roto hostilidades España y Portugal?” inquirió, sabiendo que el otro no podría darle una respuesta afirmativa.

En apariencia al brío con que España acometió la empresa de defender el territorio cisplatino no fue ajena la personalidad de don José Patiño, discípulo especial del cardenal Alberoni y estrecho colaborador y consejero de Felipe V. Se sabe mucho de la energía con que este hombre vigoroso y capaz acometió la tarea de impulsar la política exterior en Europa; menos se conoce lo que hizo en América, aunque a su visión se deben varias de las iniciativas que fueron felices para su reino en estas tierras.

Con todo, a pesar de la embestida fecunda de Zabala, este gobernador decidido y leal fue reemplazado por don Miguel de Salcedo, también militar y vasco como el anterior. No se dieron a conocer las razones del cambio, pero no sería extraña a esa decisión la demora de Zabala en dar curso a las órdenes de Felipe V para fundar Montevideo.

También ha sido objeto de consideración una relación que Zabala enviara a la Casa de Contratación y que, tomando en cuenta el carácter decidido y frontal del personaje, no sería extraño que la rudeza de las verdades hubieran molestado a los destinatarios. Decía en términos categóricos el gobernador que para terminar con los efectos nocivos del contrabando debían tomarse uno de dos caminos: cortarlo de raíz, expulsando a los portugueses y de ese modo cerrar la llave de entrada de las mercaderías inglesas desde Colonia, o admitir de manera lisa y llana el comercio libre de manufacturas importadas.

Con honestidad, la demora en armar una fortaleza en el Monte Vidi no

debe ser imputada a Zabala. Como gobernador de Buenos Aires debió atender, por órdenes superiores, los sucesos que ocurrían en Asunción, donde estalló un conflicto grave entre el obispo Bernardino Cárdenas – pretendida encarnación del poder colonizador de España – y los misioneros jesuitas.

El interés sórdido de los antiguos encomenderos, aliado del obispo, había depuesto al gobernador y “se situaba frente al elemento indígena semibárbaro auspiciado por un poder misional, inspirador del gobierno teocrático que los jesuitas trataban de imponer”, al decir de Mitre.

Debe quedar en claro que no fue un obispo contra una orden religiosa, sino “el antiguo espíritu despótico que presidió la conquista, enfrentado a las reducciones de salvajes acaudilladas, organizadas y armadas por misioneros jesuitas”. Siempre según opinión de Mitre, el pueblo se manifestó a favor de su obispo y depuso al gobernador, pero los jesuitas en un efectivo golpe de mano, lo repusieron.

El conflicto convirtió a Asunción en un volcán y se extendió a Corrientes, amenazando con expandirse a la misma Buenos Aires ¿Es extraño que Zabala se viera abocado a contener este explosivo conflicto, demorando las acciones sobre Montevideo y Maldonado?

No se sabrá a ciencia cierta cual fue el motivo decisivo de su remoción, pero no sería extraño que esa nota, escrita con la rudeza de la verdad, estuviera en el epígrafe de las razones. Se sabe que hay verdades que molestan, como les debe haber ocurrido a los funcionarios de la Casa de Contratación. Lo cierto es que para julio de 1735 Zabala ya no era más gobernador de Buenos Aires y el nuevo, (Salcedo) rompió hostilidades contra la ciudadela defendida por Vasconcellos.

Reunió Buenos Aires como en las ocasiones anteriores una fuerza compuesta de manera primordial por indios guaraníes, que respondían con mansa disciplina a las directivas de los padres jesuitas. Otra vez, el ejército que había podido reunir Buenos Aires era cercano a los cinco mil hombres, comparativamente muy superior en número al millar de efectivos profesionales que guarecían Colonia.

Pero las fuerzas hispano-criollas-guaraníes solo contaban con mil soldados fogueados; el resto, alrededor de cuatro mil hombres, eran indígenas que con reconocido valor y temple no dudaban en afrontar las

peripecias del combate, pero no constituían un grupo de homogénea formación militar.

Había otra factor que conspiraba contra los atacantes: los defensores estacionados en un reducto – que además de fortificado estaba servido por varias baterías (se calculaba en ochenta el número de cañones de hierro y bronce que tenían los portugueses) – contaban con la protección de sus murallas y solo debían dedicarse a hacer puntería contra los que osaran aventurarse en sus inmediaciones.

No era aconsejable, desde el punto de vista militar, intentar un asalto contra la fortaleza. El cerco pues, debía establecerse para estrangular la supervivencia de los defensores, siempre y cuando éstos no consiguieran abastecerse, porque en ese caso las perspectivas de prolongación eran incalculables.

El día 3 de octubre del mismo año Salcedo zarpó del puerto ubicado en el Riachuelo (en inmediaciones de la Boca) con varios lugartenientes y el ingeniero Domingo Petrarca, a quien se había confiado la construcción de casamatas, oponer fosos y baluartes, socavar trincheras desde donde sitiara al enemigo. Petrarca ya había intervenido en la construcción de los adoquines paralelepípedos sobre los cuales se habían levantado los cimientos iniciales de Montevideo.

A esa prolija organización técnica se sumaba el aporte de la flota española mandada por el conocido Francisco de Alzaybar, que desde hacía tiempo imponía un riguroso bloqueo a Colonia. Esta, merced al implacable control que se hacía por agua, empezaba a sentir los efectos del cerco: faltaban alimentos europeos, indispensables para el paladar de los sitiados y el reemplazo por frutos del país se hacía a costa de un gran sacrificio y no pocas afecciones a la salud.

Pero también en esta misión se hizo un cambio que no fue feliz para las fuerzas sitiadoras: Alzaybar fue reemplazado por el capitán Nicolás Giraldín, que pronto tuvo un choque de jerarquías con Salcedo y demostró rápido que no gozaba tampoco de la misma astucia y determinación del anterior jefe naval.

La escasa aptitud de Giraldín para percibir la magnitud de la empresa que tenía ante sí se advirtió cuando Colonia empezaba a dar muestras de desfallecimiento y solo faltaba el envión final para que Buenos Aires expulsara otra vez a los intrusos. El marino, miope en su visión general, no

advirtió que la frustración de los sitiadores era también para él un fracaso, y por desdén hacia Salcedo, retiró las naves de la costa, lo que hizo posible el aprovisionamiento de los defensores por navíos venidos de Brasil. Lo más grave para las fuerzas de Buenos Aires fue que la flota portuguesa no solo arrimó provisiones y armamento; también desembarcó mil hombres más, con lo cual las fuerzas militares portuguesas duplicaron a las hispano-criollas.

Se dirá que de cualquier modo el ejército sitiador era fuerte de cinco mil hombres y es verdad, pero de estos se debe recordar que solo mil tenían formación castrense; los cuatro mil indios poseían voluntad y valentía, pero disponían de escasa vocación y una casi nula preparación militar.

Después de los refuerzos recibidos por Colonia, el cerco se debilitó de manera notable, decayendo la moral de los sitiadores en la medida en que se alejaban las perspectivas de una dimisión rápida de la plaza. Sin embargo, así como la situación de los atacantes era desalentadora, la posición dentro del reducto era rayana en la desesperación y solo el prestigioso temple de Vasconcellos mantenía erguida la guarnición.

Para colmo el sitio era interminable, con dos inviernos seguidos muy crudos. A ello debió sumarse la sensación de enclaustramiento que padecían los portugueses; se empezaron a sentir los síntomas de una incipiente hambruna, que comenzaba a padecer la población sitiada. La suma de esas condiciones adversas terminó por colocar el ánimo de pobladores y soldados en estado desfalleciente.

Al final, después de veintidós meses de cerco minucioso (excepto la flaqueza de Giralдин), en septiembre de 1737 arribó al Río de la Plata la fragata portuguesa *Boa Viagem* al mando del capitán Duarte Pereira. Lo hizo con una copia del armisticio que habían firmado en marzo de ese año en París España y Portugal bajo el auspicio de otras potencias europeas. Con un oficial de rango le envió un ejemplar a Salcedo, quien procedió a dar curso al acuerdo, disponiendo el levantamiento del cerco.

Por esta vez la acción había concluido. Buenos Aires no había podido vencer la resistencia de los sitiados. Estos, con la ciudad devastada, las construcciones en ruinas (más de doscientas casas destruidas), los depósitos de trigo y legumbres incendiados, aniquilados en su totalidad los viñedos, muertos por efecto del hambre y las balas más de dieciocho mil equinos y superando los noventa mil el número de vacunos y lanares perdidos,

podieron sobrevivir al rigor de Buenos Aires. Solo para comprender que debían empezar otra vez de cero, sin la esperanza y las ilusiones de expansión y dominio que antes habían inflamado el pabellón de Portugal.

Ahora bien; analizados a fondo los acontecimientos posteriores, es posible afirmar que si algún instrumento fue firmado con la mano y borrado después con el codo, ese fue el Tratado de París de 1737. Casi de inmediato Felipe V reemplazó al confundido y desafortunado Salcedo por otro gobernador, que viajó a Buenos Aires con instrucciones expresas: Domingo Ortiz de Rosas. En ellas el monarca le ordenaba que no diera batallas formales, pero que impidiera, de cualquier manera, la supervivencia de Colonia y lograra el retiro de los portugueses.

Con tan críptico mensaje, el nuevo gobernador dedujo que tenía ante sí una sola posibilidad: ajustar un cerco que ahogara la ciudadela; es decir debía privarla dentro de lo posible, de los abastecimientos necesarios a su vida.

Conforme a ese plan, las fuerzas de Buenos Aires se estacionaron en las proximidades del río San Juan y, cumpliendo funciones policiales, impidieron el paso de ganado y el acopio de leña. Vasconcellos sintió, de ese modo, que su notable esfuerzo para sostener el anterior sitio y todo el despliegue de sus largas décadas de gobernación, se precipitaban al suelo. Así se lo hizo saber al Consejo Ultramarino de Portugal: "... la miseria irremediable que se experimenta en la plaza por causa del nuevo comandante que se nombró para el bloqueo por parte de Castilla...".

Buenos Aires demostraba una vez más que no estaba dispuesta a aceptar la presencia portuguesa en la otra margen del río y solo necesitaba el permiso de Madrid para actuar; los portugueses por su parte a comprender que les resultaría imposible sostenerse con la objeción de un enemigo tan formidable enfrente.

El gobernador Ortiz de Rosas impuso una vigilancia estrecha a Colonia y los efectos de la hostilidad dieron los frutos que se han descrito más arriba; la situación comenzó a hacerse insostenible para los habitantes de la ciudad. La presión menguó cuando a Ortiz de Rosas lo reemplazó don José de Andonaegui, aunque las causas del respiro deberían buscarse en la política europea, más que en la personalidad de los gobernantes de Buenos Aires.

Para decirlo con otras palabras: las cuestiones humanas suelen ser más fuertes aún que las políticas; al menos así ocurría en tiempos del

absolutismo monárquico, donde mandaban los linajes reinantes. Muchos de los aspectos humanos que se ventilaban en Europa repercutían no solo en el triunfo o caída de determinada dinastía sino en los efectos que ellas producían sobre los planes que tenían en marcha en las colonias distantes. De eso se trató la verdadera diferencia, no que el gobernador fuera Ortiz de Rosas o Andonaegui.

Así ocurrió en la península; al menos; murió Felipe V, decidido impulsor del poder español en las dos márgenes del Río de la Plata y ascendió al trono su hijo Fernando VI, que había casado con la hija del rey de Portugal, Bárbara de Braganza. Por su parte el hermano de ésta, el príncipe José (futuro José I), casó con la hermana de Fernando e hija del difunto Felipe V. Dos hermanos, unidos por matrimonio con otros dos hermanos parecían encarnar y superar el antiguo deseo de los Reyes Católicos y prometía unificar en la descendencia las dos coronas peninsulares. No fue así; ni en Iberia ni en el Río de la Plata.

Bárbara parecía no haber perdido jamás su condición de portuguesa y se inmiscuyó en forma decidida en los negocios del rey e influyó sobre éste para conciliar la discrepancia entre las dos naciones sobre la colonia del Sacramento.

Se llegó así a la firma en Madrid del Tratado de 1750, por el cual Portugal cedía Colonia al reino de España y éste transfería a aquél el territorio en que misionaban los jesuitas: es el acto de diplomacia que se denominó de manera usual “Tratado de Permuta” y que los sectores más cercanos a la tradición orgullosa de España consideraron afrentoso.

En cambio, el acuerdo prometía ser fructífero para los portugueses, pues conseguían lo que querían; es decir, el reconocimiento de su derecho a un suelo riquísimo, sobre el cual podrían activar sin inconvenientes porque era contiguo al que disfrutaban como conquistadores en Brasil. De ese suelo vastísimo solo podían arrancarse hasta ese momento migajas, por medio de los bandeirantes. A cambio de esos territorios jugosos no daban nada, porque la colonia del Sacramento era solo un enclave sobre el cual España no admitía la soberanía lusitana y Buenos Aires se erigía en una amenaza palmaria, por lo cual los portugueses se mantenían en esa ciudad solo velando las armas hasta que alguna expedición punitiva los echara del lugar.

Se ha dicho, además, que este Tratado tenía un sesgo ideológico, puesto que constituía un eventual reparto de áreas de influencia. Portugal reconocía

a España los derechos absolutos sobre las Filipinas y ésta a aquel la soberanía en las márgenes del Amazonas y en el Mato Grosso. Y por supuesto en tierras de las misiones jesuíticas a cambio de la colonia del Sacramento, que pasaba a depender del dominio español con la sola restricción de las armas y municiones que se permitía a los portugueses retirar del reducto. Los pobladores quedaban en libertad: permanecer con respeto absoluto por sus personas y bienes por parte de España o partir.

El Tratado no llegó a concretarse nunca, porque ambas jurisdicciones no consiguieron el beneplácito de las figuras más involucradas en el tema.

El ex gobernador Vasconcellos encabezó en Portugal la formación de un partido opositor al acuerdo y a su vez los padres jesuitas rechazaron la transferencia de sus misiones a manos de quienes en el pasado habían aceptado que los bandeirantes se apoderaran de sus fieles para comerciarlos como esclavos.

Intentaron los portugueses hacer cumplir el Tratado por la fuerza, pero esa voracidad solo consiguió desatar la famosa guerra guaraníca, que duró casi cinco años y terminó con una derrota para las armas de Portugal. La Compañía de San Ignacio y las “últimas llamadas del poder de España” obraron en fecunda conjunción para impedir la consumación de un despojo. Al mismo tiempo nació en Portugal el deseo por conservar Colonia, lo cual siendo un hecho en apariencia menor fue por demás sospechoso y al mismo tiempo, revelador. Se desató una oleada de protestas en todo el reino que animó la suspicacia de una interpretación oscura.

Poseer un enclave aislado, que como una cuña penetrara en la panza de las colonias de España era un buen negocio que dejaba satisfechos no solo a diplomáticos y pobladores portugueses. Por encima de ellos, una red de traficantes, contrabandistas y mercaderes veía la ocasión de usar esa puerta para que las manufacturas lusitanas (y británicas) ingresaran en forma clandestina a los virreinos españoles.

En el extremo sur por medio de Colonia y en el Caribe a través de los corsarios, el contrabando prometía los beneficios corruptores de su penetración virósica. Para todos estos aventureros la restitución de Colonia a España era un mal negocio.

La resistencia implacable que despertó este acuerdo en los dos países convirtió en imposible la administración del Tratado y mantuvo el statu quo;

diez años después de su firma no había sido posible su aplicación y para colmo murieron Bárbara primero y Fernando VI poco después.

El 12 de febrero de 1761 – casi un siglo después de la empresa de Garro y Vera y Muxica – se firmó con solemnidad en El Pardo (inmediaciones de Madrid) una convención que dejaba sin efecto el Tratado de 1750, retrotrayendo las posiciones a las antiguas demarcaciones limítrofes, es decir a la vieja pugna armada por la Colonia: el alivio llegó a la Compañía de Jesús y Buenos Aires volvió a prepararse para otra epopeya.

De inmediato a la firma de ese Tratado, suscripto en apariencia con propósitos pacificadores y como si se tratara de una paradoja de comedia, las potencias signatarias se fueron a las manos. Las fuerzas militares de españoles y portugueses quedaron enfrentadas en función de que estos últimos invocaron su condición de aliados de Inglaterra, opuesta a España, para dar inicio a hostilidades que tomaron por sorpresa a los castellanos.

Como es fácil advertir hoy, la cuestión europea tuvo consecuencias en el Viejo Continente y repercusiones directas en América. Mientras las tratativas de El Pardo eran un bálsamo, los signatarios estaban dispuestos y decididos a mantener sus acciones en ultramar y por su parte Portugal afilaba las espadas para actuar en Europa.

Y es en esos precisos momentos cuando en España se realiza una inflexión en las cuestiones de Estado.

Podría haber cometido un error en la elección del hombre – uno de los tantos que se perpetraron – y la relación de fuerzas tal vez hubiera mantenido un mecanismo de indefinición. Sin embargo, la corona española eligió bien; convocó a la “última llamarada del poder de España en América” al decir de uno de los principales historiadores argentinos y designó, con iluminada decisión, gobernador de Buenos Aires al general don Pedro de Cevallos.

Más contundente aún ha sido Vicente Fidel López: “Por fin Buenos Aires tenía en el gobierno un grande hombre de guerra y de clarísimas previsiones en la política general del reino”, dijo con elocuente prosa.

Conocía Cevallos bien el tema de la colonia del Sacramento y cuando tuvo conocimiento que el Tratado de 1750 había sido abrogado en forma expresa, envió desde Buenos Aires una nota solicitando al gobernador portugués la restitución de territorios demarcados y apropiados según el pacto que había

caducado. Cumplía en esto, también, expresas instrucciones que había recibido del soberano de España, ya por ese momento Carlos III.

Cevallos no perdió tiempo y apenas un año después – el 1° de octubre de 1762 – puso en ejecución sus aprestos bélicos estableciendo un cerco férreo a Colonia. La ciudadela, como en el pasado y también en base a órdenes recibidas de Lisboa, se mostró dispuesta a resistir. Las fortificaciones habían experimentado un perfeccionamiento notable y el millar de soldados que la sostenían parecían suficientes para desbaratar cualquier intento de penetración, apoyados como estaban por una recia artillería.

Cevallos por su parte contaba con una tropa inmejorable: dos mil setecientos soldados; muchos veteranos traídos de España, otros formados en la dura escuela de Buenos Aires. A esa fuerza había que agregar más de mil indígenas y centenares de peones, sin formación militar, pero aptos para llevar a cabo fosos y realizar obras civiles apropiadas a las tareas de aproximación.

La flota estaba al mando del capitán Carlos Sarriá y su cobardía – como se verá más adelante - habría comprometido la suerte de la ofensiva del gobernador de Buenos Aires, si éste hubiera sido un hombre con menos talento militar y arrojo que el general Cevallos.

La táctica de Cevallos fue de demolición sistemática de la ciudadela; colocó sus baterías con el calibre más vigoroso frente a los baluartes defensivos y los atormentó con un bombardeo intermitente que no se detenía por las noches. Los disparos no solo causaban efectos destructivos en la fortaleza a medida que transcurrían los días, sino que el ruido atronador que producían los estampidos impedían el descanso de la población, al mismo tiempo que los proyectiles, al caer sobre los refugios destinados a las familias, llevaban pánico a todos los moradores. El 7 y el 16 de octubre se abrieron dos brechas en las murallas y los portugueses pensaron que por esas aberturas llegaría en cualquier momento el aluvión invasivo de Buenos Aires y supusieron que era el fin.

No fue así; Cevallos aprovechó la distracción que provocaba ese hecho en las fuerzas sitiadas para acentuar la confusión, pero mantuvo su estrategia de saturar la plaza con fuegos de artillería.

Al fin tuvo la recompensa buscada. El 30 de octubre (algunos autores establecen la fecha del 3 de noviembre de 1762, pero la documentación específica inclina a reconocer la primera) se rindió en forma incondicional la

colonia del Sacramento, quedando la fortaleza a merced de las fuerzas atacantes.

Cevallos tuvo un gesto de caballerosidad castellana, que mereció escaso reconocimiento de la historia, no obstante la galanura del ademán dirigido al general portugués Silva da Fonseca. Hizo constar en el acta de rendición que "... por la honrosa defensa que ha hecho [su comandante] se le concede salir a embarcarse por la puerta del Colegio con sus armas, banderas desplegadas, cañones cargados, mecha lista y tambor batiente. Cada soldado con doce tiros de fusil, cada granadero con una granada, dos piezas de campaña con doce tiros, aunque sin ningún mortero. La evacuación podrá realizarse hasta el 2 de noviembre".

La actuación de Cevallos y las fuerzas de Buenos Aires fue sobresaliente (excepto el episodio de la deserción de Sarriá) y es unánime el reconocimiento de que si el general no hubiera obrado con tanta presteza y resolución se habría encontrado con la imposibilidad de rendir la plaza.

El pobre Silva da Fonseca recibió lo honores de Cevallos como el último acto de una vida digna. Llegó después de la evacuación a Río de Janeiro y fue enviado preso a Lisboa; allí fue conducido a una cárcel donde murió atacado por la mayor tristeza.

Durante el sitio de Colonia se había expuesto más allá del deber buscando en forma deliberada la muerte, como si adivinara su destino; por esas extrañas paradojas no murió revestido de gloria sino inmerso en una injusta ignominia. ¿Quién dijo que la vida es justa?

Se le reprochaba la rendición, como si hubiera sido un acto de flaqueza que había ultrajado el honor de su patria. Es cierto que desde Brasil se le enviaban refuerzos, pero el virrey portugués había concentrado fuerzas lusobrasileñas en el Chuy a mediados de noviembre y debían primero batir Maldonado y Montevideo antes de llegar a Colonia. Cuando los refuerzos indispensables recién llegaban al Chuy hacía ya quince días que las tropas de Cevallos habían destruido el baluarte de Fonseca.

También es infantil y extemporáneo el reproche que se le formula por no haber esperado la llegada de la flota combinada de británicos y portugueses al mando del comodoro Mac Denara, marino de alto crédito.

Según han dicho autores brasileños, esa flota transportaba una importante unidad de desembarco, que hubiera sido suficiente para impedir que el asedio de Cevallos tuviera un desenlace victorioso. En realidad esto

solo es una conjetura, desarrollada en el terreno hipotético, ya que no quedaron constancias tangibles de la magnitud de esa fuerza de desembarco.

Pero por sobre todas las cosas: el auxilio habría debido llegar a tiempo para no transformarse en una baladronada, como ocurrió con las tropas, que estuvieron estacionadas en el Chuy quince días después de la rendición de la colonia del Sacramento.

Las referencias sugieren otro desarrollo.

Cuando llegó a las inmediaciones de Colonia la escuadra aludida, el capitán Sarriá, amedrentado, se dio a la vela, abandonando a Cevallos a su suerte y dando por descontado que no quedarían criollos ni indígenas ni españoles vivos para contar su deserción. Pero antes, apenas ingleses y portugueses llegaron a la desembocadura del Río de la Plata (eran ya los fines de noviembre), tuvieron noticias de la rendición de Fonseca (ocurrida un mes antes) y que el fuerte estaba en manos de Buenos Aires.

Cuando advirtieron que el río estaba expedito (había desaparecido la flota de Sarriá) dejaron a retaguardia (versión brasileña y portuguesa) los transportes de tropas e ingresaron en las proximidades de Colonia en soberbia navegación la fragata insignia Lord Clive, flanqueada por la Ambuscade (ambas inglesas) y la portuguesa Gloria. La fecha que consignan tanto las fuerzas de Buenos Aires como los sobrevivientes de las dos últimas fragatas mencionadas fue el 6 de enero, lo que prueba de manera elocuente el despropósito de reclamarle a Fonseca continuar en la resistencia esperando la llegada de refuerzos (se había rendido, como se dijo, el 30 de octubre de 1762).

Por supuesto, para los marinos de la flota combinada la noticia de la rendición del fuerte de Colonia era un contratiempo grave. Una cosa era hacer tareas de avituallamiento, apoyar con el poderío de la flota las operaciones anfibas y otra muy distinta encontrar al enemigo al frente de la fortaleza que se consideraba propia. Este dato no fue sino una prueba más del genio militar de Cevallos.

Resignado a no salvar la plaza rendida meses antes, Mac Denara se dio por conforme si al menos lograba destruirla, para transformar en derrota la victoria de España y Buenos Aires. El 6 de enero de 1763, colocó los navíos de flanco a la costa y comenzó un abrumador bombardeo contra las posiciones que defendía Cevallos. Tal vez no contara (tenían en total ciento

cincuenta cañones) con la empecinada resistencia de Cevallos, que con una artillería de menor potencia que la marítima respondió golpe por golpe a los atacantes, demostrando por qué había tenido que rendirse Fonseca.

Según la versión portuguesa, ya comenzaban a sentirse los efectos del agotamiento del parque de Cevallos, cuando un disparo certero de las baterías costeras dio de pleno con una bola roja en la Lord Clive y ésta, con una tripulación de quinientos hombres y servida por sesenta y cuatro cañones, estalló de inmediato. La explosión arrojó por el aire con vida al propio comodoro Mac Denara, que no quiso rendirse ni ganar a nado la costa para no ser tomado prisionero; intentó nadar hacia otro de los buques a sus órdenes, pero la correntada del Río de la Plata no le permitió acercarse. En un acto que enaltece su condición militar optó por permanecer en el agua y, rechazando la ayuda para salvarse, se dejó morir ahogado.

Fracasado el intento de demolición, las dos fragatas que quedaban a flote se retiraron del combate, la Ambuscade manteniendo apenas la línea de flotación pues había recibido más de cuarenta impactos en el casco. Las armas de España y Buenos Aires tenían motivo sobrado de orgullo; no solo habían batido la resistencia de Colonia sino además puesto en fuga o hundido los buques más temibles de la flota combinada de ingleses y portugueses que operaba en la parte meridional de América.

Una versión indica que se tomaron más de dos mil quinientos prisioneros; este dato no es seguro y, más aún, merece la crítica a que son acreedoras las versiones contradictorias, ya que, estando al intercambio con el jefe de la guarnición de Colonia, la rendición fue acordada sin represalias y los derrotados evacuaron el fuerte con todos los honores militares. Por otra parte numéricamente no es posible hallar coincidencias que permitan admitir esa cantidad. Sin perjuicio de ello, el botín fue estimado en cuatro millones de libras esterlinas.

La escuadra enemiga dejó en manos de las fuerzas propias muchos trofeos, despojos y un considerable número de prisioneros, que unidos a otras capturas realizadas fueron internados en la provincia de Mendoza, donde, según cuenta la leyenda, introdujeron el cultivo de la viña. Según dice Carlos Roberts al menos ochenta marineros de la Lord Clive sobrevivieron a la voladura, los que fueron capturados y llevados al interior del país.

Si se considera que autorizados autores españoles (también Roberts, que

fue un minucioso investigador de los documentos británicos) han señalado que la misión de la flota aliada no era solo socorrer a la asediada Colonia sino usar esa ciudadela como base para poder atacar Buenos Aires, que era el objetivo de máxima, el triunfo de Cevallos fue rotundo.

A todo esto ¿Qué fue del capitán Sarría?

Su pusilanimidad merece ser relatada, para vergüenza de su nombre y baldón de los cobardes.

Como imaginaba un desastre seguro de las fuerzas de Buenos Aires había barrenado y echado a pique la fragata Victoria que era su nave insignia y se refugió en la ensenada, donde “no creyéndose seguro todavía, se fortificó en tierra sin que nadie lo amenazase. Allí pasó por la vergüenza de que le llegara la noticia del esclarecido triunfo de Cevallos, mientras él alcanzaba la infamia de que se repitiese su nombre de ese día en adelante como sinónimo de cobardía” (López).

Pero a pesar de la gloria del gobernador Cevallos, parecía que un sino siniestro acompañaba las victorias de Buenos Aires sobre los enemigos de España. Dos meses antes de ocurrir estos sucesos se había firmado en Fontainebleau el Tratado que ponía fin a la guerra de los siete años entre Portugal y España y la colonia del Sacramento debía devolverse a sus anteriores titulares (los portugueses). Vanos habían sido los esfuerzos de Cevallos y Buenos Aires. Se cumplía para España una maldición fatal.

Otra vez por medio de la fuerza se la llevaba a aceptar imposiciones de derecho, como en Utrecht. Había firmado con Francia los famosos “pactos de familia” que acercaba a las familias borbónicas de ambas naciones y esa obligación la llevó a compartir con la aliada una guerra que terminó siendo fatal para ambas. El resultado de esa derrota en Europa (y en los demás frentes, excepto en el Plata) torció una vez más en la mesa de negociaciones lo que las armas habían conseguido en América para defender un derecho inalienable.

Una vista superficial y somera de los hechos invita a conjeturar que España actuaba con ligereza, entregando de una manera fácil lo que en el Río de la Plata se lograba a costa de sacrificios de toda índole, de manera principal con el empleo de la fuerza armada.

Pero hagamos justicia: ¿pudo en alguna ocasión España haber salido con la suya en las negociaciones, cuando en la guerra había sido derrotada? Creemos que por el contrario, honra a España y a su historia, el pertinaz

empeño con que luchó siempre por reivindicar ese pedazo de tierra “a pesar de la fatalidad que se lo arrancaba por fuerzas insuperables, hasta que logró por fin volver a verlo definitivamente en sus manos”.

A todo esto Cevallos, el general victorioso, no había dado por terminada su misión con el trofeo obtenido sobre Colonia y la armada enemiga. Dejó bien defendida la plaza que había conquistado hacía pocos días y sacó a campaña su ejército. Con la rapidez del relámpago recompuso las divisiones y este “guerrero de alma y de corazón inspirado” acometió sobre los bastiones portugueses que estaban más hacia el norte.

Cayeron ante su despliegue las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel; destruyó los establecimientos que el enemigo habían levantado a lo largo del río Chuy; las fuerzas de Cevallos ya dominaban la Laguna de los Patos cuando fueron anoticiadas de la firma del armisticio. Cabizbajo, con gesto resignado, mordiéndose los labios de impotencia, acató la orden; otra vez la diplomacia barría lo que se había logrado a sangre y fuego.

La víspera de Navidad de 1763 volvían los portugueses a ocupar Colonia, haciéndose cargo el nuevo gobernador, coronel Pedro Soares de Figueiredo.

Pero la confusión nacía del mismo texto que intentaba terminar con los conflictos perpetuos: el convenio establecía que los territorios coloniales quedaban en las condiciones anteriores a la guerra. De ese modo se consagraba una verdadera paradoja: el mismo tratado que pretendía poner fin a los litigios, creaba las condiciones para que las querellas fueran interminables.

Como era de imaginar, con la desmesura que les era propia los portugueses reclamaron Río Grande, las islas Martín García y Dos Hermanas, San Gabriel y junto con la colonia del Sacramento, el interior del territorio que presidía esa ciudad.

Por supuesto, la inteligencia del Tratado para los españoles era distinta y la interpretación de esa cláusula se transformó en fuente de altercados, convirtiendo el tema de Colonia en un conflicto crónico.

No hubieron, no obstante ello, grandes hostilidades en la región, salvo en la zona de Río Grande, donde los portugueses perpetraron varios ataques crueles contra algunas villas desarmadas. Estos hechos criminales agotaron la paciencia del rey Carlos III, quien echó mano del español que más conocía el Río de la Plata y cuyo solo nombre estaba rodeado de un hálito de

admirativo prestigio, por entonces recio y eficiente gobernador de Madrid: don Pedro de Cevallos.

Carlos III decidió poner fin “para siempre” al conflicto y actuó adoptando medidas políticas destinadas a reforzar la acción militar, fundando el Virreinato del Río de la Plata en 1776. Fue justo el general Cevallos a quien se designó para el cargo y se lo destacó a Buenos Aires al frente de un ejército compuesto por fuerzas de abrumador poder (más de nueve mil efectivos).

La expedición que organizó Cevallos partió de Cádiz; el 20 de febrero de 1777 expulsaba a los portugueses y capturaba la isla de Santa Catalina. El raid había comenzado y tanto Buenos Aires – capital del virreinato inmediato – cuanto Montevideo, recibieron instrucciones para levantar hospitales, alistar cuarteles y preparar medios de transporte que debían estar a órdenes del virrey Cevallos. Éste marchaba no solo al frente de un ejército poderoso, sino respaldado por una escuadra compuesta por seis navíos de guerra y nueve fragatas; un centenar de transportes se empleaba para trasladar a las tropas, con víveres suficientes para seis meses y armas y munición provistas.

Llegó Cevallos a Montevideo, que utilizó como base de operaciones sobre Colonia y tomó contacto con Buenos Aires; por otra parte destacó fuerzas para enlazarse con el mariscal Juan José de Vértiz, que operaba en el interior de la Banda Oriental. Con todos los hilos en la mano, el general en jefe se dispuso a rescatar Colonia.

No fue preciso que hablaran las armas; el coronel Francisco José da Rocha se rindió de inmediato.

Se ha criticado la decisión de este gobernador tildándosela de precipitada; la verdad es que había recibido instrucciones del marqués de Pombal, ministro de José I, para economizar hombres y medios en una defensa que de antemano se sabía inútil.

Las condiciones de la rendición fueron aceptables. A los hombres de tropa se les permitió volver a su patria con sus esposas, esclavos y bienes transportables. Algunos vecinos quedaron en la ciudad en la que estaban radicados; los que desearon partir lo hicieron con respeto hacia sus personas y bienes en absoluta libertad. Las armas y los pertrechos de guerra fueron incautados por los vencedores.

Otra vez las armas habían conseguido un triunfo que la diplomacia lo negara por medio de la habilidad y fortuna con que los políticos portugueses

manejaron los reclamos. De cualquier manera la carta diplomática no quedó agotada ni debería suponerse que la rendición de Colonia significó un triunfo global para España.

Poco después se firmó el Tratado de San Ildefonso, que perfeccionó y acrecentó para Portugal las ganancias que obtuviera en el de Madrid de 1750.

Pero esa historia, triste y dramática para España y los jesuitas, es ajena a Buenos Aires y no se corresponde a este estudio, que solo pretende referir el heroísmo de esa ciudad, obediente a la Madre Patria por una parte y por la otra, de obcecada pertinacia por no permitir a ningún oponente avasallar los derechos que creía tener.

CAPITULO V

VIENEN LOS INGLESES. RECONQUISTA Y DEFENSA

1) SE PREPARA EL GOLPE

La actitud de Gran Bretaña con respecto a las colonias españolas en América fue oscilante, aunque debe reconocerse que sus pasos siempre fueron guiados por el interés, que estaba relacionado en forma directa con su política exterior.

Hasta cierto punto no puede considerarse ilógico que pusiera los ojos sobre los territorios ultramarinos de España. Con frecuencia ésta fue su enemiga y durante el imperio napoleónico, una subordinada de Bonaparte, como continuidad de los pactos de familia, aún cuando para entonces la guillotina y el Terror hubieran cortado los lazos del parentesco con un filo más irreversible que las mismas separaciones de linaje.

¿Pero que fueron estos pactos de familia? A partir de la instauración de la dinastía borbónica en España, después de la guerra de sucesión, los Borbones de ambos lados de los Pirineos firmaron tres tratados de alianza y ayuda mutua, que se conocieron con ese nombre. El primero lo fue en 1733, durante el reinado en España de Felipe V, y en virtud de sus cláusulas Francia la arrastró a participar en las guerras de sucesión de Polonia y Austria. El saldo fue poco beneficioso para España, a pesar de la enorme inversión en responsabilidades, dinero y bajas militares: obtuvo el reino de Nápoles. El

siguiente se firmó en 1743, en las postrimerías de la vida de Felipe V y el último – quizá el principal – en 1761, cuando Carlos III era rey.

Por muchas razones este fue el pacto más significativo. Cuando la famosa Revolución de Francia amenazó el trono de los parientes de París, los ejércitos españoles cruzaron los Pirineos en forma animosa reclamados por los primos franceses. Lo hicieron dispuestos a escarmentar a los “revoltosos” que habían desafiado el absolutismo monárquico. Y tal vez los éxitos iniciales se habrían acrecentado a partir del sitio de Marsella, si no hubiera sido que una victoria segura se transformó en fracaso por obra de un oficialito francés ignoto y sin pergaminos, llamado Napoleón Bonaparte.

Este último pacto de familia – suscripto en mérito a la diligencia del duque de Choiseul – se concluyó durante la desgastante guerra con Portugal, que terminó con la firma del Tratado de París en 1763 y costó a España, entre otras cosas, el Río de la Plata, como ha sido referido.

En realidad la aplicación de este tercer pacto resultó más útil a Napoleón, que impuso a España la obligación de proveerle dinero antes que aportarle sus divisiones. Pero las importantes sumas que debía entregarle al señor de Europa solo podían venir de América y el espionaje inglés sabía de la existencia de esa obligación que debía cumplir España, no obstante el carácter secreto de la cláusula que lo establecía.

Para terminar con ese flujo, Gran Bretaña decidió apoderarse de los tesoros hispanos, con lo cual la ganancia era doble: el oro no llegaba a Francia y además iba a engrosar sus arcas. No fue ajeno a esta felonía (no estaban en guerra) el ataque a las cuatro fragatas españolas propinado por una flota británica a la vista de Cádiz, ardid que concluyó con el estallido e inmediato hundimiento de la Mercedes y captura y traslado a Londres de las otras tres.

Lo cierto es que para el monarca inglés las colonias españolas de América constituían un incordio (a la vez que un bocado apetitoso), ya sea porque aportaran dinero a su enemigo, ya fuere porque el monopolio comercial que les imponía España cerraba la libre entrada de manufacturas inglesas a un vasto continente, las que solo podían penetrar por medio del contrabando.

Es verdad que este delito se perpetraba en forma casi oficial, con anuencia del gobierno inglés y regocijo de sus financistas, navegantes y mercaderes (más la complicidad de los funcionarios venales del territorio colonial). Pero el contrabando era una práctica complicada, que el gobierno

inglés no manejaba en forma exclusiva, ni podía presentarlo como un blasón digno de ser exhibido.

El libre comercio, parangonable al caballero medieval que provisto de una reluciente armadura se decidía a atacar a un campesino semidesnudo, era la solución apetecible para Gran Bretaña y la verdadera obsesión de Pitt el joven, que como su padre, mantenía estrechos y sólidos vínculos con la City londinense.

Para poder imponerlo era fundamental asegurar las conexiones ultramarinas, con bases confiables en los atolones más estratégicos del mundo. A un gobierno como el inglés, el dominio de los mares era fundamental, no solo para asegurar su comercio – el alma de la nación – sino para llevar la bandera victoriosa a todos los rincones del mundo. Eso lo logró después de Trafalgar; la Armada quedó dueña de todos los mares del mundo, sin que hubiera flota capaz de disputarle la preeminencia.

Es cierto que el Emperador de Francia a su vez dominaba el continente europeo, pero la marina inglesa mandaba sobre las olas y podía hacer flotar sus cascos sin amenazas en cualquier océano del globo. Como derivación de ello, a su gobierno acudían visionarios y especuladores, aventureros y patriotas, para rogar que algunos de sus buques y los soldados de sus ejércitos se apoderaran de los territorios de España en América. No hace falta una gran imaginación para suponer que unos lo hacían por sincero (aunque a veces equivocado) patriotismo y otros por mera especulación.

No es de extrañar, en consecuencia, que en el gabinete inglés hubiera planes de invasión a distintas partes de la geografía americana. Por ejemplo, al prestigioso general Arturo Wellesley (futuro duque de Wellington) que había tenido en la India un desempeño admirable, le encomendaron planificar la invasión al Río de la Plata y a Méjico, tareas que cumplió con minuciosa prolijidad.

En definitiva, por una razón u otra, la decisión parecía tomada por el gabinete inglés. No había dudas respecto de que la América de habla española no debía pertenecer más a la órbita de Madrid, pero sobrevolaba un dilema: ¿Era posible extender los dominios británicos convirtiéndola en colonia, asumiendo esa inmensa región? ¿O se cumplían los mismos designios apoyando a los partidos criollos de la independencia?

Tal vez el gobierno inglés pensara que el resultado económico de ambas opciones fuera el mismo, ya que los aventureros que se acercaban al

gobierno de Pitt pedían apoyo para lograr la independencia a cambio de grandes concesiones mercantiles. Como se sabe, para muchos aparentes patriotas la codicia no faltaba a la cita y la tentación siempre rondaba los escritorios de los gobernantes de Londres. Una fuerte corriente sitúa al general Miranda en esta senda, acompañado por un reconocido oportunista que era su introductor en los escalones británicos más altos: Sir Home Riggs Popham.

Esta dualidad de criterios tuvo una visible muestra durante la primera invasión de los ingleses a Buenos Aires, como se verá.

Pero el gobierno conservador de Pitt cayó en 1805 (de inmediato murió el líder tory) con lo cual ascendieron al poder los liberales, menos prácticos en el manejo de las acciones políticas y decididos por convicción a sujetar las opciones de gobierno a la abstracción ideológica.

Lo cierto es que Popham – el nervio inspirador de la primera expedición al Río de la Plata – actuó sobre la base de algunas pautas no oficiales. Primero: existe hoy pacífica convicción de que mister White, un ex socio y acreedor suyo por operaciones que habían realizado en la India - radicado por entonces en Buenos Aires - lo indujo a apoderarse del tesoro proveniente del Alto Perú, que aguardaba ser embarcado con destino a Cádiz. Según se sabe, lo hizo para cobrar su crédito con las ganancias que obtendría Popham. Segundo: movido por la codicia del botín (era legal que las presas se repartieran entre la Corona, los jefes militares y la tropa) incitó desde el Cabo de Buena Esperanza, ciudadela que los británicos habían arrebatado al gobierno holandés, a los jefes militares a operar sobre el Río de la Plata. Tercero: A Popham le había requerido el Primer Ministro Pitt la presentación de un estudio para invadir Sudamérica; aquél, vinculado a Miranda, condujo a este general a un almuerzo en la residencia oficial del gobierno. Allí, Miranda entregó un memorando a Pitt aplaudiendo la ocupación de Hispanoamérica, delirando inclusive, con algunas afirmaciones que solo estaban en su imaginación: que el partido criollo se plegaría a Gran Bretaña y que además él tenía en su mochila a los misioneros jesuitas, dispuestos a sumarse a la invasión en venganza por la expulsión española.

Según todas las referencias, en ese almuerzo Pitt se habría mostrado feliz con las perspectivas, pero – como hombre cauto que era - en modo alguno sugirió cual habría de ser la acción que aconsejaría tomar (si es que en realidad se inclinaba por alguna). No obstante, la dicha de Pitt fue

interpretada como un aval por sus comensales y ambos se levantaron de la mesa creyendo que eran depositarios de un cheque en blanco para actuar contra España en Hispanoamérica.

Con los datos que Popham había recibido de White, más el afortunado golpe dado en el Cabo a los holandeses y la sonrisa feliz de Pitt, el panorama se le pintó color rosa.

Es evidente que cuando armó la expedición al Río de la Plata, Popham nada sabía de la caída del gobierno Pitt, su reemplazo por la administración liberal de Grenville y la posterior muerte del estadista conservador (enero de 1806). Ignorando lo que ocurría en Londres, tentó y de hecho obligó a los jefes militares (Baird, Beresford) a apoyarlo en la aventura rioplatense, que culminó como se sabe, con la Reconquista de la ciudad por españoles y criollos.

Siguiendo adelante con el plan, el comodoro Popham llegó al Río de la Plata comandando una flota numerosa en la que se destacaban los navíos más poderosos: *Raisonable*, *Diomede*, *Narcissus*, *Diadem*, y *Encounter*. Los transportes empleados fueron varios y de gran porte: *Ocean*, *Triton*, *Melancton*, *Willington* y *Ambulant*; a ellos debe sumarse el *Justine*, barco mercante que había venido de Santa Elena cargado de mercaderías para hacer grandes negocios en Buenos Aires y al final de la aventura resultara capturado por *Liniers*.

Junto al marino, se desplazaba un jefe militar (Beresford) que había logrado los ascensos en base a servicios destacados, al punto de hacerse merecedor del cargo que se le habría de confiar durante su efímera victoria: nada menos que gobernador de Buenos Aires.

El total de efectivos ingleses embarcados, sumando las tropas regulares, el “batallón holandés” (compuesto por italianos, holandeses, franceses, irlandeses, germanos, etc. que habían peleado baja paga de Holanda en Ciudad del Cabo y después de rendidos, fueron conchabados por Gran Bretaña) fue de 1040 personas. A ello debía agregarse la marinería de desembarco; en suma, la fuerza que descendió en Quilmes el 25 de junio de 1806, ascendía a 1641 hombres. Eran todos soldados veteranos, acostumbrados a la violencia del combate, incentivados por sumar a la paga habitual los importantes premios que prometían obtenerse de los codiciados tesoros de España.

Como es fácil deducir, la empresa fue planeada y ejecutada sin

intervención de Londres. Más aún; ignorando los protagonistas quienes eran las autoridades de la isla en ese momento y sobre todo, si respaldarían la invasión.

Popham, el alma mater de la correría, se había expresado en general con medias palabras respecto a la conformidad del gobierno y salvo Bird, en general no se conocía a ciencia cierta la magnitud de la aventura; ni siquiera Beresford estaba notificado de manera expresa de las características de la expedición, aunque es poco probable que no intuyera que se trataba de una maniobra donde imperaba la audacia.

Por otra parte, dado el tiempo que llevaban las órdenes en llegar hasta los extremos distantes del mundo donde operaban las escuadras de Gran Bretaña, una política habitual del Almirantazgo consistía en dejar en manos del comandante de la flota la adopción de las medidas más apropiadas para defender los intereses del reino.

Como suele suceder con las operaciones encubiertas – esto pasó siempre y es practicado aún en nuestros días - si salen mal, el gobierno suelta las manos de los actores negando cualquier injerencia y si en cambio obtienen un resultado positivo, es frecuente que el mismo gobierno se vista con ese poncho.

Con todo, si alguna duda hubiera perdurado en Beresford, ella se habría disipado cuando la expedición llegó a la desembocadura del Plata. Este general, pensando con criterio estratégico, argumentó a favor de tomar Montevideo primero; hacerse fuertes en esa plaza y desde allí – con refuerzos provenientes del Cabo y de Inglaterra, abalanzarse sobre Buenos Aires. Popham opinó diferente; tomar primero Buenos Aires, cabeza del virreinato, y recién después organizar la captura de Montevideo.

Como es lógico, la fuente de inspiración para ambos jefes era distinta: Beresford sopesaba las conveniencias militares; a Popham le brillaban los ojos pensando en el tesoro que guardaba Buenos Aires; ninguna estrategia debía interponerse entre el botín y sus manos.

Pese al grado insistente de las advertencias que señalaban la cercanía de los ingleses y el seguro desembarco de sus tropas, la defensa de Buenos Aires fue un compendio de errores y desaguisados. No fue ajeno a la cantidad de disparates que se conjugaron para resistir la invasión la proliferación de órdenes imprecisas, mal ejecutadas y concebidas con criterio absurdo (no se cavaron trincheras, las tropas no se plantaron en

alturas bien defendidas, se omitió utilizar al Riachuelo como barrera de contención, optándose por la decisión opuesta, es decir, apoyar las espaldas contra su margen).

Lo cierto es que el 28 de junio de 1806, fue arriada la bandera española y la enseña británica colocada en su lugar. Aún quedaban focos de resistencia, pero la ciudad había sido ocupada por los ingleses. Beresford era – lo sería por poco más de un mes – el gobernador de Buenos Aires en nombre de... Su Majestad Británica.

Lo que no podían saber los invasores ni los gobernantes de Londres, era que había comenzado una cuenta regresiva, que terminaría el 12 de agosto de 1806, cuando una fuerza militar apenas organizada y un pueblo unánime y aguerrido recuperaran la ciudad.

2) EL PRIMER ATAQUE

Para las tropas y los oficiales ingleses, la oposición que encontraron en Quilmes fue tan insignificante que supusieron tener frente a sí enemigos inferiores, incapaces de articular una defensa en forma. No habrían estado equivocados si toda la acción que se desplegó en Buenos Aires hubiera tenido solo como protagonistas a las fuerzas regulares y no al espíritu de la ciudad.

Las tropas locales tenían escasa preparación y se daba incluso la ironía de que varios de sus integrantes carecían de entrenamiento militar y algunos jamás habían disparado un arma. El alistamiento – el virrey carecía de iniciativas y Liniers todavía era un hombre ignoto – fue apresurado y desprovisto de orden; en muchos casos la munición que acompañaba a las armas entregadas no coincidía con el calibre de éstas; la distribución resultó insuficiente y caótica. Cuando los ingleses ocuparon el Fuerte se encontraron con un parque importante, que no había sido aprovechado para la defensa de la ciudad.

Con escasas escaramuzas, Beresford asumió la jefatura de gobierno y adoptó una serie de medidas que demuestran la prudencia política y el buen olfato que acompañó a su breve gestión. Introdujo medidas liberales, que favorecían el comercio local y satisfacían la ansiedad de provisión de bienes importados que tenían las familias más pudientes (de paso dio ocasión a los

fabricantes ingleses de colocar las manufacturas que había traído la Justine). Respetó la religión católica, no obstante la intolerancia que imperaba en el Reino Unido, donde – entre otras cosas – se prohibía a los católicos (“papistas”, como desdeñosamente se los llamaba) alistarse en el ejército inglés.

Mantuvo en sus cargos a los funcionarios coloniales, aún cuando en las oficinas claves (la aduana, el puerto, por ejemplo) designó a oficiales de su confianza, que actuaron como “interventores”.

Se ha dicho que mantuvo numerosas reuniones con miembros del “partido criollo”, partidario de la independencia, en especial con Juan Martín de Pueyrredón. Este tema es muy delicado y merece ser tratado con mucha prudencia.

Digamos, en primer lugar que es posible – y hasta probable – que el general Beresford, cuya “muñeca” política está fuera de discusión, hubiera realizado diversas entrevistas con españoles nativos (los criollos), entre otros Pueyrredón, quien por sus intereses comerciales (le habían decomisado la carga de un buque suyo, que traía para su negocio) tendría que haber efectuado gestiones ante las ocasionales autoridades. Es posible que también lo hubiese hecho con españoles notables, como Álzaga, por ejemplo. Pero la sola sugerencia de “entrevistas” puede suscitar una intencionalidad capaz de alentar la suspicacia, imaginando una posible traición de los españoles nativos.

Incluso es factible que la intriga se hubiere deslizado a efectos de menguar la sólida configuración de un bloque monolítico entre españoles peninsulares y nativos.

Por supuesto, los acontecimientos posteriores descalifican cualquier maquinación que pudiera alimentar esa versión intencionada, ya que la reconquista fue obra de todo el pueblo de Buenos Aires, cualquiera fuere el lugar de nacimiento de quienes realizaron la proeza.

Pero además existen dos factores imprescindibles a tener en cuenta y que por si solos bastarían para echar por tierra ese infundio. Uno de ellos se refiere a la religión. Es verdad que Beresford mantuvo reuniones con el obispo Lué (un importante oficial español antes de tomar los hábitos sacerdotales), pero no obstante ello el clero y los fieles no dejaron nunca de considerar a los ingleses “herejes”, que tarde o temprano impondrían el sacrilegio de su apostasía.

No logró cambiar esta disposición la gran cantidad de franquicias económicas con que favorecieron al público: los sentimientos religiosos tienen tentáculos tan fuertes y viscosos que las manos del hombre no son tan fuertes como para cortarlos con el filo de las monedas.

El otro es el relativo a la independencia. Es cierto que Pitt había evaluado entre las opciones a tomar, la posibilidad de que se apoyaran los levantamientos independentistas en América, como una forma de agredir a España. Miranda no habría sido extraño a este proyecto.

Pero también es verdad que habían llegado al escritorio del Primer Ministro proposiciones que se basaban en la extensión del poder colonial británico a expensas de España. En esas condiciones nada concreto habrían de tener en sus manos Beresford y Popham para ofrecer a los criollos: no estaban autorizados a estimular la independencia. Tampoco estaban facultados para formalizar un coloniaje; en realidad no estaban facultados para nada, puesto que habían obrado por su cuenta, movidos por la codicia de Popham.

Es presumible que conociendo los antecedentes del personaje se hubiera podido esperar una promesa falsa de Popham para tratar de coquetear con los criollos, pero ese no era el caso de Beresford, que en todo momento se condujo con la formalidad de un soldado. Por si estos inconvenientes fueran de por sí pocos, el gobierno inglés había cambiado de manos y Grenville era poco apegado a las soluciones pragmáticas.

En rigor de verdad el pobre Beresford no ganó para sustos ni bien ocupó Buenos Aires: los jesuitas que tenía Miranda en la manga según su jactanciosa apreciación no existieron y los indígenas, cuyo levantamiento contra España se expendería como “pan caliente”, según le habían hecho pensar a Londres, tampoco ocurrió.

Al contrario; pocos días después de la reconquista, mientras el general Beresford estaba prisionero en Luján, vio pasar unos tres mil indios conducidos por sus caciques que se dirigían a Buenos Aires. Iban a presentarse para pelear “contra los colorados” (juego de palabras que aludía al carácter pelirrojo de los soldados ingleses y al color mayoritario de sus uniformes).

3) LA RECONQUISTA

La resistencia comenzó de inmediato. Liniers, que no había dado juramento de sumisión al rey inglés, pasó a la Banda Oriental a respaldar la recuperación de Buenos Aires a mediados de julio.

Ya para ese entonces habían llegado a oídos de Ruiz de Huidobro, gobernador de Montevideo, noticias de la caída de Buenos Aires y comenzó a organizar la expedición de reconquista (esta disposición daría origen después a una ociosa querrela entre ambas ciudades, respecto a cual de las dos correspondían los laureles de la recuperación).

Liniers informó al gobernador, con disciplinada subordinación, de su presencia en Colonia (en la marina española era de menor graduación) y se puso a sus órdenes; Ruiz Huidobro dispuso que concurriera a Montevideo, mandato que Liniers acató con rigurosa corrección. Pero el gobernador también había recibido noticias de Sobremonte, que le indicaban aguardar su presencia para conducir él en forma personal el ataque a Buenos Aires. Con manifiesta generosidad, Liniers se ofreció a desempeñarse como segundo de Ruiz de Huidobro y lo estimuló a conducir la marcha a la ciudad ocupada por los ingleses sin esperar a Sobremonte, demora que podría comprometer el suceso militar si los ingleses recibían refuerzos, como se esperaba.

Ruiz Huidobro compartió este enfoque, pero como al mismo tiempo Popham estrechara el cerco por mar a Montevideo y se temiera un ataque inminente desde los barcos que comandaba, el gobernador optó por quedarse a proteger su ciudad y dejó en manos de Liniers la tarea de marchar a Buenos Aires.

Esto ocurría el 20 de julio; antes, el 16, Pueyrredón y Arroyo fueron a Montevideo y se sumaron al cónclave entre el gobernador y Liniers. De inmediato regresaron a Buenos Aires y se instalaron en Perdriel, chacra de Pueyrredón donde se estaba armando un improvisado ejército que debía sincronizar con la marcha de Liniers.

Beresford, en tanto, se sentía sentado sobre alfileres, a pesar de enfrentar las malas noticias con expresión indiferente. En la madrugada del 31 de julio, a la salida de una representación teatral a la que concurrió observando una estricta etiqueta social, sus espías le informaron los preparativos de Pueyrredón en los caseríos de Perdriel. Sin perder tiempo, tomó un baqueano y se puso a la cabeza de una formación de quinientos hombres, surtidos con una batería de dos cañones. El encuentro se verificó al

promediar la mañana del 1° de agosto y la carga de infantería inglesa, más el efecto de sus cañones, dispersaron de inmediato la formación gaucha, integrada por chacareros y peones provenientes de los Santos Lugares de Jerusalén, Baradero, Escobar, Mercedes, Navarro, San Isidro, que se habían presentado en forma voluntaria.

No pudo disfrutar del pequeño éxito; le habían llegado noticias de los aprestos de Liniers y regresó al Fuerte, aunque contaba con que la pericia de Popham le impidiera salir de Montevideo y menos aún, cruzar el río hacia Buenos Aires.

Sin embargo, en contra de lo imaginado por Beresford, el capitán Gutiérrez de la Concha alistó cinco sumacas y diecisiete cañoneras, más una obusera y cinco cañoneras más que equiparon los particulares, flotilla que pudo burlar el cerco inglés y llegar a Colonia, donde debían esperarlo las fuerzas principales de Liniers.

El clima en la Banda Oriental era de euforia. Todos los sectores sociales hicieron su contribución para repeler a los ingleses; las personas más pudientes aportaron dinero, los que estaban en condiciones de empuñar armas lo hicieron con determinación, cualquiera fuera el grado de encumbramiento social que tuviera. El patriotismo impregnó todas las conductas.

Los esclavos no olvidaron que habían sido ingleses los buques negreros que los transportaron cuando les habían quitado la libertad y vendido como mercancía; también se armaron formando escuadra.

Bajo el arco triunfal del arrebato, Liniers partió de Montevideo a la cabeza de la fuerza el 23 de julio en medio de las ovaciones de un público feliz y se dirigió a Colonia donde llegó el 29. El 31 arribó Gutiérrez de la Concha y la fuerza original, más los voluntarios que se fueron agregando, terminó por conformar una legión decidida, en la que los Migueletes (o Miñones) constituían la avanzada ligera y la infantería de Buenos Aires (El Fijo), histórica pieza de guarnición, la vanguardia clásica.

El descalabro de Predried no fue grave; los ingleses, sin caballería, no pudieron dar persecución a los vencidos y Martín Rodríguez y Arroyo se ocuparon de juntar a los dispersos para tenerlos disponibles cuando llegara Liniers. En tanto Pueyrredón embarcó en un bote en San Isidro y se dirigió a Colonia, donde el mismo día puso en antecedentes a Liniers del combate del

día 1° y la derrota sufrida, quien restó importancia al suceso y lo despachó de regreso con el encargo de proteger el futuro desembarco.

El 3 de agosto partió Liniers desde Colonia aprovechando la altura del río, que le permitió navegar por encima del banco de Las Palmas y burlar de ese modo la flota inglesa. Al llegar a la punta de Olivos, el viento y el oleaje se habían incrementado y hacían peligroso el desembarco; pero Liniers, marino de alma, optó por aprovechar la sudestada y dirigirse al puerto de Las Conchas, donde fue auxiliado por Pueyrredón y sus paisanos.

Esa gran sudestada duró los días siguientes y si bien perjudicó la marcha del ejército de la Reconquista, más afectó a los ingleses, que no pudieron salir de Buenos Aires a buscar combate en campo abierto, ni les permitió después retirarse a la Ensenada para intentar la evacuación.

Liniers había dado inicio a la marcha triunfal y el paso de sus fuerzas se engrosaba de manera permanente con la incorporación constante de voluntarios. Designó su estado Mayor: el marino Gutiérrez de la Concha sería su segundo; Pueyrredón comandaría los voluntarios de caballería y Martín Rodríguez jefe del servicio de exploración. Al llegar las tropas a Miserere se agregó el capitán Olavarría, que venía de la frontera con cien blandengues (una formación que recuerda a la actual Gendarmería y tan brava como ella) más ciento cincuenta infantes y otro número igual de jinetes pertenecientes a la caballería lujanera.

Desaparecieron los indiferentes; más aún que en la efervescente Montevideo, la embriaguez de Buenos Aires superó las ilusiones más optimistas. Si los ingleses suponían que a ese pueblo podían arreglarlo con proclamas políticas y franquicias económicas, el espectáculo desmentía las previsiones. No había levantamiento de indígenas ni reacción de independentistas; tampoco comerciantes complacientes ni negociantes prósperos que justificaran los proyectos británicos o los discursos de Miranda; menos aún jesuitas rencorosos dispuestos a representar una cuña en la fe del público. Buenos Aires no aceptaba a los ingleses y para dominarla sería necesario un baño de sangre, según la común afirmación de los comandantes militares invasores.

Después de hacer celebrar una misa de campaña, Liniers encomendó a su edecán, el capitán Ignacio de la Quintana (de la misma estirpe de Hilarión, quien después protagonizara la histórica carga de Maipú a las órdenes de San Martín) que se apersonara al Fuerte e intimara la rendición a Beresford,

quien la rechazó. Sin otra alternativa, Liniers puso en movimiento sus fuerzas a las que, engrosadas por la avalancha popular que se les sumaba y animaba, le costaba frenar por la furia vengadora que se había apoderado de ellas.

La marcha fue muy penosa por el estado de las calles y las ruedas de los cañones se enterraban sin misericordia en el barro.

Sin embargo fue una postal maravillosa, según relataron los testigos; el pueblo enardecido (en especial muchachones), puso en acción sus músculos y a pulso fueron empujadas las cureñas; se alivió todo lo posible el peso que debían soportar los soldados y la ciudad entera se puso de pie para auxiliar a su ejército. Como en el pasado contra los portugueses en Colonia, otra vez Buenos Aires respiraba el aire excitante que por encima de la lluvia y el barro exhalaban el perfume de la pólvora y la sangre, el aroma de la venganza y la justicia.

En la madrugada del 11 de agosto los Miñones y El Fijo enfrentaron la guardia británica que estaba destacada en el Retiro y en rápida y sangrienta acción la desalojaron; en las alturas más importantes (frente al actual edificio Kavannagh) emplazó Liniers los cañones y consideró el Fuerte a su alcance. Las fuerzas propias iniciaron entonces un intercambio de cañonazos con la escuadra inglesa que estaba apostada a escasa distancia y uno de los proyectiles dio en el palo de mesana de la Justine derrumbándolo, y con él, se precipitó la insignia del Reino Unido.

Un alarido de satisfacción rubricó ese golpe de suerte de los porteños, que fue considerado, como en la antigua Roma, una muestra de fortuna y buen augurio, el que poco después se vio intensificado cuando las restantes naves se alejaron de Buenos Aires.

En tanto Beresford eligió concentrar todas las tropas en la Plaza Mayor, replegarse sobre el Fuerte y confiar en su astucia.

Instaló los mejores tiradores en los altos de las viviendas que rodeaban la plaza y colocó la artillería en todas las bocacalles, excepto en las actuales Hipólito Yrigoyen y Bolívar y Rivadavia y San Martín, confiando en que estas arterias obrarían como la boca de un embudo y por ellas entraría a la plaza el ejército de Liniers, donde sería masacrado. Pero los porteños no pusieron la cabeza en el lazo y el ardid falló.

Al mediodía del 12 estaba fijada la hora del ataque; mucho antes los Miñones, (cuyo equipamiento tomó a su cargo un rico comerciante catalán)

aprovechando la niebla de la mañana fueron ocupando posiciones y abriéndose paso a los tiros desalojaron a los ingleses de algunas de las casas que rodeaban la plaza. Pidieron refuerzos al Retiro a media mañana y sin esperar la orden de Liniers, un grupo impetuoso partió al trote hacia la Plaza Mayor, llamada después de la Victoria en conmemoración de esa fecha.

Ante estos hechos, la hora del asalto se adelantó; el mismo Liniers lo admitió: "... habiéndose los Migueletes empeñado en un fuerte tiroteo, temiendo que fueran rechazados o cortados, adelanté el ataque que tenía determinado para las doce del día...". Por Florida marchó el coronel Pinedo al frente de sus hombres y por la actual San Martín lo hizo Gutiérrez de la Concha con los suyos; Liniers avanzó con el grueso del ejército por la arteria denominada Reconquista a partir de esa fecha gloriosa, y en medio de la alegría general del pueblo se dio tiempo para saludar a su amante, la Perichona, que vivía en esa calle entre Corrientes y Sarmiento (denominación actual).

Un hombre tan alejado del "sarampión romántico" como Paul Groussac relata la escena con términos dignos de una revista del corazón: doña Anita dejó caer a los pies de Liniers un pañuelo bordado, que el sensible almirante recogió con la punta de la espada desnuda y agitó en señal de saludo cómplice.

En tanto Beresford daba por perdida la invasión y aspiraba solo a que se le permitiera evacuar el Fuerte y llegar a la Ensenada para embarcar las tropas; no deseaba un enfrentamiento con las armas, que sabía de antemano le sería adverso. No tuvo oportunidad; una masa imposible de detener acompañaba al ejército de la Reconquista y Buenos Aires en pleno participaba de una victoria que era de toda la ciudad. El inglés se encerró en el Fuerte y por último admitió la derrota; hubo muchos muertos y heridos de ambas partes, pero al final la invencible Albion debió agachar la cerviz ante una ciudad triunfadora.

Buenos Aires, ese marquesado distante, destinado a custodiar un extremo del imperio español sin que nadie lo dispusiera, había cumplido una vez más con una misión que no le fuera encargada pero asumiera con el ánimo altivo de quien debe cumplir un deber.

No obstante haber tratado este tema más arriba, la importancia moral que reviste obliga a volver sobre el mismo:

¿Existió algún entendimiento entre los invasores y los hombres del partido criollo de la independencia, como ha sido insinuado?

Nos inclinamos por la negativa. Es cierto que algunos autores y muchos documentos sugieren la existencia de una hipotética inteligencia entre los ingleses y ellos, pero la realidad informa otra cosa. El entusiasmo del pueblo, la tenacidad de los patriotas (Pueyrredón, Martín Rodríguez, Olavarría, Pinedo), el arrojo de que hicieron gala tantos habitantes de Buenos Aires, nos induce a pensar que la obsesión de todos era la de recuperar la ciudad usurpada. En la pelea murieron españoles peninsulares y españoles nativos; ricos y pobres; blancos y mestizos, esclavos y libertos. Don Juan de Alsina, por caso (padre de Valentín y abuelo de Adolfo), un agrimensor nacido en Corcubión que había venido a Buenos Aires designado para trazar los límites del virreinato e integró la comisión respectiva nada menos que con Azara y Cerviño, murió defendiendo la ciudad, que sentía como propia.

Los próceres más inmarcesibles expresaron su identificación con la Reconquista y no dudaron en confesar lágrimas de hombre cuando vieron la ciudad en manos de los invasores. Mariano Moreno lo dice con palabras conmovedoras: “Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba y yo mismo he llorado más que otro alguno cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806 vi entrar 1500 ingleses que apoderados de mi patria se alojaron en el Fuerte y demás cuarteles de la ciudad...”.

Es verdad que se ha reprochado a Moreno el haber circunscrito su intervención a escribir la historia de esos días en un Diario, en lugar de empuñar un fusil o efectuar una donación para curar a los heridos. Se han dicho de él palabras fuertes, como que actuó impulsado por su conocido desmayo o por el temperamento apático de que estaba dotado, pero al menos debe celebrarse la ocurrencia de estampar por escrito las impresiones de esas jornadas de gloria y legar a las generaciones posteriores un documento valioso.

Manuel Belgrano, a su vez, lo expresa con el pudor que fue consigna de su vida: “Fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires... me era muy doloroso ver mi patria bajo otra dominación...”.

Pero la amargura no solo se estacionaba en el pecho de los númenes de mayo; un testigo de la época, don José Antonio Pillado, citado por Carlos

María Martínez, dice que al día siguiente de la rendición “... las carretas de los chacareros no acudían a la Plaza, los muchachos lecheros evitaban pasar por aquel sitio, los dueños de bandolas (pequeñas mandolinas) habían desaparecido y solo algunos negros vendedores de aceitunas y tortas, algunos pescadores, mendigos y mujeres impelidos por la necesidad, se atrevían a pasearse frente a frente al odiado enemigo y aceptar su dinero”. Los españoles peninsulares y los hijos de esos españoles nacidos en esta tierra, cualquiera fuera su condición y rango social, sintieron su suelo asaltado por el inglés.

Si las invasiones fueron un germen que inflamó la separación de España, ello ocurrió con posterioridad al desembarco y pudo haber sido una influencia más, como la Revolución de Francia o la lectura de Voltaire. Mientras tanto, frente a un adversario que estaba, al decir de Groussac “moralmente derrotado”, puede asegurarse que Buenos Aires tomó el rumbo correcto, sin que en el camino aparecieran tentaciones capaces de hacérselo cambiar.

4) LA DEFENSA. CAPITULACIÓN DE WHITELOCKE

Los ingleses fueron vencidos. Beresford era prisionero, lo mismo que sus tropas.

A los oficiales se los internó en las provincias. El número de desertores fue considerable, sobre todo en el 71, el “batallón holandés” cuyos integrantes se habían enrolado solo por la paga y provenían de distintas nacionalidades. Los soldados irlandeses vieron la ocasión de recuperar la confesión católica y se pasaron con gran alegría.

Algunos de los desertores pertenecían a las bandas musicales y durante la invasión de Whitelocke, en medio de acciones trágicas, protagonizaron escenas risueñas. Como suele ocurrir hoy día en los estadios de fútbol con los inadaptados que hacen sonar un silbato de parecido sonido al del árbitro con la intención de desbaratar un ataque del equipo contrario, esos músicos en el momento más dramático del combate tocaban “retirada” o “alto el fuego” con el pentagrama inglés y los soldados enemigos al escucharla detenían la ofensiva.

Pero no todos fueron gestos graciosos.

Buenos Aires, a partir de la victoria comenzó a vivir una etapa política en

la que los sucesos tuvieron la vehemencia transformadora del volcán. Liniers se había convertido en la figura central; de oscuro segundón había pasado a trocarse en el eje de los acontecimientos y héroe de la reconquista.

Es que ésta había tenido un carácter especial; no eran los tiempos del glorioso general Cevallos, que había venido de España conduciendo el ejército más poderoso que la metrópolis hubiera enviado a estas playas. No se divisaba ahora la escuadra que acompañó al primer virrey en su expedición contra la intrusión portuguesa: flota imponente, que cortaba las olas con más de cien quillas y la arboladura sobre sus cubiertas tapaba el horizonte.

La pobre España estaba sometida a los designios de Bonaparte y el épico león de Castilla convertido en un recuerdo. Sus ejércitos no eran los que había conducido el rey Fernando para la expulsión de los moros; tampoco los que habían vencido en Pavía o San Quintín, ni su escuadra la Invencible que había frenado al turco en Lepanto y sometido Argel; ya no vivían el marqués de Pescara, don Juan de Austria o Alejandro Farnesio – los generales más admirados de Europa – para marchar triunfales con las glorias de la caballería.

Envuelta en la propia tragedia que habría de trepar a sus picos más altos en la farsa de Bayona, estaba imposibilitada de acudir en defensa de sus posesiones de ultramar. Buenos Aires debió defenderse por sí sola y si bien sería un gesto ingrato omitir el auxilio de Montevideo, que fue tan patriótico como decisivo, el entramado social de un pueblo homérico fue el que acompañó las bayonetas de Fijos y Patricios, Migueletes y Tercios, Húsares y Blandengues, civiles y lujaneros en la marcha por la Reconquista.

¿Hubo una segunda invasión inglesa? La crónica así ha bautizado en forma unánime la irrupción de Whitelocke y no hay razón para apartarse de esa afirmación.

No obstante, una rigurosa consulta de los hechos permitiría señalar que Gran Bretaña no abandonó el Río de la Plata con la rendición de Beresford. Mandando sobre el agua, alejada de cualquier riesgo de represalias, el invasor se mantuvo impune vagando por el estuario a la espera de una fuerza más poderosa que permitiera a la rubia Albion vengar la osadía porteña.

En cierto sentido, la que condujo el general Whitelocke fue la misma invasión que habían perpetrado Popham y Beresford, con suceso favorable

para sus armas durante un mes. Pero para la codicia de Londres había sido suficiente: un magnífico tesoro español había engrosado sus arcas en la misma proporción en que le había sido arrebatado a Napoleón.

Además Buenos Aires era la cabeza de todo un virreinato; el puerto de salida del oro y la plata que se arrancaba a las entrañas del Alto Perú y al mismo tiempo la playa de desembarco para las manufacturas que producían en forma creciente las fábricas británicas a partir de la Revolución Industrial que habían realizado.

No, esa díscola ciudad debía ser sometida, si era preciso a sangre y fuego, como correspondía para bajar el copete insolente de su gente. Además, en Londres ya no campeaba el gabinete conservador de Pitt, codicioso e insaciable, pero pragmático y sagaz, capaz de estimular los movimientos de independencia para pagar a España con la misma moneda con que ella había ayudado a los rebeldes de Norteamérica. Ahora gobernaban los liberales y encasillados en el rigor de su ortodoxia habían resuelto que pasaran a la corona inglesa las colonias de España.

Mitre acerca datos interesantes. Las instrucciones que el gabinete inglés diera a Whitelocke fueron muy parecidas a las que proporcionara a Craufurd con respecto a Chile: escarmiento total a los habitantes renuentes y ocupación íntegra de la provincia bajo la bandera británica.

Más aún; dispuestos a vengar la ofensa recibida en la Reconquista, no obstante la caballerosidad en el trato de Liniers y todo el pueblo de Buenos Aires, la consigna impartida era contener el espíritu de insurrección contra España, no contraer compromisos con los criollos, “tratar como insurrectos a los que habían tomado parte en la reconquista de Buenos Aires, persiguiendo principalmente a los naturales del país y dejando de lado a los españoles. Los dados estaban tirados. El combate iba a trabarse con la bandera de la conquista por parte de los ingleses y con la de la resistencia por parte de nativos y españoles...” (Mitre).

¿Presentimiento de Gran Bretaña, anticipación a los acontecimientos, pura casualidad? Las instrucciones a Whitelocke y Craufurd fueron emitidas en 1807, es decir, más de un año antes de la farsa de Bayona. Solo con la instalación de José Bonaparte (José I, Pepe Botella, como lo bautizó el gracejo español) tras las abdicaciones de Bayona, comenzó a desarrollarse con énfasis la resistencia en España al ejército de Napoleón y recién con posterioridad a ello se formalizó una alianza con los ingleses. Pareciera que

la cautela sugerida a los comandantes militares respecto de los españoles y al contrario, la energía que se recomendaba con relación a los nativos fuera premonitoria de acontecimientos que habrían de ocurrir cuando aún el telón de la historia no había sido corrido.

Bajo esa inspiración, el general Whitelocke desembarcó en la Ensenada, aprovechando sus playas de arenas duras, el 29 de junio de 1807. Lo hizo conduciendo un gran ejército que superaba los nueve mil hombres y que por su número, la marcialidad y disciplina evocaba las fuerzas que comandara el general Cevallos cuando el rey de España lo envió a liquidar en forma definitiva la cuestión portuguesa.

Esta vez la estrategia había sido trazada con criterio militar y no con la compulsión de las faltriqueras suspiradas por Popham: decidieron ocupar primero Montevideo, hacerse fuertes en esa importante ciudad, puerto natural y abrigado y después dar el zarpazo a Buenos Aires.

La toma de Montevideo fue una obra de arte del general Auchmuty, de impecable ejecución y contra la cual se estrellaron los intentos materializados en primer lugar por el coronel Elío. Quedó demostrado, como a lo largo de toda la guerra contra el inglés, el atolondramiento de que estaba poseído ese jactancioso militar, cuya vanagloria corría pareja con su incapacidad.

Gran Bretaña tomó la fortaleza y con ella cayó la ciudad, pero no pudo sobreponerse a una sorpresa: quedó dueña de Montevideo, pero esa fortaleza fue también su prisión. Nunca pudo disponer de la campaña y los rondines nocturnos sufrían bajas permanentes; las salidas a campo traviesa debía hacerlas con el auxilio de los soldados y la provisión de carne tenía que conseguirla a la fuerza. Los ocupantes estaban, como suele decirse, sentados sobre el filo de las bayonetas.

Por otra parte, como ha sido dicho, la captura de Montevideo fue obra del genio militar de Auchmuty, un oficial inglés nacido en Norteamérica que como otro subordinado suyo, de apellido Vassal, no creía en la necesidad de que las colonias del Nuevo Mundo se independizaran de Londres. Si no lo creía para su patria, es de suponer que mucho menos lo desearía para las colonias de España.

A tal personaje le cayó del cielo la orden del gobierno inglés de no incitar a la independencia de los dominios que ocupara mediante acciones militares

y al contrario, incorporar las tierras ganadas como posesión británica. Auchmuty mantuvo siempre una relación distante con españoles y criollos.

Desde que Whitelocke desembarcó en la Ensenada hasta los corrales de Miserere, el desarrollo de las acciones de guerra fue favorable a Gran Bretaña, que contaba de su lado no solo con un ejército numeroso sino además con una artillería ágil y de buen alcance. La movilidad inglesa fue un factor decisivo en el buen suceso de sus armas (a pesar de no tener caballería) y alentada por el resultado auspicioso de los encontronazos a campo abierto con fuerzas porteñas, pronto estuvo a la entrada de Buenos Aires.

No es del caso en este trabajo referir las acciones de guerra, salvo en la medida de lo imprescindible. En términos generales, podría decirse que ambos ejércitos cometieron errores; los ingleses, porque permitieron que se separara en forma excesiva su vanguardia del grueso de la formación. Los porteños, porque cuando divisaron al enemigo en Barracas al Sur, supusieron que Whitelocke se acercaba con todas sus fuerzas, cuando el grueso del ejército se había desprendido para cruzar el Riachuelo por el paso de Zamora y podría haber quedado encerrado.

Las fuerzas chocaron en Miserere, que era zona de campos más bien abiertos y los ingleses, con generales experimentados y soldados curtidos, pudieron imponer la superioridad de sus armas sobre tropas bisoñas. Los cuerpos de Buenos Aires habían sido reforzados con entusiasmo; don Joseph de Urquiza, padre del futuro vencedor de Caseros, a pesar de sus años y los achaques que ellos traen, había organizado cuerpos de milicianos entrerrianos para acudir en auxilio de Montevideo primero y de Buenos Aires después.

Las distintas comunidades de España armaron a su vez sus propios batallones; los “tercios” se los llamaba, quizá como una reminiscencia de la famosa legión tercia, que los romanos habían estacionado en Hispania, en tiempos en que la península pertenecía a Roma.

Hubo “tercios” de catalanes – el más recio fue el de los Migueletes o Miñones, con uniforme descollante – de andaluces; operó con gran suceso el de los gallegos. Hubo también una formación destacada, que constituyeron los vascos y los asturianos, subdividida en compañías, cada uno con un jefe de su misma región. Se formó también un batallón de Negros y Mulatos, los Artilleros de la Unión (base posterior de la heroica artillería argentina) y los

famosos Húsares, el cuerpo de caballería que habían formado Pueyrredón y Martín Rodríguez y en el que tuvo su bautismo de fuego un muchacho que habría de ser figura clave en la guerra de emancipación: Martín Miguel de Güemes.

En la defensa de la ciudad tuvo una memorable intervención un regimiento que frente a los ingleses recibió su bautismo de fuego y estaba formado primordialmente por criollos: fueron los famosos Patricios. Cosa curiosa: prevalecía un sentido democrático en la formación de los batallones – extraño a la disciplina castrense de todos los tiempos – según el cual los oficiales de cada uno de ellos eran elegidos por decisión mayoritaria.

Pero en toda esta descripción debe tenerse presente que en las diferentes unidades campeaba el sentimiento de protección a la ciudad, la defensa del suelo, el sentido comprensivo de patria. Podían lucir con orgullo su origen regional, pero ello era una forma de establecer lazos de identidad, de amistosa emulación, pero por encima de todos ellos (incluso de los criollos) prevalecía el criterio de que este era suelo de ellos y de España y no se permitiría a los herejes su apropiación.

Fue a tal extremo palpable este sentimiento que algunos de los españoles que tuvieron responsabilidades de mando durante las invasiones, fueron después irreductibles patriotas que se identificaron con la causa de la emancipación americana, como Larrea o Matheu.

Al amanecer del 5 de julio Buenos Aires estaba en vilo. Los ingleses se preparaban para tomar la ciudad y los tambores anunciaban el triunfo próximo.

Los porteños se recluyeron en el centro urbano y, más allá del desempeño egregio que cupo a las formaciones milicianas, todos los habitantes de la ciudad: ricos y pobres, con uniforme o sin él, jóvenes o viejos, libres o esclavos, empuñaron un arma para protegerla. La primera escaramuza que sirvió para informar a los ingleses con quienes habrían de vérselas se produjo a la entrada de las iglesias.

Como eran los edificios de mayor elevación en la ciudad, los británicos quisieron ocupar sus alturas para desde allí disparar con más precisión a los defensores. Sin embargo se llevaron una sorpresa, que los tendría que haber alertado: las iglesias estaban vacías; no había soldados de Buenos Aires estacionados en ellas para defender esas posiciones. Les llamó la atención en cambio las trabas casi infranqueables que cerraban los portones de

acceso; dispuestos a voltearlos a toda costa, pidieron ayuda a más soldados. Cuando el número de efectivos era importante, desde las azoteas vecinas, formando cantones, comenzaron a descerrajarse disparos contra los soldados que de espaldas y sorprendidos fueron diezmados mientras intentaban forzar los accesos. No tiraban solo los soldados patrios; arcabuces, trabucos, mosquetes, antiguas armas de puño afloraron entre los porteños que dispararon con saña y violencia contra el ejército invasor.

Al promediar la mañana, los partes entrecortados que podían despacharse entre los invasores, daban cuenta de situaciones parecidas: las tropas avanzaban de manera penosa, pero en cierto momento eran cortadas y atacadas desde los techos de las casas con toda clase de objetos. Hasta el agua hirviendo y el aceite caliente no faltaron.

En general ocurría de manera similar en todos los casos: una fracción era atacada sin cuartel hasta que, con grandes bajas, terminaba rindiéndose. Los atacantes de inmediato, dejaban los flamantes prisioneros en manos de guardias improvisados y poseídos de furia iban saltando por las azoteas hasta llegar a la calle que separaba de la manzana siguiente. Entonces repetían la rutina: atacaban sin tregua a la siguiente formación hasta que volvieran a rendirse para reiterar la misma maña con igual fortuna.

El general Craufurd ocupó la Iglesia de Santo Domingo y llegó a instalar una batería, solo para apercibirse de que la posición que tenía en sus manos era insostenible y terminar rindiéndose a discreción. Baste solo con referir que con fuerzas veteranas y acostumbradas al combate cuerpo a cuerpo, reforzadas con secciones de los batallones de Rifleros y Granaderos intentó romper el encierro cargando sobre una formación porteña, pero al salir de la iglesia el fuego que recibió de las casas vecinas fue tan intenso, que en solo un minuto quedaron tendidos cuarenta soldados y el mayor Trotter muerto.

Invitó Liniers a Craufurd a rendirse, pero ante la negativa de éste colocó piezas de artillería en Defensa entre Moreno y Belgrano, un obús en Belgrano y Bolívar, que trasladó después a Venezuela y Bolívar; con estas piezas abrió fuego sobre Santo Domingo hasta que Craufurd comprendió que su posición era desesperada y Liniers le reiteró el pedido de rendición, informándole, de paso, que el Regimiento 88 ya había depuesto las armas. A las tres de la tarde Craufurd hizo flamear la bandera blanca de rendición y fue llevado al Fuerte con más de seiscientos soldados prisioneros, donde fue recibido en persona por Liniers con caballeresca cordialidad.

En otro de los episodios trágicos para el ataque de los ingleses, entre los tantos que se sucedieron ese 5 de julio, estuvo el que protagonizara el general Pack, quien terminó herido en una pierna. Llegó con su columna hasta la calle Perú y allí dispuso que su segundo, con cuatro compañías, marchara por Perú para entrar por los fondos a la Iglesia de San Ignacio. Cuando éste situó la batería en posición para forzar las puertas del Templo, recibió tal feroz andanada de las casas vecinas, que en pocos segundos su fracción quedó destruida. La calle se había convertido en una virtual trampa para los invasores; detrás de San Ignacio había formado un cuartel el cuerpo de Patricios al mando de Saavedra y Viamonte, quienes, para reforzar la posición, habían colocado una pieza de artillería en Hipólito Irigoyen y Perú.

El coronel Cadogan, que era el segundo de Pack y a cuyas órdenes marchaba la fracción, no tuvo más alternativa que retroceder hasta la avenida Belgrano y refugiarse en una casa del lugar, donde fue objeto del fuego intensísimo que le propinaron desde los edificios vecinos, al extremo de rendirse a los Patricios después de haber perdido ciento cuarenta hombres que colocó en la azotea, numerosos sargentos y cinco oficiales. Martín Rodríguez, que fue testigo del hecho, relató después que por las cañerías del desagüe pluvial drenaba sangre, tanta era la que provenía de los muertos y heridos. Los Patricios también desbarataron un ataque por el Centro de la ciudad que intentó a la mañana temprano del día 5 el teniente coronel Kington, efectuando un insostenible fuego desde los cantones ubicados en la calle por la que pretendía avanzar la formación inglesa. Kington procuró capturar los cantones por la fuerza – lo que obviamente no logró – y su formación fue diezmada sin misericordia. Herido de muerte, su sección se rindió a los Patricios.

Estos relatos nos muestran que en todas las casas del centro de Buenos Aires se había concentrado una gran cantidad de vecinos que, sumados a los milicianos, hacían fuego sin tregua sobre los ingleses. La mayoría de los muertos y heridos lo fueron por el efecto de los proyectiles; muy pocos ocurrieron por las armas blancas, a pesar de que los ingleses esperaban poder imponer el peso de su número y la experiencia de sus soldados en la lucha cuerpo a cuerpo.

Con sentido básico, Whitelocke había supuesto que la defensa se concentraría en un radio reducido, en inmediaciones de la Plaza Mayor y el Fuerte. Si así hubieran obrado los defensores le hubiera sido relativamente

sencillo establecer un anillo estrecho a su alrededor, contar con la impunidad de la flota para amenazar la ciudad con los cañones y esperar a que la defensa se entregara por hambre, sin disparar tiros.

No contó con un detalle fundamental que suele ocurrir cuando se planifican en cualquier terreno medidas cuyo éxito depende de los pasos del oponente: en general, éste hace lo que más le conviene, no lo que el enemigo desea ver realizado. Los porteños no se encerraron en el reducido perímetro previsto por el inglés y la batalla se presentó en un frente mucho más dilatado.

Además, la estrategia de Whitelocke se había concebido sobre la base de la información provista por espías y confidentes, la que a todas luces no solo había sido errónea sino más bien disparatada: suponían una actitud pasiva de los pobladores, que imaginaban encerrados en sus casas a la espera del resultado final. Que todo el pueblo de Buenos Aires cerrara filas para rechazar a los invasores era algo impensable.

Al promediar la tarde, Liniers le envió el proyecto de capitulación a Whitelocke. En esencia proponía devolver a la corona inglesa todos los prisioneros que se habían tomado a Beresford en la Reconquista, la restitución de españoles y criollos enviados prisioneros por Auchmuty a Gran Bretaña tras la toma de Montevideo y los que el propio Whitelocke había capturado esa mañana en Miserere.

Álzaga, a quien Liniers había mostrado el proyecto que iba a enviar a los ingleses, le propuso agregar la restitución de Montevideo, decisión que parecía inadmisibile para los ingleses. Sin embargo, Whitelocke aceptó. Punto para Álzaga.

El total de bajas para ese día de confrontación (el 5 de julio) fue elevado. Según voces autorizadas (Mitre, por ejemplo) hubo para ambas partes quinientos once muertos y mil setenta y nueve heridos, es decir un total de bajas que alcanzó el elevado número de un mil quinientos noventa personas.

La restitución de Montevideo fue un verdadero regalo; tenía razón Liniers en ser escéptico y sostener que ese reclamo era ocioso, porque de ningún modo lo aceptarían los ingleses. En ese sentido, fue un triunfo de Álzaga, empleado a fondo para incluirlo, que le costó caro a Whitelocke, a quien uno de los cargos más graves que le hizo la corona inglesa fue por la entrega de esa ciudad.

La invasión terminó con un triunfo de Buenos Aires; no se había recibido

ayuda de Madrid, ni nadie la esperaba, teniendo en cuenta la sucesiva hilera de disparates que se habían plasmado a instancia del favorito Godoy y las mediocridades reinantes.

De hecho, salvo la expedición de Cevallos, removido después por su simpatía hacia los jesuitas, tanto en la recuperación de la Colonia del Sacramento como en la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, esta ciudad había obrado por su cuenta; con el apoyo del resto del virreinato y la monolítica formación de las restantes jurisdicciones coloniales; con el nervio de los españoles radicados en América, es verdad; pero a expensas de su propia fuerza.

Una vez más había sido una marca del Imperio, librado a su suerte, soltado de la mano de España, demasiado ocupada en remedar los desquicios que ocurrían durante el reinado del infortunado Carlos IV.

CAPITULO VI

ESA REVOLUCIÓN DE FRANCIA

Se ha afirmado que la influencia de la revolución francesa fue decisiva en la formación de los hombres que decidieron el curso de los acontecimientos en 1810. Esa conclusión es cierta, pero para ser exactos digamos que no solo actuó sobre ellos el influjo intelectual de los escritores galos, sino el de la doctrina representada por los autores más modernos, que tuvieron el mérito de abrir la inteligencia de quienes frecuentaron esos textos.

Por otra parte, esa influencia, que existió, también la recibieron los hombres que estimularon la emancipación en otras regiones de América (Chuquisaca, La Paz, Quito, etc.), obteniendo, en cambio, el fracaso como resultado, como “si la fruta no hubiera estado aún madura”, según se dijo.

De cualquier forma, la importancia ejercida por la doctrina no cambia el interrogante inicial de este ensayo:

¿Por qué la revolución emancipadora solo triunfó en Buenos Aires?

La revolución de 1789 constituye el principal ejemplo de transformación política que diera origen al mundo moderno, consagró el libre albedrío y se proyectó sobre todas las vidas. Tuvo un valor emblemático porque fue, por cierto, una verdadera bisagra de la historia.

Sin embargo digamos, ante todo, que para el juicio modesto de este autor, hubo dos “revoluciones francesas”.

Una fue la célebre de Francia, de la que han prevalecido los recuerdos de abusos e injusticias, crímenes y crueldades. No fue ajeno a ello el brillante alegato de Edmund Burke, “La Revolución de Francia. Carta a un caballero de París”, que resultó un certificado de defunción moral para la epopeya.

Hollywood se encargó de preparar el sepelio de lujo; las vistas de Pimpinela Escarlata y otros íconos contrarrevolucionarios se ocuparon del resto. Por desgracia, la imagen que ha prevalecido de la Revolución ha sido la guillotina, y “los hombres de Terror” son los responsables históricos y morales de que la sombra del cadalso haya oscurecido y desvirtuado la percepción de sus glorias.

La otra fue la inglesa.

¿Pero acaso hubo una “Revolución” en Gran Bretaña del estilo de la francesa? Creemos que sí, aunque esta no tuvo necesidad de colocar la cabeza del soberano bajo el hacha del verdugo para mostrarse como tal.

Trataré de explicarme. Cuando se produjo la gran transformación industrial y la ciencia pura fue colocada al servicio de la técnica, Francia y Gran Bretaña asumieron posiciones opuestas.

Los nobles de Francia continuaron sosteniendo que la renta de la tierra era el único recurso aceptable para la aristocracia. Desdeñaron el comercio y la industria, dos actividades propias de plebeyos, según su visión y – vaya ironía en el país de Colbert - mantuvieron el concepto de que el ocio rentado por las posiciones dominantes y el impuesto a los subalternos eran la fuente permanente de riqueza que debía satisfacer sus disipaciones y fiestas.

No fue extraño entonces que ante la necesidad creciente de recursos, asumieran con tolerante beneplácito los saqueos impositivos a que era sometido el resto del país. El Alto Clero participó de este criterio y para seguir percibiendo el diezmo se alió al monarca y los nobles para extraer fondos de los sectores que lo producían.

La tesisura inglesa fue distinta. La nobleza obtuvo una dispensa que no interesó a sus colegas de Francia: se sostuvo que el aprovechamiento de la industria no menguaba el mérito de cuna. Un aristócrata podía explotar los beneficios de la inteligencia aplicada a la industria y no por ello dejaba de pertenecer al círculo exclusivo de los “bien nacidos”. La filosofía apoyó esta noción: el doctor Samuel Jackson, uno de los pensadores de más influencia en la conducta británica, había bendecido los emprendimientos industriales con su correlato inevitable: la ganancia de dinero. Lo había dicho el propio Jackson (haciendo posible la posterior irrupción de Bentham y los utilitaristas) sin pelos en la lengua: “Señor, de un hombre no puede esperarse que realice algo más serio cuando está ganando dinero”.

Pero hubo algo que era común a ingleses y franceses; más aún: a todas las monarquías; las guerras.

Durante la Edad Media y promedio de la Moderna las contiendas eran atendidas con el patrimonio de los monarcas; es cierto que la riqueza de ellos solía confundirse con los bienes de sus súbditos, pero eran las faltriqueras reales las que debían afrontar los enormes gastos que originaba la paga de la tropa y el mantenimiento de los soldados bajo su pendón.

Es verdad que con frecuencia acudían a los famosos “prestamistas” que obtenían grandes beneficios financieros con la usura. Pero al promediar el siglo XVIII el costo de las guerras varió de manera fenomenal. Los ejércitos en número de soldados e ingenios empleados aumentaron de forma exponencial; debieron armarse flotas permanentes y atender el mantenimiento de las grandes escuadras.

Ya no fueron suficientes los recursos del monarca; era el Estado el que debía responder a esas obligaciones, con independencia que muchas de ellas eran concebidas solo para mantener el orgullo o el honor de los soberanos. Ahora bien; si el Estado era el encargado de asumir estos costos, que por su enormidad no podían en adelante constituir una obligación exclusiva de los reyes ¿de dónde podían provenir los dineros necesarios?

¡De los impuestos, obvio!

Cuando las exigencias políticas pusieron a ambas naciones en la necesidad de dirimir sus enfrentamientos por la guerra (como había ocurrido tantas veces) necesitaron las dos los recursos necesarios para armarse y disponerse a la lucha.

En Francia se echó mano a los impuestos y en el festival de imposiciones el dinero vino bien no solo para comprar cañones: servía también para mantener el boato de la Corte y las diversiones de los señoritos. No debe extrañar entonces que cerraran filas el rey, los nobles y el Alto Clero para obtenerlos. Por supuesto la burguesía plebeya era la perjudicada de manera directa y de rebote el pueblo, sujeto a privaciones obligadas. Como se sabe, aquella resultó el motor que más energía aportó a la causa revolucionaria.

Y así les fue a los tres aliados.

Lo mismo ocurrió en Gran Bretaña; pero cuando el monarca recurrió al Parlamento para buscar recursos en los impuestos chocó contra una pared que formaron la plebe, la burguesía y los nobles, los tres sectores que se galvanizaron para rechazar las gabelas.

“¡Cóbrenle a las colonias, no a nosotros!” dijeron formando coro.

¿Gran Bretaña se resignó a no cobrar impuestos o desoyendo las protestas se los aplicó a sus súbditos a sangre y fuego? Ni una cosa ni la otra; intentó sacar dinero de sus dominios.

La India (no era aún una colonia en sentido estricto) pagó por medio de la Compañía de Indias, aliada de la city londinense y protegidos sus intereses por la metrópolis; Estados Unidos, en cambio, se rebeló e inició una cruenta revolución que lo condujo a la independencia.

La emancipación norteamericana fue la verdadera revolución que padeció Inglaterra, la que le insumió años de guerra en tierra y mar y cuya suerte fue tan dolorosa para la corona como indiferente para su pueblo: en su propio suelo le resultó imposible armar ejércitos con suficiente poder como para someter a los rebeldes. (Llegó incluso a solicitar ayuda a Catalina la Grande, que estuvo dispuesta a “alquilarle” un ejército de 50.000 soldados. A último momento desistió por el régimen de presas marítimas que había establecido Londres, irritativo para Rusia y Holanda, naciones muy involucradas en el comercio marítimo internacional).

En verdad, Gran Bretaña y Francia tenían de antagónico algo más que la diferencia de uno respecto del otro en relación con los impuestos. Una encarnaba la monarquía constitucional y por lo tanto el sentimiento de libertad estaba extendido a algunos sectores. La otra era expresión pura del más categórico absolutismo y sus monarcas se consideraban encarnación de la decisión divina.

Las revoluciones tuvieron en cambio signos paralelos; la producción intelectual precedió o prosiguió a cada una de ellas: la de Francia se identificó con Russeau y Voltaire, que anticiparan un pensamiento capaz de provocar escalofríos en mentes apagadas. Produjo una “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”, cuya invocación está en los cimientos de la organización de Occidente.

La norteamericana ofreció la república moderna, el régimen federal, una constitución que dividía su texto en una parte doctrinaria y otra instrumental. Madison, Hamilton o Jefferson resultaron referencias obligadas para el desarrollo de una concepción actualizada del derecho constitucional. Dicho sea de paso, la Constitución que sancionaron (con anterioridad a la Revolución de Francia) fue fuente de inspiración para muchas cartas, entre otras la argentina.

Por otra parte, según Tocqueville, la Revolución Norteamericana fue base de igualdad y tuvo su derivado natural: la democracia. Es imprescindible recordar que Tocqueville entendía la igualdad no como equiparación en las riquezas, sino como similitud de estatutos y oportunidades, identificando al hombre con el individualismo y la libertad, presupuestos de la oposición al Estado omnipresente.

No caben dudas hoy de que los hombres de Mayo vivieron la experiencia enriquecedora de esas dos grandes revoluciones. Belgrano por ejemplo - recuerda Juan José Cresto - estaba en España en 1789 y la Revolución de Francia influyó en la “adopción de nuevos parámetros económicos”. El mismo prócer lo dice: “... como en la época de 1789 me hallaba en España y la Revolución inicia también la variación de ideas y particularmente en los hombres con quienes trataba, se apoderaron de mi las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y solo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido...”.

Pero antes, el 4 de julio de 1776, las ex colonias inglesas de América del Norte habían proclamado su independencia de la metrópolis. Ese mismo año Adam Smith editó en Gran Bretaña su célebre obra “Ensayo sobre la Riqueza de las Naciones”, destinada a influir en el pensamiento liberal de los próceres, obra que Belgrano pudo leer con dispensa real, dice Ovidio Giménez.

Es probable que el sentimiento de libertad que experimentara quien después fuera ilustre general y creador de la bandera, no se debiera tanto a los filósofos que habían inspirado la Revolución de Francia como a los clásicos. Belgrano tuvo una formación educativa de corte católico, y fue un aplicado estudiante en las aulas de los padres dominicos. El diploma de licenciado en filosofía se lo expidió el doctor Chorroarín, un meritorio sacerdote que forjó su enseñanza sobre el molde de Santo Tomás de Aquino y es posible que el doctor Angélico hubiera tenido más influencia en Belgrano que Voltaire.

Por otra parte, hacia 1792 la Revolución de Francia había sido dominada por los jacobinos: Dantón, Robespierre, Marat, Saint Just y trató de instalar el poder mediante el miedo. La situación económica, cada vez más desesperante para los sectores populares impulsó a los jacobinos a establecer una alianza con éstos, los recordados sans-culottes. Como las

necesidades fueran cada vez más apremiantes y la escasez hiciera que los productos básicos fueran de manera creciente inalcanzables para los pobres, se estableció un riguroso control de precios, que como es obvio, fracasó.

Es de suponer que esta serie de medidas habrían de provocar rechazo en los revolucionarios de Buenos Aires. El terror era una manifestación perversa de la tiranía que repudiaban y los precios obligados una caricatura del propio monopolio que se intentaba desterrar. Nada de esto podía asociarse con el pensamiento de Adam Smith, ni contribuía a aumentar la riqueza de las naciones o la felicidad del pueblo. Solo pocos activistas quedaron seducidos por la prédica revolucionaria, aunque tuvieron oportunidad y fuerza suficiente como para registrar su marca como una firma en numerosas acciones que realizaron y que aún hoy provocan rechazo a muchos espíritus.

Por otra parte, la formación inicial de un hombre tiene anillos tan constrictores sobre su vida que le haría falta un esfuerzo ciclópeo para despegarse de ellos. Juan José Paso, por ejemplo, nació en cuna humilde y concurrió a las aulas de una escuela que funcionaba en la Iglesia de San Francisco; con posterioridad fue al Real Colegio de San Carlos y más adelante se trasladó a Córdoba, donde realizó los cursos superiores en el colegio Monserrat, con una sólida base católica. Allí se graduó en filosofía. Su formación religiosa era tan respetable que llegó a formar parte del cuerpo de coristas de la Orden de Predicadores, figurando su nombre entre los estudiantes religiosos de la época; se llegó a suponer que tomaría los hábitos. Con esa educación auestas volvió a Buenos Aires y fue designado profesor de filosofía en el Real San Carlos, donde numerosos hombres de profunda gravitación en la patria formaron entre sus discípulos.

A su vez Mariano Moreno – quien no nació en casa humilde sino inmersa en la pobreza – realizó todos los estudios que lo llevaron a convertirse en un abogado importante de Buenos Aires, merced al apoyo decisivo que recibió de los sacerdotes que frecuentara como alumno. En ese aspecto fue determinante el impulso que recibiera de fray Cayetano Rodríguez, con quien tenía una notable afinidad en el cultivo de la poesía. Fue por mediación de este religioso que Moreno tomó contacto con el padre Iriarte, del Arzobispado de Charcas, durante su visita a Buenos Aires. Después de tratarlo con frecuencia, Iriarte hizo que viajara a aquella universidad para completar sus estudios de teología, logrando que el clérigo Matías Terrazas no solo lo alojara en su propia casa sino que además contribuyera con sus

recursos económicos a solventar la carrera. Ya había pedido dispensa para realizar la tonsura cuando optó por la carrera del derecho (con manifiesto disgusto de sus padres, que aspiraban a verlo sacerdote) y casó con una heredera chuquisaquense. Es probable que su promoción a la Primera Junta hubiera sido fruto de una proposición conciliadora, como una forma de contemporizar con don Martín de Álzaga, de quien era abogado y amigo.

Monteagudo fue quizá, el más “afrancesado” de los revolucionarios. Había recibido una tenue instrucción religiosa y vivió hasta su muerte envuelto en las agitaciones que fueron el rumbo de su vida. Participó en el enjuiciamiento de numerosos acusados y no vaciló en decretar la muerte de los procesados, en la mayoría de los casos, con fundamentos políticos. Entusiasmado por el lujo, el boato, los manjares exquisitos, las joyas, tapices y perfumes, tenía hábitos más exagerados que los de aquellos aristócratas a quienes combatía sin cuartel.

Tuvo empero tiempo para cultivar un odio cerril hacia España y los españoles. Vivió en permanente conflicto en todos los países por los que pasó y la descripción que de él hacen algunos contemporáneos lo favorece poco: decía una dama “que tenía la mirada de un salteador”. Pasó muchos años en el exilio y salvó de la prisión en varias ocasiones; como los revolucionarios de la Francia del Terror, se encontraba poseído por esa fiebre conspirativa que lo cargaba de contradicciones. Y al final, su apego desmedido a los placeres de la mesa y de la cama, concluyó con su asesinato, tan cruel como misterioso: se descubrieron los autores materiales, pero jamás se conoció el cerebro que armó la mano con el puñal.

Pero no podría nombrarse a Monteagudo sin mencionar en forma expresa a Castelli, con mayor formación religiosa que el primero, pero tan jacobino como aquél, que fuera secretario suyo en el Norte. No solo a su decisión se debe el fusilamiento ingrato de Liniers y sus compañeros, sino el de todos los gobernadores del Alto Perú (lo que no ha sido muy difundido por las crónicas históricas), tarea que emprendió con la intransigencia de los posesos, después que el camino quedó expedito a partir de la victoria de Suipacha.

Se ha dicho que esta actitud radicalizada lejos de obtener la sumisión de las poblaciones, alejó de la bandera revolucionaria a los habitantes del Alto Perú, espantados por ese fuego que no respetaba al trono ni al altar. Quizá el juicio más objetivo sobre su gestión surja de la pluma del general José María

Paz: “Preciso es decirlo francamente, la causa de la revolución, bajo la dirección del general Belgrano recuperó en los pueblos del Perú lo que había perdido en la administración de Castelli”. Murió enfermo en Buenos Aires en 1812.

Contradictoria es, en cambio, la interpretación de la vida de don Martín de Álzaga, ejecutado por orden del Triunvirato en 1812. No había tenido una formación académica, ni ejercido un tráfico enriquecedor con las aulas; pero había llegado a Buenos Aires solo, a los 12 años y sin hablar siquiera español.

Puede afirmarse que fue una creación de sí mismo; de peninsular cerrado (solo hablaba la lengua vascuence), dependiente subalterno en el comercio de Santa Coloma, llegó a convertirse en uno de los hombres más ricos del virreinato y por encima de ello, a juzgar por su intervención en las invasiones inglesas, un patriota al que se tuvo que reconocer la entrega generosa que hizo de su tranquilidad y riqueza. Pero aún hoy, doscientos años después, los que estudian su vida interpretan sus designios con un cristal diverso: Blaquier dice que fue un español leal a Fernando VII, dispuesto a sostener la identificación del Río de la Plata con el soberano prisionero y reconocer, en la hipótesis de su desaparición, a sus descendientes. Ruiz Moreno lo señala como un revolucionario, republicano irreducible, precursor de la acción emancipadora que se impulsara en 1810.

Ambos coinciden, en cambio, en señalarlo como un opositor intransigente a los proyectos de Belgrano, Pueyrredón y Castelli entre otros, destinados a instalar a Carlota Joaquina de Braganza (hermana mayor de Fernando VII) en el trono de las colonias americanas. Por supuesto, fue también célebre su enfrentamiento con Liniers, aunque por otras causas, y también con Cornelio Saavedra, su antagonista perpetuo.

El infortunado Álzaga fue fusilado, arrastrado por el viento implacable de un jacobinismo exaltado, que no tuvo recuerdos por las glorias que Buenos Aires debía a muchas de las víctimas de su inclemencia.

Pueyrredón, el otro artífice de la derrota inglesa, había realizado una instrucción básica en el Real Colegio de San Carlos y continuó sus estudios de economía en Cádiz, donde se instaló en casa de un tío para dedicarse en forma activa al comercio. Eso le produjo grandes beneficios económicos, holgura que le permitió afrontar con recursos propios muchas de las empresas patrióticas que emprendió. Su vida fue un eslabonamiento constante entre medidas heroicas, persecuciones y cárcel; entre desgracias

personales y honores; victorias sublimes y ostracismos injustos. Formó parte de los criollos que parlamentaron con Beresford y Popham se dice que para inquirirles si la intención británica era la de apoyar los movimientos emancipadores de América. Pero los jefes ingleses no estaban en condiciones – como se expresara más arriba – de anunciar ninguna promesa que excediera los contornos de su aventura personal.

Es posible, según señalan varios cronistas, que la falta de compromisos con el partido criollo, que orientara la actitud de Inglaterra lo convirtiera en un enemigo atroz de los invasores e infatigable factor de su destrucción. A Pueyrredón le serían aplicables aquellas palabras de Belgrano; no estaban dispuestos a cambiar de amo: preferían continuar leales al español. Fue, al decir de Groussac, un “hermoso ejemplar de la burguesía porteña, valiente, ponderado, tan elegante en lo moral como en lo físico, caballero por sus cuatro costados”.

Ni la formación del prócer, ni sus pasos como defensor de la ciudad; como revolucionario o gobernante de las Provincias Unidas, lo tuvieron como un hombre inspirado en las ideas o los métodos de la Revolución de Francia. Al contrario, cuando el Triunvirato ordenó el fusilamiento de Álzaga, hay constancias de su oposición a esa medida extrema: el huracán de la guillotina no lo arrastró en su vorágine.

Don Cornelio Saavedra fue, sin dudas, el hombre más equilibrado que alumbró el pronunciamiento de Mayo de 1810. Como buen provinciano – había nacido en el Alto Perú, recuerda Porcel – las ideas jacobinas no hicieron nido en su espíritu que fue frontal, como lo demostró en la férrea defensa que hizo de Liniers, el 1° de enero de 1809 y en el valeroso desempeño que le cupo durante las invasiones inglesas.

Sus propios hijos varones revistaban en el cuerpo de Patricios y estuvieron expuestos en los momentos más fragorosos del combate con el inglés. Esos hijos estuvieron enrolados en el ejército expedicionario que marchó al Norte a imponer los resultados de la revolución de Buenos Aires y participaron en las más recias batallas que se libraron, con arrojo y mérito. No obstante ello y por medio de actitudes tan arbitrarias como vengativas, fueron desplazados del ejército y trasladados al ostracismo en represalia absurda, cuando la zarpa jacobina se abatió sobre su padre.

Esta breve semblanza de los principales artífices de la Revolución de Mayo procura sostener la relativa influencia intelectual que las revoluciones de

Francia y Estados Unidos ejercieron sobre sus protagonistas. Hoy nos parece indudable que algunos de ellos optaran para llevar adelante en la revolución los métodos extremos del Terror. Pero su influencia fue más instrumental que doctrinaria y en muchos casos los protagonistas fueron seducidos por los métodos, antes que por la ideología. Se sabe que el terror es incompatible con la libertad.

Castelli, por ejemplo, fue hechizado por los procedimientos violentos de aquella época. Sin embargo, tanto como para que el estudioso considerara ilegibles sus pasos, no adhirió a los postulados republicanos del pronunciamiento francés. Fue un activo promotor de la princesa Carlota Joaquina y discrepó con otros hombres que, empleando una metodología opuesta, por cierto liberal y moderada, pugnaban por instalar la república. Con estas contradicciones, el jacobinismo intolerante de Castelli, ora fusilador, ora monárquico, consiguió algo que quizá no estaba en sus planes: despistar al analista.

Monteagudo. A pesar de ser amigo de San Martín, no puede observarse en ningún gesto del vencedor de los Andes, las inclinaciones que tuvo Monteagudo, salvo en la propensión que ambos tenían por el misterio, tan propio de las logias que cultivaban el secreto. Por otra parte, no existe ningún indicio en la vida de San Martín que permita atribuirle tendencia hacia la imposición de ideas mediante la fuerza. Además, la fe extrema en que el derramamiento de sangre pudiera conducir a la felicidad del público, forma parte del libreto revolucionario de los jacobinos, pero es difícil encontrar su fuente en Russeau o Voltaire. Por lo que se conoce, Monteagudo vistió el traje de los exaltados, pero no ejerció el comercio cultural con el Iluminismo; puede haber cultivado el estilo de Robespierre; es más remoto suponer que se hubiera complacido manteniendo un tráfico intelectual con Russeau.

Por caso, de Moreno se ha dicho que encarnaba el ideal joven de la Revolución. Esta afirmación debe asumirse con ciertos recaudos; Moreno no había participado ni siquiera en forma indirecta de la Reconquista o la Defensa de Buenos Aires cuando fue atacada por los ingleses. Tampoco fue un hombre activo en los preparativos de la gesta de Mayo; no previno en sus debates y el día 22, señalan sus biógrafos que se mantuvo semi oculto en un rincón, temeroso por su concurrencia y escéptico en cuanto a los resultados.

No puede sorprender que Álzaga lo tuviera como abogado suyo: era uno

de los mejores de Buenos Aires y se supone que un comerciante tan próspero como aquél no habría buscado sino la excelencia para que atendiera sus asuntos. A tal extremo era cercana la relación entre ambos, que algunos han supuesto que su sorpresiva promoción a la Secretaría de la Junta de Mayo hubiera obedecido (como se dijo más arriba) a una sugerencia de Álzaga o a un intento de los revolucionarios por acercar el severo Alcalde a la causa que había proclamado el Cabildo.

En el caso de Moreno no debería suponerse que su historial fuera bastante para borrar el patriotismo que se le ha reconocido; la lectura de los ideólogos de la Revolución de Francia no pudo haber desplazado sus épocas de estudiante, la formación católica intensa que había recibido y su proximidad tanto al cetro como a la sotana. Sin embargo, como suele decirse en forma vulgar, los conversos en general afrontan la nueva causa con notable fervor, tal vez porque con sus acciones tratan de borrar los antecedentes que pasaron a repudiar y de los que quieren olvidarse. ¿Sería este precepto de aplicación a Moreno?

Va dicho lo que antecede como una manera de fijar ciertos límites a la influencia del pensamiento de los revolucionarios de Francia – y aún de los norteamericanos - en el accionar de los patriotas de Mayo.

Como hemos visto, hubo quienes abrevaron en los métodos violentos que inspiró una etapa de aquella Revolución; se sintieron exaltados por la intransigencia radicalizada de los ultras y aplicaron esa intolerancia a la tranquila conducta de un pueblo que – salvo Buenos Aires – estaba inmerso todavía en una siesta colonial, poco proclive a la intolerancia y los cambios bruscos. Bajo el procedimiento de una inclemencia que no era propia de los naturales del país, espantaron a muchos hombres del interior, alarmados por un estilo que les era desconocido y pronunciando un discurso que les resultaba más extraño todavía.

Por supuesto, los doctrinarios más esclarecidos de Buenos Aires, varios de ellos educados en Charcas y Córdoba, habían tenido ocasión de familiarizarse con la Enciclopedia y el Iluminismo, pero también con Smith y Quesnay; con Jovellanos y Campomanes; con los clásicos, a quienes Santo Tomás había incorporado al pensamiento católico, útil para ese siglo de luces y violencia; de cambios y revoluciones.

En síntesis: los revolucionarios de Mayo recibieron la influencia de los ideólogos franceses, pero también la de otros autores, ingleses y

norteamericanos (también españoles); sin embargo eso no fue el factor determinante del 25 de Mayo. También el resto de América había recibido las doctrinas liberadoras de aquellos ideólogos; sin embargo todos los estallidos revolucionarios fueron sometidos y sus cabecillas engrillados o ejecutados.

Volvemos al origen de este trabajo. Solo Buenos Aires hizo sucumbir el poderío del virrey y por si fuera poco, le sobraron fuerzas como para expandirse por todo el virreinato y después acometer el poder realista más allá de los Andes.

Pero el éxito fue de Buenos Aires, no de Rousseau ni Voltaire; mucho menos de Dantón y Robespierre.

CAPITULO VII

LEVANTAMIENTOS EN AMÉRICA ESPAÑOLA

1) CHUQUISACA

La hermosa ciudad de Sucre tomó su nombre de quien fuera lugarteniente de Bolívar y condujera el país a la independencia. Con anterioridad los españoles la fundaron con el nombre de Chuquisaca o La Plata. Fue asiento principal de la Audiencia, silla del Arzobispado, sede y baluarte de la vida universitaria de la región meridional de América y ámbito de concentración de intelectuales y juristas, catedráticos y clérigos, atraídos por la naturaleza de la vida local.

Con una sabiduría estratégica que hoy sorprende a los que estudian las reglas de la geopolítica, los conquistadores españoles fundaron esa ciudad en un fantástico cruce de sendas.

Es que Chuquisaca estaba situada donde se produce una inflexión del continente, allí donde formaban una cruz perfecta los cuatro rumbos y se abrían picadas naturales hacia los dos océanos: uno que acariciaba las riquezas metálicas del Pacífico y el otro cuyas aguas lamían playas que prometían la lujuria del bosque y el trópico.

Los derroteros seguían también un viaje longitudinal: hacia las selvas y pantanos del norte y la pampa situada al sur, única por la chatura feraz de su suelo.

Los españoles podrían haber elegido otro lugar para fundarla; tal vez con mejor altura, quizá con más agua; pero como si en ese tiempo hubieran podido disponer de un satélite explorador que permitiera ver el continente desde una gran altura, seleccionaron el punto preciso para que, como la

antigua Roma, fuera el lugar al cual conducían en forma obligada todos los caminos de Sudamérica.

Si tuviéramos que guiarnos por la lógica de la historia, en esa ciudad tendría que haber nacido y trunfado el movimiento independentista americano. Todo lo sugería: desde 1559 allí funcionaba la Real Audiencia de Charcas, que tuvo bajo su égida a todas las poblaciones de la actual Argentina hasta que en 1785 fue creada la que perteneciera a la ciudad de Buenos Aires. En 1624 se fundó la Universidad de San Francisco Xavier, con preponderancia por los estudios teologales y a partir de 1776 la Real Academia Carolina dedicada a la enseñanza del derecho, con especial aplicación a la legislación española e indiana. A esta última casa concurrían los estudiantes de distintas regiones de América del Sur, lo que diera lugar al nacimiento de un importante claustro, que había convertido a la graciosa ciudad en un de las más cultas de las colonias de España.

Pero no solo estudiantes y catedráticos se daban cita en la ciudad curial; el hecho de ser cuna de la Real Audiencia atraía al lugar numerosos abogados del foro local y a los que, siguiendo un patrocinio especial, se llegaban a ella. También era una ciudad de clérigos; siendo trono del Arzobispado no era de extrañar que los sacerdotes de la arquidiócesis se encontraran allí para atender las directivas del purpurado. Pero abogados y curas eran en su mayoría criollos, circunstancia que, impulsada por la ancestral rivalidad con los españoles peninsulares, se había transformado en caldo de cultivo apropiado para un estallido revolucionario.

Los sucesos de Europa eran tema de debate corriente en la docta Chuquisaca y el fermento de los aires de independencia ya se había instalado en la mayoría de las mentes criollas. Ya que la mayoría de los intelectuales eran criollos y el distanciamiento con los “chapetones” había alcanzado niveles rípidos, no era de extrañar que toda la ciudad – por supuesto solo la que se llamaba a sí misma “decente” - se hubiera convertido en levadura revolucionaria. Hacia 1808 la comedia de Bayona era motivo de debate, aún cuando de manera oficial no hubieran llegado al Alto Perú noticias del encarcelamiento de Fernando VII y del episodio en sí solo existieran versiones fragmentarias o rumores.

Solo la descripción de los hechos sucedidos en esa ilustrada pero infortunada ciudad del Alto Perú alcanza para mostrar la diferencia con los acontecimientos revolucionarios de Buenos Aires: Chuquisaca recibió en

forma directa de Liniers, y ya de manera oficial, la comunicación de los hechos que ocurrían en España; esto sucedió a fines de 1808 y con el dato formal en la mano, la mecha del estallido fue activada.

El presidente de la Audiencia era don Ramón García Pizarro y en combinación con el obispo, monseñor Benito Moxó y Franco, rechazaron en primera instancia, pero con notable energía, la noticia del encarcelamiento del rey Fernando.

En esas circunstancias llegó a Chuquisaca el general Goyeneche, confirmando que Fernando VII estaba prisionero de los franceses e informando la constitución de una Junta en Sevilla para atender los intereses de la península. García Pizarro y el Obispo olvidaron su ciega obsesión por el rey, formaron escuadra con Goyeneche y reconocieron a la Junta de Sevilla, aunque se sospechaba que detrás de esa solidaridad se escondía la intención de apoyar a Carlota Joaquina. Por su parte los Oidores y Fiscales de la Audiencia confrontaban al presidente, renegaban de Goyeneche y negaban la veracidad de la prisión de Fernando.

En rigor de verdad, ambos bandos formulaban proclamas insinceras: el grupo de García Pizarro bajo el mascarón de la Junta de Sevilla trabajaba para la causa de Carlota de Braganza y oidores y fiscales se rasgaban las vestiduras invocando al rey cuando lo que querían era desprenderse de la Junta de Sevilla y proclamarse independientes.

La especulación de estos últimos era lineal: suponían que Bonaparte se mantendría en España mucho tiempo y que durante ese largo período el rey permanecería en prisión. Nada mejor que ese cautiverio para justificar más adelante la independencia.

A este análisis no le faltó un condimento filosófico que después tuvo acogida en el Cabildo de Buenos Aires: el silogismo de Chuquisaca.

Decían los doctores que las Indias no pertenecían a España sino a la corona; desaparecido (o preso) el monarca, el vínculo de unión con la metrópolis quedaba cortado y en consecuencia las colonias recuperaban la soberanía transferida al rey.

Había transcurrido con holgura un mes y la polémica continuaba, pero García Pizarro, Goyeneche y el obispo iban quedando en franca minoría. A la causa de los oidores se sumaron los abogados, los clérigos y los estudiantes agregaron la potencia de su número más el tumulto juvenil que era de

imaginar. De ahí a llevar a cabo una revuelta en forma había un solo paso, y el grupo lo dio.

Sirvió de pretexto un oficio despachado por Carlota Joaquina que recibió el nombre de “justa reclamación”; de inmediato se reunió el claustro universitario (profesores, egresados y estudiantes), lo analizó a fondo y votó en forma unánime por el rechazo. Un grupo de ciudadanos ilustres sumó su firma a la respuesta. El texto por el cual se lo repelía estuvo concebido en términos duros, pero en eso afloraba la natural animadversión de criollos y españoles hacia los portugueses, puesto que se deducía con facilidad que detrás de Carlota estaba toda la Corte lusitana de su esposo, Juan IV.

Se envió a Liniers el texto con la decisión, pero éste se los devolvió para que modificaran sus términos, pues los consideraba agraviantes sin necesidad (se supone que fue redactado por Bernardo Monteagudo). Pero los astros – como diría alguien aficionado a la astrología – se colocan de cierta manera cuando deben incrementar el conflicto y este caso no fue una excepción o, como suele decirse con más pretensión científica, “a veces el aleteo de una mariposa en China desata un huracán en el Caribe”.

García Pizarro recibió la comunicación de Liniers que era casi inocua y ocultándoles la devolución a los verdaderos remitentes, de su propia mano introdujo las modificaciones que no fueron cosméticas sino de fondo: en forma disimulada daba la bienvenida a Carlota Joaquina de Braganza.

Este abuso de confianza no hizo más que desatar la furia de oidores, fiscales, alumnos, abogados, clérigos, profesores; la atmósfera de Chuquisaca se hizo irrespirable, al punto que monseñor Moxó y Francoly recurrió a Liniers para pedirle apoyo. Como el virrey del Río de la Plata le encargara al gobernador de Potosí que acudiera en respaldo de las autoridades amenazadas, Francisco de Paula Sanz se dirigió a Chuquisaca con un pequeño contingente a inspeccionar en persona la realidad política del lugar.

Volvió Paula Sanz (que era un sujeto muy odiado y de cuya transparencia económica se dudaba mucho, pero se lo suponía hijo bastardo de Felipe V; otras versiones le atribuyen la filiación a padres menos empinados, pero también importantes) a Potosí; sin embargo su fugaz presencia obró como un disparador.

Para protegerse de la agitación creciente, García Pizarro detuvo a tres miembros de la Audiencia, pero una multitud se congregó frente al obispado

clamando por la liberación de los prisioneros. Temeroso el obispo por las consecuencias que pudieran derivarse del descontrol generalizado de la protesta, intercedió para que se pusieran en libertad los detenidos, al mismo tiempo que requería a Juan Antonio Álvarez de Arenales, acantonado en Yamparáez, la protección de su fuerza.

Pero Arenales – que después se cubriera de gloria secundando a San Martín – hizo lo contrario: levantó a la gente de su distrito contra García Pizarro y se plegó al movimiento que vio la luz el 25 de mayo de 1809. La efervescencia continuaba; los revolucionarios exigieron al obispo que reclamara a García Pizarro los cañones que guarecían la Audiencia y de nuevo el obispo cedió. Una vez obtenida la artillería apuntaron las baterías hacia el cuartel de la guardia, que debió entregar los fusiles y rendirse.

La totalidad de la plaza había caído en manos revolucionarias, pero el éxito duró poco.

A fines de julio llegaron las noticias de lo ocurrido a Buenos Aires y Cisneros – que era el nuevo virrey – decidió sofocar la revuelta comisionando al mariscal Nieto, con expresas instrucciones de obrar con suma prudencia. En vista del desorden en que habían caído los activistas paceños, las desavenencias entre los propios conspiradores y la falta de contagio revolucionario, los rebeldes optaron por rendirse sin disparar un tiro. Nieto había llegado a Chuquisaca en vísperas de Navidad y agregó a las directivas de Cisneros una cuota personal de magnanimidad: dispuso la prisión de los cabecillas (Arenales, que al frente de un contingente al principio eludió la capitulación, fue arrojado a los calabozos de Cuzco) pero consideró que no existían causas que justificaran la aplicación de la pena capital. Dicho sea de paso, pareciera que en 1811 Castelli no reparó en esa hidalguía: hizo fusilar a Nieto y otros funcionarios españoles por el “delito” de ser enemigos.

2) LA PAZ

La suerte de los revolucionarios de Chuquisaca no fue la que tuvieron los rebeldes de La Paz, gesta que estuvo presidida por el signo de la discordia y las traiciones.

Producido el levantamiento en la región de Charcas, se comisionó al abogado Mariano Michel para llevar la revolución a La Paz.

A su llegada a esa ciudad, Michel se encontró con una favorable disposición para la rebeldía, quizá más aún que en la propia Chuquisaca, pues se venía gestando desde 1805.

Los principales jefes, acuciados por Michel en la noche del 16 de julio de 1809, convocaron al público a la Plaza Mayor y allí, arengados con habilidad por los cabecillas, comenzaron a clamar la dimisión del gobernador, don Tadeo Dávila.

Es verdad que no lo hicieron proclamando la independencia de España, pero a esa altura se sabía que las invocaciones de lealtad al rey Fernando no eran más que una máscara destinada a cubrir las formas profundas del levantamiento. Por si faltara algo, las consignas que se gritaban en la Plaza eran elocuentes por sí solas: “Viva Fernando VII! ¡Abajo los traidores! ¡Mueran los chapetones!”

El día 21 de julio fue designado Pedro Domingo Murillo comandante de Armas, es decir Jefe Militar, y se proclamó a Indaburo Sargento Mayor de la Plaza. El Cabildo pasó a denominarse Junta Tuitiva y para el día 27 la careta formal de Fernando VII fue abandonada, dándose a conocer un manifiesto de independencia cuya redacción se ha atribuido en igual forma a Monteagudo o a un cura oriundo de Tucumán como aquel y primo suyo, de apellido Medina.

El texto era de una audacia manifiesta para el momento; en uno de sus párrafos, de hermosa redacción, decía que no era justo seguir admitiendo el destierro en la propia tierra y agregaba conceptos que eran todo un desafío: “...hemos visto por tres siglos sometida nuestra libertad al despotismo y la tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como a esclavos. Hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido un presagio cierto de su humillación y ruina...”.

Este texto enfrentaba no solo la forma política de gobierno y procuraba su reemplazo; propiciaba una suerte de “confederación de repúblicas municipales”; cuestionaba de raíz la misma colonización española. Olvidaba y repudiaba su tarea civilizadora, ignoraba la valerosa legislación indiana y desdeñaba la fundación de escuelas y universidades que habían hecho

posible el ascenso intelectual de los propios revolucionarios, educados en esas aulas. En pocas palabras: sin ninguna necesidad y sin que ese sentimiento estuviere instalado en el propio pueblo y en la mente de muchos de los personajes de pro que habitaban el Alto Perú, se infirió a España y al torrente colonizador que encarnaba un agravio gratuito que provocó más espanto que adhesiones.

Ese estilo intolerante y jacobino, que rezumaron mentes lúcidas pero exaltadas como el padre Medina y Monteagudo, tuvo después un arquetipo rutilante: Juan José Castelli. Por desgracia, como dijera el general Paz, no alcanzó la estatura de Belgrano para enmendar los desaguisados que produjera; hoy no quedan dudas: esa gestión hizo que todo el Alto Perú se perdiera para el Río de la Plata.

La reacción de los virreyes no se hizo esperar; la proclama de La Paz era demasiado importante como para actuar a medias y don Fernando de Abascal, marqués de la Concordia, despachó al general Goyeneche, presidente de la Audiencia de Cuzco, a reprimir la sublevación de La Paz. Cisneros, desde Buenos Aires, ya había comisionado al mariscal Nieto para operar sobre Chuquisaca con el resultado ya relatado.

Con el rigor que le era propio, Goyeneche equipó un ejército de cinco mil hombres con fuerte armamento, bien pertrechado y marchó sobre la ciudad alzada. La aproximación de esa importante legión abrumó a los revolucionarios, sorprendidos porque la rebelión no se hubiera extendido a las otras comarcas.

Al desconcierto inicial se sumó la hábil intriga urdida por Goyeneche, que despachó emisarios clandestinos para estimular el desaliento. La maniobra rendía frutos: el 30 de septiembre se disolvió la Junta Tuitiva y se transfirió todo el poder a Murillo, que sostuvo una correspondencia secreta con Goyeneche abjurando de la revolución y prometiendo la sumisión de su persona y las fuerzas de su mando a la misericordia del general realista.

El 6 de octubre Murillo acordó con los emisarios de Goyeneche la entrega de la ciudad, la deposición de las armas y el abandono del cargo, que los comisionados con sagacidad se lo devolvieron “en nombre del rey” hasta la decisión final de Goyeneche. Si los revolucionarios de La Paz habían prescindido del rey cautivo, a partir de ese momento la sumisión se retomaba; la ambiciosa proclama de Monteagudo o Medina había ido a parar al canasto.

La asonada parecía concluida, pero el cura Medina y otros revolucionarios tacharon de “traición a la causa” la debilidad de Murillo, “vendido a los edecanes de Goyeneche” y resolvieron apresarlos; esto ocurría el 12 de octubre.

Se continuaba agregando leña al fuego; el capitán revolucionario don Pedro Rodríguez, que había interceptado comunicaciones comprometedoras de Murillo con Goyeneche, denunciaba connivencia entre ambos y puso a disposición de los rebeldes las tropas que le respondían. Una marejada de sangre se abatió esa noche sobre las propiedades de los españoles; el saqueo y el alcohol probaron los efectos explosivos de su amalgama y los atropellos contra la persona y los bienes de los peninsulares fueron dantescos.

Cuando los enviados de Goyeneche llegaron para que se hiciera efectivo el acuerdo alcanzado con Murillo, se encontraron con excusas dilatorias primero y la negativa después. Pedro Rodríguez, Castro y el cura Medina encabezaban la resistencia. Para acentuar la confusión, Indaburo, a quien los revolucionarios habían elegido sargento mayor de la Plaza, reclutó las tropas que pudo y se plantó frente a los revolucionarios más intransigentes; apresó a Rodríguez, permitió que fuera asesinado en la prisión y al día siguiente ordenó que se lo colgara de una horca en la plaza, para que su suerte sirviera de ejemplo. Ya la sangre corría a raudales.

Pero la disputa y las venganzas entre los revolucionarios recién empezaba. Castro, por su parte, bajó desde Chacaltaya con tropas recién reclutadas y batió a Indaburo, a quien dio muerte e hizo colgar su cuerpo en la misma horca de la que había pendido Rodríguez. A todo esto, los bandos coincidían en una sola cosa: el repudio a Murillo, considerado rebelde por los realistas y traidor a la causa por los revolucionarios más ultras. Ante la superioridad del ejército de Goyeneche, Castro optó por refugiarse en Yungas cobijándose en sus desfiladeros y laberintos; Murillo, al que llevaba prisionero, consiguió escapar en el camino y despachó diversas cartas a Goyeneche denunciando los planes demagógicos de sus captores y poniéndose bajo su clemencia.

Pero Castro no alcanzó a ganar las alturas y desfiladeros que buscaba; fue alcanzado por Goyeneche y derrotado en forma total el 11 de noviembre. Todos los jefes revolucionarios fueron hechos prisioneros y de inmediato el general realista entró en La Paz.

Los que no murieron en combate fueron sometidos a juicio y la condena

recayó el 29 de enero; ejecutaron en la plaza de La Paz a Murillo, Figueroa, Jiménez, Bueno, Catacora, Graneros, Jaén y García Lanza; el padre Medina, uno de los revolucionarios más atrevidos, fue perdonado por su condición eclesiástica.

Murillo tuvo un final heroico, que barrió con las anteriores confusiones; al ser llevado al patíbulo exclamó con voz de trueno: “La tea que dejo encendida nadie la podrá apagar”.

La revolución no había sobrevivido seis meses siquiera.

3) SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Por supuesto, peor aún les fue a los esclavos negros de Santa Cruz de la Sierra, alzados contra el “poder blanco”. Había corrido la voz de que por una Real Ordenanza se dispuso la libertad de los esclavos y las autoridades mantenían la legislación en secreto para beneficiar a los patrones. Una infidencia descubrió el complot y en el sumario que se sustanció se sostuvo que las armas de que disponían los sublevados estaban disponibles para ejecutar a todas las personas de tez blanca sin excepción. En Santa Cruz había muchos negros, entre otras causas por la proximidad con Brasil, de donde provenían muchos cimarrones, escapados de la dureza de la condición a que estaban sometidos.

Se hizo una cruel “limpieza” y los africanos que consiguieron escapar a la horca se refugiaron en el Altiplano, donde después fueron incorporados a las compañías españolas, los famosos “batallones del Terror” por su condición implacable.

4) LA GRAN COLOMBIA, REINO DE NUEVA GRANADA

Cuando ya era un hombre y se encontraba envuelto en las primeras conspiraciones libertadoras, Bolívar todavía era un niño, ajeno al papel que le depararía la historia. Antonio Nariño, el Precursor, como se lo ha bautizado en su patria, utilizó el seudónimo de Enrique Samoyar para sus primeras embestidas periodísticas.

Eran los tiempos de la Gran Colombia o Reino de la Nueva Granada, como la había titulado la administración de Indias.

Personaje notable, Nariño encarnó quizá como ninguno el papel de revolucionario nato, el hombre que todo lo sacrificó por la causa que abrazara; el que padeciera cárcel y persecuciones, fugas cinematográficas y mazmorras inmundas, exilios anhelantes, enfermedades mortales, la suma riqueza y la suma pobreza.

Era un hombre rico, por herencia y por mérito de su propia iniciativa. Principal exportador de quinina, tabaco, cacao y cueros, había sido elegido para el cargo de tesorero de los diezmos, nominación instituida en función de su poderío económico y su reconocida honradez.

Practicaba el contrabando, pero solo para introducir libros vedados, no para lucrar con el delito. Su vivienda estaba calificada como “casa suntuosa” en Santa Fe y a sus célebres tertulias concurría la selección de inteligencias más destacadas; en primer término, los miembros de la Expedición Botánica y otros dirigentes del renacimiento de Nueva Granada. Los debates en esos salones, donde se servía chocolate y té, se apartaban de la rutina científica e incursionaban en las materias que eran obsesión de los españoles nativos: la lealtad a un dominio que se había convertido en demasiado oneroso cuando comenzó a desarrollarse la iniciativa económica de la colonia.

Y hacia 1794, cuando la palabra “revolución” provocaba estremecimientos en la casi totalidad de las mentes lúcidas, Nariño sacudió la siesta colonial: tradujo y publicó en una pequeña imprenta que era de su propiedad los “Derechos del Hombre y del Ciudadano”. Fue un gesto de tal magnitud que no solo alteró la paz de las autoridades, sino que le costó la cárcel.

El Virrey, la Inquisición y la Real Audiencia estrecharon filas para tratar de escarmentar a ese joven brillante y díscolo, exitoso y valiente, que había osado elegir el camino de la herejía. Le confiscaron sus bienes y sentenciaron a diez años de prisión a cumplir en África, lo que era en la práctica una condena a muerte lenta. El abogado defensor fue su cuñado y tanto como para que no quedaran dudas del repudio a palabras tales como “justicia”, “derechos”, “debido proceso”, “garantías” etc. se lo condenó a muerte y fue ejecutado.

Para las autoridades españolas y la Inquisición en particular, Nariño había dejado de ser motivo de preocupación; en la hipótesis de sobrevivir a las celdas africanas quedaría quebrado tanto en el aspecto físico como en el moral y su intelecto destruido. No contaban sus carceleros con que este

mozo, elegante y audaz, estaba dotado de las mismas condiciones que la famosa ave del cuento y sería capaz de renacer de sus propias cenizas.

Nariño escapó del buque-prisión en Cádiz y sobrellevando una serie de aventuras, entre las cuales el cambio de nombre y apariencia eran habituales, logró trasponer los Pirineos. Permaneció un tiempo en Francia y de allí pasó a Gran Bretaña, donde buscó apoyo para la empresa revolucionaria. Por supuesto, el precio que pusieron los ingleses para ayudarlo fue caro: Nariño debía entregarles Nueva Granada.

Para los habitantes del continente el negocio no era tan apetecible; en definitiva implicaba cambiar de dueño, pero las lisonjas de la libertad no se veían. Sin quererlo, sin siquiera conocer la existencia física del prócer que las pronunciara, las palabras con que el general Belgrano definiera la invasión de los ingleses al Río de la Plata debían haber servido de ejemplo: amo por amo, era mejor el español que ya se conocía.

Formalizado el trato con los ingleses, Nariño volvió a Santa Fe disfrazado de monje en 1797. Sin embargo era poco probable que un hombre prominente y tan conocido como él permaneciera mucho tiempo en el anonimato, máxime que la población de Santa Fe llegaba en ese entonces a mil personas. Detectada su presencia, el virrey y el arzobispo solicitaron su comparecencia, con la promesa de no aprehenderlo; confió Nariño y otra vez volvió al calabozo, donde estuvo seis años mientras se sustanciaba en Madrid un proceso que debía pronunciarse sobre un aspecto formal:

“¿Eran o no válidas las promesas del virrey y el arzobispo?”

Al cabo de ese tiempo el hombre fue puesto en libertad, solo porque se encontraba en estado de agonía; no quisieron que se muriera en la cárcel y lo despacharon para su casa. Con todo, les quedaba una sorpresa, propia de este individuo que había transformado su vida en un perpetuo efugio: contra todos los pronósticos, no murió. Con seguridad debe haber sido divertido para este eterno bromista burlar una vez más a la Audiencia y convertirse en un respetable vecino al que no era posible volver a echarle la mano encima.

Pero las desventuras no habían concluido para el sufrido Nariño, cuya vida había comenzado a retomar, con lentitud, el rumbo de los negocios y la prosperidad. En 1809 estalló en Quito el célebre y frustrado levantamiento contra el poder de la metrópolis; las autoridades españolas, escaldadas por tantos actos revolucionarios de Nariño, optaron por encerrarlo de nuevo

“por las dudas” y el pobre hombre fue a dar con los huesos en prisión, invocándose para su apresamiento “motivos generales” (sic).

Por supuesto, fiel a sus antecedentes, escapó una vez más refugiándose en Santa Marta, pero el brazo largo de la administración española llegó hasta allí para apresarlo y mandarlo encadenado a Cartagena, donde quedó recluido en los sórdidos calabozos de Bocachica.

Al fin volvió a ver el sol, pero no por indulto o evasión: en 1811 había estallado una revolución criolla y la onda expansiva del movimiento llegó hasta Cartagena. Pero la Carta Fundamental de los conjurados sacudía el yugo de Bonaparte, no el dominio de España; el levantamiento era legitimista, se había verificado contra el usurpador odiado, no contra “Fernando VII y Castilla” en cuyo nombre se consagrara la reacción. Solo en la Constitución de 1812, sancionada a instancias del heroico Nariño se evitó con habilidad mencionar al rey Fernando.

Habían transcurrido casi veinte años desde el primer encarcelamiento de este patriota ejemplar que se anticipó a su tiempo y arruinó salud y fortuna detrás de un idealismo entronizado en fuego e ilusiones. El delito que se le imputara era la traducción e impresión clandestina de los “Derechos del Hombre y del Ciudadano”, sin duda no como gesto literario sino como parte de un proyecto emancipador cuyos objetivos no escaparon a la penetración del virrey.

Pero Nariño y los escasos sobrevivientes de su epopeya mítica no pudieron hacer triunfar las ideas libertadoras hasta 1812, dos años después de Buenos Aires, donde se diera el primer grito imposible de sofocar por el poder colonial.

5) QUITO

El siglo XVIII fue rico en el Ecuador con interesantes protestas revolucionarias.

No fueron ellas, sin embargo, tentativas destinadas a sacudir la dominación española e instalar un gobierno autárquico, conducido por sus descendientes. En Quito, clave de este espacio geográfico que deslindaba el virreinato de Nueva Granada del limeño, las rebeliones estuvieron protagonizadas por el elemento indígena.

Diez años antes de que Tupac Amarú iniciara la trágica cruzada incaica, en la tierra ecuatoriana se habían levantado los indios del Patate, es decir, en 1770; la siguiente, en 1777 tuvo por protagonistas a los indios de la región norte.

Es curioso, pero en estos levantamientos, el indígena mostró un particular encono con el sacerdote, como si viera a la religión responsable definitiva de su mansedumbre favorable a los abusos y no de su fe y liberación espiritual. Los episodios que se relatan de estas rebeliones son estremecedores, con sucesos cuya descripción provoca tantos escalofríos que hasta la crueldad de las represalias parece después explicada y hasta cierto punto justificada.

Sin embargo, tanto como para crear una página de misterio y difícil explicación, fue a los sacerdotes a quienes se atribuyó inspiración activa en la rebeldía de los indios.

Se sabe, por ejemplo, que José Gabriel Condorcanqui (que tomó el nombre de Tupac-Amarú, o sea Inca) mantenía una secreta red de correspondencia con elementos afines que iban desde Buenos Aires a Quito. Las investigaciones probaron que el padre franciscano Mariano Ortega - el asiento de cuya congregación estaba en Quito - dictaba las cartas subversivas a un escribiente de los Tribunales, las que eran diseminadas después por toda la colonia. Una de esas proclamas fue encontrada en la suela del zapato de un ebanista llamado Jacinto Fajardo, carta que estaba destinada a ser transmitida con posterioridad a los lugares más extremos del continente.

Según la jactanciosa expresión de algunos historiadores asociados en el espíritu con los alzamientos indígenas, “el movimiento emancipador de las castas dirigentes apareció en la historia casi desde los comienzos mismos de la Conquista”, lo cual solo es cierto de manera parcial. En rigor de verdad, las rebeliones indias no tuvieron el carácter de “revolución”. Eran la explosión violenta de la ira contenida, el alzamiento exasperado contra una vida continua de explotación por parte del corregidor, el encomendero, el dueño del obraje.

No tuvo – tampoco lo tendría la de Tupac- Amarú – el elemento dirigente y los hechos no se desarrollaron de acuerdo a un plan. El desahogo se expresaba contra el blanco y el mestizo, manifestaciones directas del abuso desmedido y cruel; el objetivo político estaba descartado, absorbido por el ansia primitiva de venganza. En tanto la reacción lo fuera contra todo lo que

implicara actitud abusiva del cristiano y se limitara a proclamar la reivindicación de la raza indígena, la rebelión tomaba cuerpo contra el español nativo y contra el peninsular, expresiones rampantes de la tez blanca y por lo tanto para los sublevados, culpables por igual de la postración del indio, de acuerdo a su visión de los hechos, muchas veces no desmentida por la realidad.

Si el alzamiento se hacía por igual contra españoles y criollos, era natural que estos se unieran para defenderse y proteger sus beneficios. Si era cierto que la rebelión había nacido con la conquista misma, era lógico que estuviera de antemano condenada al fracaso.

Es cierto que hubo medidas adoptadas por las autoridades que resultaron agravantes para los criollos; la Revolución de las Alcabalas, por ejemplo, fue una reacción de los españoles nativos contra una Real Ordenanza que establecía un sistema tributario desigual. Sin embargo, en el fondo fue un alzamiento contra el Presidente de la Audiencia, don Manuel Barros de San Millán.

En esto los indigenistas son unánimes y la verdad objetiva parece acompañarlos: el funcionario era un hombre recto, dispuesto a tratar con dulzura al indígena, convencido de la sabiduría de la ley que debía aplicar y por lo tanto intransigente con el exceso de los encomenderos y dueños de obrajes. En esa célebre rebelión no debe buscarse un atisbo de libertad política: participaron de ella todos los sectores sociales que se sentían molestos con la rectitud del funcionario sin importar su origen: peninsulares y nativos estaban dispuestos a no ceder en la obtención de beneficios a costa de la explotación del sometido, aunque los criollos llevaran la voz cantante contra la Real Ordenanza.

Los ecuatorianos debieron esperar hasta el 9 de agosto de 1809 para que estallara una revolución similar a la de Chuquisaca, cuyo argumento central fue el repudio a Bonaparte. La tendencia del acto fue hecha con solemne jura de fidelidad a Fernando VII y bajo ese pretexto se depuso a las autoridades españolas.

La rebelión fue sometida de inmediato y se debió esperar a la epopeya de San Martín y Bolívar para que la autodeterminación primara en su pueblo.

6) MEJICO

Entre las colonias españolas en América, Méjico era una de las que había gozado de mayor prosperidad, más allá de la escasa calidad de algunos de los virreyes que le tocó en suerte.

Sin embargo, a pesar de la holgura económica que se advertía, a principios del siglo XIX las consignas independentistas florecían y la rivalidad entre gachupines (término equivalente a chapetones) y criollos era ostensible.

Por otra parte, como en regiones de Nueva Granada y Perú, en el siglo anterior se habían observado levantamientos indígenas. En Méjico la del cacique Mariano, en Tepic, tratando de restablecer la monarquía azteca, recordaba el alzamiento de Tupac Amarú, e igual que aquél, promovía el abatimiento de la raza blanca, con lo cual solo conseguía la consiguiente alianza entre criollos y peninsulares.

Hacia 1802, gobernaba el país el virrey Berenguer de Marquina, hombre probo pero de escaso carácter, que sin embargo tuvo un gesto poco común: renunció a su cargo cuando sus sugerencias no fueron escuchadas por la Corte de Madrid. Lo reemplazó don José de Iturrigaray, quien hubiera tenido un desempeño aceptable si no fuera que la desesperación por complacer a su protector, el Príncipe de la Paz, lo llevó a enviar a España cuantiosas sumas de dinero que debía extraer hasta su agotamiento a las arcas coloniales.

El motín de Aranjuez, la caída de Godoy (que Iturrigaray mantuvo en secreto), la farsa de Bayona, el encarcelamiento de Fernando VII y posterior conflicto con los franceses, convencieron a los criollos de avanzar con el proyecto de independencia. No obstante, a pesar de las condiciones favorables, ésta no se impuso.

Con la diferencia que el colorido del suelo y la diversidad de las costumbres confiere a los hechos sociales, algunos aspectos del levantamiento mejicano tuvieron cierto parecido con el de Buenos Aires. La astucia de dos regidores, por ejemplo, evoca en cierto aspecto a la Junta que bajo inspiración de Leiva se constituyó el 22 de mayo por la noche en el Cabildo porteño. Azcárate y Verdad le hicieron concebir a Iturrigaray la

esperanza de constituir un gobierno supremo de carácter provisional, separado e independiente de la Junta de Sevilla.

La simpatía del virrey con el proyecto solo consiguió atraer las sospechas del sector de genuina raíz española y como la reunión de la que participaban autoridades y vecinos notables no llegara a un acuerdo definitivo, Iturrigaray, irritado, optó por disolverla. Esto no hizo más que confirmar la desconfianza del elemento español, que decidió deponerlo, para lo cual unos trescientos caballeros conducidos por un vizcaíno muy rico – don Gabriel de Yermo – penetró por la noche (15 de septiembre de 1808) en la residencia virreinal, encarceló a Iturrigaray, lo mandó a las mazmorras de la Inquisición junto a Verdad, Azcárate y varios religiosos de diferentes órdenes y colocaron en su reemplazo al mariscal don Pedro Garibay.

Era éste un hombre anciano, muy leal a la causa de España y durante su breve mandato remesó a Sevilla cuantiosas sumas de dinero, que transportaron navíos españoles y fragatas inglesas, por ese entonces aliada de la resistencia española contra el ejército francés.

Pero como pronto advirtieran los caballeros (que se habían bautizado a sí mismos con el nombre de Voluntarios de Fernando VII), que el viejo militar no estaba en condiciones de ejercer el gobierno, clamaron por su reemplazo a la Junta de Sevilla, que nombró virrey al arzobispo de Méjico, monseñor Francisco Javier Lizana y Beaumont.

El mandato de este virrey, hombre de gran dignidad, probo, de sentimientos nobles y desprendidos, duró desde el 19 de julio de 1809 hasta el 8 de mayo de 1810 en que los Voluntarios de Fernando VII, impacientes y molestos por su ecuanimidad reclamaron su reemplazo a la Regencia, quien puso el manejo del virreinato en cabeza del presidente de la Audiencia, don Pedro Catoni, reemplazado el 13 de septiembre de 1810 por el general Francisco Javier Venegas.

Tres días más tarde, es decir el 16 de septiembre de 1810 estalló el movimiento revolucionario, dispuesto a poner a Méjico en el camino de la independencia. En un primer momento el alzamiento, con epicentro en Valladolid fue abortado y enviados a prisión sus cabecillas, pero renació con más fuerza en Querétaro, conducida por Ignacio Allende, capitán de dragones del regimiento de la Reina, el cura de Dolores y el propio corregidor de Querétaro, don Miguel Domínguez.

Después de numerosas vicisitudes y alternativas en la marcha

revolucionaria – a la que no le faltó la comisión de excesos y horrores – fue vencida por las fuerzas leales y fusilados por la espalda en Chihuahua el 26 de marzo de 1811 Allende, Aldama, Jiménez y Santa María. El doctor Miguel Hidalgo, la principal autoridad civil, no fue ejecutado porque su condición eclesiástica exigía la previa degradación del carácter sacerdotal; recién fue fusilado el 30 de junio.

En cambio, en Buenos Aires las desavenencias de los grupos patriotas fueron la consecuencia del desorden y la inexperiencia; de las diferentes estrategias y los diversos caracteres de los protagonistas; pero el territorio revolucionario permaneció incólume. Nunca fue sometido; ni siquiera amenazado; en ese aspecto la Revolución había triunfado el 25 de mayo de 1810.

CAPITULO VIII

BUENOS AIRES: UNA REVOLUCIÓN PREVISIBLE

1) LOS CABILDOS ABIERTOS

Es interesante recordar el período que fue desde las Invasiones Inglesas hasta la Revolución de Mayo.

Los porteños volvieron a rememorar glorias del pasado: la intrépida recuperación de la Colonia del Sacramento, que sus antepasados habían obtenido en alarde de guapeza enfrentando a los portugueses, por ejemplo, tenía el sabor épico de los grandes sucesos de la historia.

Pero ahora algo habían protagonizado ellos mismos y llenaba de orgullo la vida de cada uno de los habitantes: fue derrotada nada menos que la invencible Albion, y esto era algo reciente, que no debía hurgarse en la memoria colectiva ni en el archivo de documentos históricos.

Los porteños expulsaron a los ingleses dos veces seguidas y además poco después, españoles nativos y peninsulares se habían congregado en un Cabildo Abierto para destronar a un virrey por cuyo comportamiento se sentían agraviados y nombrar otro en sustitución del caído. Por cierto, toda la ciudad de Buenos Aires se había unido alrededor de esa meta: la designación de Liniers era producto de la voluntad popular, del sentimiento generalizado de los vecinos, que se sentían ultrajados por Sobremonte y le habían puesto el pecho a las balas inglesas junto a y con igual valor que el amante de la Perichona.

Que los ingleses hubieran sido vencidos dos veces no fue algo

intrascendente para una población que comenzaba a sentirse orgullosa de su condición de privilegiada (si es que la proximidad con el puerto, la posibilidad de gozar los beneficios de ultramar, el acceso a la lectura de obras de actualidad - desconocidas en el resto del virreinato - la sofisticación de datos culturales que llegaban con el valor de la primicia, la visita de artistas teatrales, podían considerarse un privilegio). De “hermana mayor”, como diría después una oportuna intervención de Paso en el Cabildo.

Como ya se ha dicho, el doctor Mariano Moreno – que no intervino en la Reconquista ni en la Defensa, según sus biógrafos – dejó escrito que la población de Buenos Aires llegaba en ese entonces a setenta mil habitantes. ¿Era posible que semejante conglomerado pudiera expresar su opinión en tiempos en que no existían las consultas electorales, los padrones, siquiera los comicios? ¿Sería lógico que una opinión tan vasta se manifestara a través de un Cabildo Abierto?

La legislación de Indias lo tenía instituido, pero solo había funcionado cuando la población, insuficiente en los comienzos de la vida colonial, permitía la concurrencia de los principales vecinos a las reuniones especiales. Los Cabildos Abiertos fueron pues, impracticables cuando las colonias comenzaron a presentar signos de crecimiento y sobre todo, cuando el aumento del número de habitantes convirtió los antiguos poblados en prósperas o populosas ciudades.

Cuando se produjeron las Invasiones Inglesas, Buenos Aires era ya una ciudad de unos setenta mil habitantes, según recordaba Moreno; los Cabildos Abiertos eran impracticables y el orden institucional se manejaba por medio de los regidores, especie de representantes de la voluntad popular, aún cuando su elección no dependiera de la decisión de los vecinos sino de las autoridades que los habían designado.

Sin embargo, la conducta del virrey Sobremonte fue tan objetada por los hechos que debió ser puesta en el banquillo y en forma simultánea la persona de Liniers, enmarcada en su sobresaliente conducta para guiar al pueblo hacia la Reconquista primero y la Defensa después, alcanzó dimensiones épicas, de gran consenso popular.

No debería sorprender, ante esa crítica situación originada por circunstancias excitantes, que la figura del Cabildo Abierto volviera a surgir con semejante ímpetu como para que una ciudad de esa magnitud

demográfica, depusiera al virrey y entronizara en su lugar al ídolo del pueblo, don Santiago de Liniers y Bremont.

Lo más curioso del caso en Buenos Aires, fue que aún existiendo en aquel momento de forma latente dos partidos en pugna: criollos y españoles, hubiera sido por asentimiento de ambos que se convocó al Cabildo, el que resolvió de acuerdo a lo explicado con la conformidad de las dos parcialidades. Mucho más notable esta unanimidad en cuanto Álzaga (indiscutido jefe del partido español) experimentaba un profundo rechazo hacia Liniers.

Tampoco se suponga que ese fenómeno se observó solo en Buenos Aires.

Montevideo, a instancias del propio general Elío, el inmodesto y jactancioso representante del gobierno español en esa provincia, también convocó a un Cabildo Abierto en su momento para repeler la designación del capitán Michelena, nombrado por Liniers para reemplazarlo como gobernador de la Banda Oriental. Los argumentos de que se valió Elío (nadie puede adivinar el futuro) después fueron utilizados en Buenos Aires contra los intereses que en esa ocasión habían favorecido los planes que representaba el enfatuado general. Decía éste, con la altanería que se le conocía y que no enmohecieran los constantes fracasos con los que coronaba sus actos, que "... el pueblo se había levantado porque no quería a Michelena de gobernador y que para aquietarlo se había formado una Junta de la que él mismo había sido nombrado presidente...".

Por cierto, dicho sea de paso, Liniers no había designado a Juan Ángel Michelena por capricho; Elío había hecho mucho para ganarse el despido. Ante un escueto oficio de Liniers, había contestado, en el hiperbólico estilo que le era común: "... yo soy de muy distinto parecer: jamás dudé de los generosos y fieles españoles; los conozco mucho; he hecho con ellos la guerra a Francia... pero si por caso España misma fuese de distinto parecer, le declararí la guerra como a toda provincia o individuo que no preste guerra al monstruo que ha quebrantado las leyes de los hombres...". Bajo la apariencia de dirigir la diatriba contra Bonaparte, el dardo envenenado iba dirigido a Liniers a quien en voz baja llamaba traidor a España.

El virrey de Buenos Aires quedó encerrado en una disyuntiva de hierro: 1) sometía la plaza de Montevideo por la fuerza de las armas (lo que equivalía a desatar la guerra civil); 2) convocaba al díscolo general a Buenos Aires; o 3) si desobedecía esta orden lo reemplazaba. Liniers descartó la variante de una

guerra intestina y por su parte Elío desobedeció la orden de comparecer ante el virrey. Con el estilo pedante que lo caracterizaba, exclamó ante una muchedumbre convocada por sus oficiales: “¡Ignoro por qué me quieren llevar a la Capital! ¡Declaro que si tengo delito, quiero que me corten la cabeza en Montevideo, rechazo ir a Buenos Aires!”

Por supuesto, esta demagógica afirmación fue respondida por un público enardecido con vivas al hombre. El camino para la designación de un reemplazante quedó como única opción, aunque el intento de Liniers, materializado a través de Michelena, terminara en frustración.

Pero la razón verdadera era que Elío quería atacar a Liniers invocando su condición de francés para desplazarlo del cargo y ocupar el lugar suyo (en ese momento, como es sabido, Francia usurpaba el poder en España y ésta, por medio de sus Juntas, formalizaba una alianza con Gran Bretaña). La acción arrolladora de Elío culminó con la instalación en Montevideo de una “Junta Gubernativa”, compuesta solo por el elemento español. Ironías de la vida: la palabra que invocara después la Revolución Sudamericana fue, de ese modo, pronunciada en primer término por el más encarnizado enemigo de ella.

Mitre lo dice con palabras irreemplazables: “... el más obstinado absolutista que haya tenido jamás España, que murió en el suplicio profesando como un fanático la religión política del rey absoluto, sin Constitución y sin pueblo, sirvió a la libertad de un pueblo que odiaba, dando con el primer ejemplo revolucionario el modelo del gobierno futuro...”. Montevideo fue, en suma, el primer teatro en que se exhibieron en el Río de la Plata las dos grandes escenas democráticas que constituyeron el drama revolucionario: un Cabildo Abierto y una Junta Gubernativa designada por la voluntad popular. Es decir, una revolución para legitimar otra revolución.

La norma que prescribía la existencia de esos Cabildos había sido abandonada por la fuerza de la costumbre (y el sentido común) y de repente, una decisión colectiva, casi tumultuaria, barría con ese derecho consuetudinario impuesto por el tiempo. Una decisión popular, tomada en momentos especiales, había restituido los Cabildos Abiertos a la vida política del Nuevo Mundo y esa decisión tendría consecuencias importantísimas para la Revolución de Mayo.

Es interesante descubrir de que modo algunas mentes perspicaces

anticipaban el futuro y adivinaban que detrás de las consultas populares, las manifestaciones directas del público, latía la peligrosa amenaza de separar las colonias de España:

Por ese entonces, uno de los hombres más ilustres y de opinión respetada en Potosí, era el célebre doctor Pedro Vicente Cañete, nacido en Paraguay y radicado desde el comienzo de su vida universitaria en el Alto Perú, con estadías más o menos prolongadas en Córdoba, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Era éste no solo uno de los más esclarecidos oráculos del derecho sino persona de consulta obligada, sea por su incuestionable versación jurídica como por su profunda percepción de los sucesos. Su carácter polemista y conflictivo lo llevó a granjearse enemistades obsesivas, que convirtieron su vida en un permanente ascenso a la cúspide y posterior caída a los abismos.

Cañete desaprobaba la formación de Cabildos Abiertos y por ende imaginaba que la decisión montevideana habría de traer consecuencias funestas para las colonias españolas si prevalecía la formación de “Juntas Gubernativas, como en España”. Realista por completo, pese a haber nacido en Paraguay, decía Cañete que “atendiendo al derecho público, según la autoridad del sabio Bobadilla, ya no es menester ni se usa en las ciudades populosas hacer Cabildo Abierto, porque los regidores representan al pueblo...”. Por supuesto, Elío resultó sordo a estos consejos, como fue ciego el partido español del que él era el brazo ejecutor.

Lo cierto es que a partir de la permisiva tolerancia que admitió tumultuosas sesiones conducidas por ocasionales condotieros, quedó expedito el camino para la deliberación popular y la consulta directa a la voluntad del pueblo, que como es lógico solo podía expresarse en forma bulliciosa, con estridencias y bajo formas de algarada.

Como consecuencia de esto, la primera idea que surgió en todas las cabezas pensantes de Buenos Aires en la llamada “Semana de Mayo” fue la urgencia por convocar a un Cabildo Abierto para que el pueblo deliberase y resolviese de manera directa lo más conveniente acerca del gobierno que debía sustituir al que consideraban herido de muerte (desde julio de 1809 se había instalado en el gobierno virreinal don Baltasar Hidalgo de Cisneros y Latorre).

Por supuesto, una expresión tan vaga como “la voluntad del pueblo” era manipulada por cada uno de los dos partidos y al final, el que tenía más

fuerza o adictos más decididos debía terminar por imponer su voluntad al otro.

2) JUNTAS, MILITARES, VECINOS, MUCHEDUMBRES

Sin embargo, en la llamada “Semana de Mayo”, manipulada o no la concurrencia al Cabildo Abierto por la fuerza militar, fue la expresión global de Buenos Aires la que se impuso, inspirada y justificada en sus fundamentos jurídicos por el Cabildo de Montevideo y la abortada revolución española del 1° de enero de 1809 en Buenos Aires. Los jefes militares, la tropa y la masa de la ciudad fueron expresión coincidente de metas compartidas. Era obvio que la dominación de España por un poder extranjero y el cautiverio de sus legítimos reyes había destruido – decían – las bases mismas del gobierno colonial.

Se señalaba – con machacona repetición, de lo que no hemos podido excluarnos nosotros mismos – que si había desaparecido el mecanismo regio de la metrópolis, fundado solo en la soberanía de la corona, también resultaban destruidas las funciones administrativas que permitían a los virreyes y los demás cuerpos del régimen colonial ejercer las funciones que les eran propias.

Según esa interesante argumentación, estaba roto el vínculo que con anterioridad había conferido legitimidad al poder derivado que ejercían las autoridades locales. Siempre conforme a esa argumentación – de la que Mariano Moreno sería expositor lúcido – no podía aceptarse que esas mismas autoridades, por supuesto ilegítimas, pudieran atribuirse derechos propios para heredar el poder del monarca, que había desaparecido con su prisión.

Por otra parte, tanto las leyes del reino como las de sus colonias reconocían como única garantía para reclamar contra los abusos de las autoridades locales el recurso ante la Corona, pero he aquí que esos poderes, según la sagaz y atrevida concepción de Moreno, habían caducado con la recordada prisión de Fernando VII. Por lo tanto, siguiendo el derrotero de esa misma argumentación, lo que correspondía era traer esas garantías y

procedimientos al seno mismo del pueblo, para ser delegadas en el gobierno que él se diese.

Los funcionarios españoles – decía esa misma elaboración – no podían erigirse en superiores a ese derecho natural de la sociedad, ni usurpar una jerarquía soberana que jamás habían tenido y que fuera sepultada por el mandato irrevocable de los acontecimientos. Con esos argumentos en la mano – más bien en el espíritu – el pueblo de Buenos Aires comenzó a vivir una etapa especial, apoyando en una doctrina legal un sentimiento de independencia que no podía disimularse.

Con la firme determinación de establecer un gobierno separado de España, las manifestaciones se sucedían unas a otras. Las noches dejaron de ser expresión de calma e invitación al reposo; el fragor golpeaba las puertas de las casas ricas y pobres y la impopularidad de Cisneros crecía por momentos.

En muy poco tiempo, las satisfacciones iniciales habían terminado para el nuevo virrey. Es cierto que había tenido un comienzo auspicioso, cuando Liniers, de manera caballeresca, le entregó el mando sin oponer resistencia en Montevideo. Más aún: venciendo la oposición del pueblo de Buenos Aires, que se resistía a que abandonara la función virreinal. (Tanto se negaba Buenos Aires a aceptar su reemplazo, que el virrey debió salir hacia la Banda Oriental por la noche, envuelto en una capa que lo ocultara y con la sola asistencia de Martín Rodríguez).

Pero ese recuerdo, a pesar de que solo habían transcurrido unos pocos meses, le parecía una época remota, aquella en la cual la mansedumbre de Liniers lo sorprendió en Montevideo, presentándose solo, sin siquiera un piquete que lo respaldara, para abrazarlo con cordialidad y entregarle los atributos del mando.

“¿Así nomás, sin pelear abandona el virreinato?” se preguntó incrédulo Cisneros.

Al comenzar 1810 sentía en carne propia el disfavor del pueblo; la muchedumbre voceando su nombre en tono de reproche; las marchas populares que se hacían al grito de “¡Abajo Cisneros!”. Ningún gesto del pueblo de Buenos Aires era precursor de halagos futuros.

Es cierto que el virrey no era hombre de amilanarse con facilidad. Y tampoco carecía de ánimo firme y carácter templado para defender su honor y la dignidad de la investidura que le había conferido la autoridad

española. Pero no tenía medios para contrarrestar el empuje de las pasiones criollas desatadas en su contra y para colmo, importantes españoles, peninsulares auténticos, formaban cuadro junto a los nativos en su contra.

¿Y con qué los iba a contrarrestar? ¿Acaso podía recurrir a los militares?

¡Por favor! Desde el motín del 1° de enero de 1809, los batallones españoles, los imbatibles tercios a cuya fiereza tantas veces había recurrido el pabellón de Castilla, estaban desarmados por la acción de Saavedra.

Ante el panorama negativo que se abría a sus ojos, la masa del pueblo, torrentosa por su empuje, prometía llevarse por delante todo y provocar el final, es decir, la caída de todo el edificio levantado con tanto empeño como inservible empezaba a resultar el trabajo por mantenerlo en pie.

Y si bien Cisneros representaba, a pesar de su estilo comprensivo y conciliador, las formas más extremas del pensamiento español, ese lugar, en el bando opuesto, era ocupado por los patriotas revolucionarios, que encarnaban la posición antagónica.

En el medio estaban los moderados, que mientras trataban de sosegar a los más impacientes de los rebeldes, se lamentaban por el otro de la intransigencia del virrey, que dispuesto a caer junto con el régimen que presidía, no vacilaba en asumir la parada con terquedad y jugarse el todo por el todo.

¿Fue decisiva la actuación de don Cornelio Saavedra enfrentando al motín del 1° de enero de 1809?

Digamos que el episodio tuvo una extraordinaria miga, porque sin la intervención de Patricios, Arribeños, Húsares, Carabineros y el Batallón de Andaluces plegado a los cuerpos criollos, se hubiera impuesto la tesis de Álzaga y el obispo Lué, respaldada como estaba por los Batallones de catalanes, gallegos y vizcaínos. Es decir: sin los batallones fieles a Saavedra, Liniers habría sido destituido.

Pero el tema es más complejo que lo que parecería a juzgar por la reducción precedente. El partido realista actuó como un reflejo reaccionario de la sublevación de Elío en Montevideo y encabezados por Álzaga, solo esperaban una señal para levantar las armas. Por su parte, los batallones patriotas obraron no solo en base a su poderío militar. Lo hicieron actuando con el respaldo de la población, sin cuyo concurso el hecho se hubiera limitado a una mera asonada armada. Como suele ocurrir siempre y ha sido

la constante de nuestra historia, detrás de la acción militar se divisó siempre una notable apoyatura civil.

El 1° de enero de 1809 no fue una excepción; más bien fue un anticipo. En la víspera de esa fecha, los españoles más radicalizados, que no podían ocultar su animadversión hacia Liniers, en quien corporizaban al enemigo de España, habían tomado la decisión de separarlo del cargo, incitados desde Montevideo por los españoles partidarios del absolutismo extremo.

Para eso, desde la mañana del primero de año habían ocupado la Plaza (hoy “de Mayo”) con los cuerpos adictos a la causa española: los Batallones de Catalanes, de Gallegos y Vizcaínos. Los soldados tomaron posición de combate y – refiere Porcel en su semblanza de Saavedra – siguiendo expresas indicaciones controlaron el ingreso a la Plaza, asegurándose que solo pudieran concurrir al Cabildo los españoles registrados, cuya opinión era una garantía de apoyo. (También concurreció Mariano Moreno, el posterior numen de la Primera Junta, en ese momento firme adepto del partido español, y uno de los que propiciara “¡Junta Gubernativa, como en España!”, sea por su cercanía a Álzaga o su desafección a Liniers).

Por supuesto, Saavedra estaba en la inteligencia de todos estos pasos cuando aún eran solo una expresión de la teoría y de común acuerdo con Liniers planificó las medidas para contrarrestar la sublevación.

La primera de ellas consistía en obligar a los amotinados a quitarse la máscara.

Se sabía que Álzaga y el obispo habían confeccionado una lista de funcionarios “dura”, imposible de aceptar por parte de Liniers. Esa hipotética negativa les allanaría el camino para desplazarlo, invocando una presunta desobediencia a las resoluciones de un Cabildo Abierto que había confeccionado dicha lista.

Con mucha astucia, Saavedra aconsejó al virrey aceptar la nómina “impresentable”, para obligar a los conjurados a sacarse la careta y obligar a que el gato mostrara las uñas. Así ocurrió y para incredulidad de los juramentados Liniers aceptó la nómina y firmó la confirmación sin siquiera leer los nombres.

La complacencia de Liniers desconcertó a los visitantes; se retiraron del Fuerte (sede del gobierno) Álzaga y el señor Obispo, envueltos en la mayor incertidumbre y tal como había supuesto Saavedra, debieron volver poco

después para exigirle la renuncia, en esta ocasión sin poder inventar ningún pretexto.

Y allí fue donde apareció Saavedra con toda la reciedumbre de su determinación. Había ordenado que los Patricios ocuparan parte de la Plaza y se dispusieran en formación de combate frente a los cuerpos españoles; mientras, Arribeños y Húsares, que le eran leales, a las órdenes de Ortiz de Ocampo y Martín Rodríguez capturaron el depósito de artillería y colocaron frente a los tercios españoles los cañones en posición de tiro. Al pueblo de Buenos Aires, que no había sido invitado al Cabildo Abierto (como hemos dicho, la concurrencia fue manejada con la complicidad de los batallones españoles), lo convocó Saavedra (las invitaciones corrieron de boca en boca) y se hizo presente con arrojado entusiasmo. Poco después a espaldas de las tropas criollas una masa vociferaba en su apoyo, con la amenazadora determinación que había hecho estremecer a los ingleses apenas unos años antes.

Como tocados al unísono, catalanes, gallegos y vizcaínos quedaron inmersos en el mayor desaliento, arrojaron sus armas al suelo y se dispersaron hacia sus casas (algunos de ellos fueron sableados sin justificación, dice Mitre). Saavedra, Viamonte, Martín Rodríguez, Ortiz de Ocampo, Benito Rivadavia, se dirigieron al Fuerte y a pesar de los esfuerzos denodados del obispo por disuadirlos, exigieron a Liniers que retirara la renuncia que ya había firmado, no sin antes pedirle que saliera del Fuerte a consultar al pueblo para ver si contaba con su apoyo.

Por supuesto, al asomarse Liniers, soldados y público fueron un solo alarido de respaldo: “¡Liniers virrey! ¡No queremos que otro nos gobierne!”

La insurrección del 1° de enero de 1809, que había comenzado con auspiciosas expectativas para el partido peninsular, terminaba en una derrota definitiva. Los batallones españoles, que habían demostrado tanta entereza contra el invasor inglés, quedaron disueltos de hecho o desarmados. Saavedra se había convertido en el hombre del momento: jefe militar indiscutido y caudillo popular; artífice del triunfo de Liniers e inspirador de la estrategia política cuyos resultados exitosos estaban a la vista.

A partir de ese momento no habría decisión que adoptara Buenos Aires que no debiera contar con su aprobación o concurso. El camino para la Primera Junta de Gobierno estaba expedito.

Por supuesto, la decisión de desarmar a los cuerpos militares adictos a España no fue controvertida por el público. Al contrario; la decisión de los soldados de abandonar la lucha armada y arrojar los fusiles a los pies de los soldados criollos debía sumarse a otra determinación no menos importante: la decisión de los andaluces de plegarse a las fuerzas que encabezaba Saavedra desde el inicio. En ese sentido no existieron diferencias entre americanos y peninsulares. Sobre todo en los sectores más desposeídos había una comunidad de esperanzas e ilusiones entre quienes llegaron a estas colonias pensando en un porvenir más auspicioso y los hijos del país a quienes el futuro en este territorio les pertenecía.

Buenos Aires a partir de ese momento quedaba a merced de las fuerzas criollas, a pesar de continuar la formalidad administrativa de la colonia. Pero si Buenos Aires era de manera incuestionable favorable a la revolución, el resto del virreinato era partidario del régimen español.

Montevideo, con el presuntuoso Elío a la cabeza, representaba el sentimiento opuesto a la capital del virreinato; no en vano la inteligencia entre Álzaga y el gobernador de la Banda Oriental era absoluta. Córdoba, en cuyo suelo recalaron Liniers y Gutiérrez de la Concha después del 25 de mayo precedidos por el justo prestigio que les había dado la lucha con los invasores ingleses, era tenida por realista; en el Alto Perú habían sido sometidos todos los movimientos revolucionarios y de Paula Sanz, Nieto y Goyeneche tenían sojuzgadas las provincias de Charcas y Cochabamba y dominaban las riquezas de Potosí. Más hacia el norte aún, Quito, Nueva Granada, Méjico eran baluartes de España y los que osaron desafiarla habían terminado presos o ejecutados. Desde el Paraguay, el general Velazco con solo proponérselo podía bajar por el Paraná hasta Las Conchas con siete mil soldados para sostener los intereses peninsulares.

Solo en Buenos Aires se respiraba el aire rebelde de los grandes acontecimientos, que no pudieron vencer enemigos tan importantes.

3) AGITACION Y ARREGLOS. LA FIEBRE REVOLUCIONARIA

Pero desde el motín del 1° de enero de 1809 hasta el 25 de mayo de 1810 mediaba un trecho de más de un año, que resultó rico en sucesos y demostró en la capital del virreinato la tensión comprimida, precursora de acontecimientos que cambiaron para siempre el sistema colonial.

Ante todo, digamos que la puja entre los dos partidos: el español europeo y el español americano fue creciendo. El virrey Liniers había sido elegido por los patriotas cabeza visible de su movimiento, del mismo modo que Álzaga – preso a partir del movimiento de primero de año – lo era del otro partido. Los criollos tenían a su favor algo fundamental, del que carecían sus adversarios: los cuerpos militares armados y la inmensa mayoría de la población que estaba soliviantada. Los realistas en cambio contaban con Álzaga, que, aún preso, rebosaba actividad y energía mientras Liniers – el estandarte de los españoles nativos - era hombre de escaso carácter y cortas miras.

Si bien ambos partidos podían coincidir en un punto: la formación de una Junta Gubernativa bajo la invocación de fidelidad a Fernando VII, la discrepancia entre ambos parecía irreducible: unos querían que fuera autónoma (precursora de su futura independencia), los otros que fuera un calco de la española y por lo tanto, que asegurara la subsistencia de la colonia. En otras palabras: unos querían que Cisneros encabezara la dichosa junta, los otros que fuera excluido (circunstancia curiosa: Liniers, estandarte del sector criollo, era y siguió siendo un súbdito leal a España, a cuya corona continuó sirviendo y en cuyo nombre murió).

Este debate entre ambos partidos fue riquísimo y conmovió la ciudad durante la semana de Mayo con entrevistas, conciliábulos, protestas, amenazas, manifestaciones y la presencia implacable de las fuerzas armadas que, lejos de aquietar las pasiones populares, las enardecían y acaudillaban.

A esa altura era de toda evidencia que la permanencia de Cisneros en el cargo era un “casus belli”; la efervescencia popular crecía como una marea incontenible y la impaciencia golpeaba la puerta de los cuarteles. Lejos de erigirse en un freno para los desbordes del pueblo, los jefes militares eran los más ofuscados; Eustaquio Díaz Vélez, por caso, uno de los oficiales de mayor graduación en el regimiento de Patricios, no cabía en sí y se había erigido en el más frenético cabecilla del movimiento desbordante que protagonizaba el pueblo de Buenos Aires.

En esos momentos Cisneros era una de las personas más abrumadas por la situación; antes de asumir el virreinato del Plata había sido designado gobernador en Cartagena, después de la asonada popular que asesinó al funcionario gobernante y arrastró su cadáver por las calles.

La imagen del cuerpo mutilado por los golpes y el linchamiento había

calado hondo en su ánimo y era un recuerdo del que no podía sustraerse. Cada manifestación de hostilidad que percibía en el pueblo le recordaba las muchedumbres extraviadas de Cartagena que marchaban desaforadas por las callejuelas de la hermosa ciudad arrastrando el cuerpo del infortunado gobernador. Quizá esa escena que lo perseguía siempre había influido en su espíritu para lanzar proclamas conciliadoras y pacifistas a su arribo a Buenos Aires.

No obstante su predisposición amistosa, la masa del pueblo lo repudiaba; lo rechazaban los militares, que veían como una provocación que hubiera designado al odioso Elío Inspector General de Armas; lo recusaban los partidarios de Liniers, que lo percibían como un aprovechado; lo repelía el pueblo en general: los sectores selectos de la sociedad y los que pertenecían a las clases más humildes, porque lo encontraban un extranjero que venía a obstruir su autodeterminación. Tenía también el desprecio de los intelectuales: Mariano Moreno escribió para contestar al apoderado de los comerciantes de Cádiz, pero aunque los destinatarios eran estos, la flecha iba dirigida a Cisneros: “No le confirió el soberano la alta dignidad de virrey de estas provincias para velar sobre la suerte de los comerciantes de Cádiz sino sobre la nuestra...”.

Pero cuando se ingresa al terreno de las concesiones para calmar ánimos, se acaba por satisfacer a medias las aspiraciones de dos bandos encontrados y al final se termina cayendo víctima de todos los intereses que solo se pudo conformar a medias.

Para ganarse el partido de los criollos y de paso salvar las finanzas del virreinato, Cisneros proclamó la conveniencia de admitir el comercio libre. Con esto solo se granjeó el disfavor de los españoles que lo consideraron un traidor, sin ganar con ello al partido de los patriotas, a cuya merced quedó sin conseguir que dejaran de considerarlo un enemigo.

Sin embargo, no puede reputársele frágil de convicciones; el hombre imaginó desde su llegada a Buenos Aires que para sobrevivir debía convertirse en equilibrista. Lo comprendió rápido, porque intimó a Liniers a regresar a España, como era la consigna que traía, pero se encontró con que éste desde el llano, tenía más poder que él desde su investidura: el pueblo de Buenos Aires lo sostenía en un pedestal y debió contemporizar y aceptar que el ex virrey eligiera vivir en Buenos Aires. No fue su único disgusto; en

seguida también debió sobrellevar un contratiempo, cuando quedó sujeto y desobedecido por los cuerpos militares a los que traía orden de desarmar.

Para colmo en ese mismo tiempo se produjeron los levantamientos de La Paz, Chuquisaca, Quito; con razonable criterio envió al mariscal Nieto y le encomendó actuar con benevolencia, como dijimos más arriba. Sin embargo no opuso reparos a la crueldad de Goyeneche para reprimir y ejecutar a los jefes capturados en La Paz. La ferocidad de Goyeneche levantó una ola de reproches en Buenos Aires y la opinión del público dirigió el índice acusador contra el virrey, que con todo su poder y la presencia en las cercanías de Nieto para hacer cumplir sus órdenes no impidió el baño de sangre que impulsó aquél.

Todas estas medidas tenían un costo enorme para el virrey, que lo pagaba con una caída cada vez más profunda en los niveles de aceptación. La conspiración abandonó el secreto y la nocturnidad; las conjuras se hacían a la luz del día y el intercambio de visitas y misivas entre las casas de la gente de pro y entre algunas de estas y los cuarteles se practicaban sin descanso ni recato.

El virrey percibía (y escuchaba) todas las manifestaciones que en forma ruidosa se efectuaban en su contra, pero como se dijo, a pesar de ser hombre templado, al que no le faltaban los atributos del coraje, carecía de los medios militares para dominar el empuje de todas las pasiones concentradas en contra suya.

En esas circunstancias entró en escena una figura en realidad interesante por su cultura e inteligencia: el síndico procurador del Ayuntamiento, doctor don Julián Leiva.

Era hombre de notable talento a cuyo pensamiento debían recurrir las autoridades en todo momento, dato que lo había convertido en hombre de consulta para el virrey. Pero la discreción que rodeaba su personalidad, la lucidez y brillo de la inteligencia que poseía, a lo que se sumaba un recatado comportamiento, lo hacían gozar de la amistad y el respeto de las más variadas personas, algunas de ellas del partido criollo.

Su función oficial y la inclinación que no ocultaba hacia la monarquía española no le impedían, por ejemplo, disfrutar de la íntima amistad de Juan José Castelli y Cornelio Saavedra (al revés, algunas versiones lo ubican en franca enemistad con este último).

Leiva era muy cuidadoso en su atuendo personal. En esa época, la

indumentaria masculina se caracterizaba por el uso de medias largas que cubrían hasta las rodillas del individuo y un pantalón que, adherido a las piernas, empalmaba con aquellas. Esta moda – no se había impuesto aún el uso del pantalón, lo que ocurriría recién décadas después - había exacerbado la coquetería masculina, desde que el contorno de las extremidades quedaba expuesto mostrando la línea de las piernas. En consecuencia, los caballeros practicaban una gimnasia especial para que el torneado de ellas les resaltara la estampa.

Un caballero que se preciara de elegante cuidaba con esmero su apariencia, la combinación de los colores y se esforzaba por lograr una natural sintonía entre las distintas piezas de la ropa, que debían cubrir piernas de aceptable apariencia. Esto no ocurría solo en la calmosa siesta colonial de Sudamérica. Los biógrafos de Disraeli son contestes en la obsesiva preocupación que el gran estadista británico tuvo en su juventud para corregir la forma de sus extremidades por medio de metódicos ejercicios físicos (en cambio, la combinación de colores no parece haber sido su fuerte, porque la obsesiva idea de convertirse en un Lord Byron lo hacía caer en el cocoliche).

En el Buenos Aires de 1800 se le daba mucha importancia a la vestimenta y era muy riguroso el estatuto que regulaba la profesión letrada en la ciudad con respecto al atuendo de los profesionales. Quienes ejercieran la abogacía debían observar con escrúpulo las prescripciones estéticas: medias blancas en verano, negras en invierno. Levene recuerda, por ejemplo y como una simpática contribución al tema, que Leiva llevaba el día de su célebre intervención en el Cabildo de Mayo medias de color verde, en abierta infracción con las normas que regulaban la matrícula.

Sin embargo fue la agudeza de su juicio, la persuasión contundente con que elaboraba los argumentos que abrumaban y doblegaban a sus interlocutores, no la ropa, lo que ha llegado como mensaje de este hombre especial, criollo típico, nacido en la Villa de Luján, que asumiera la causa de España con tanta erudición como honradez intelectual.

También en Luján había nacido su hermano José Antonio, que abrazó la carrera de las armas y en 1807, revistando como teniente de infantería, figuró entre quienes tomaron la Iglesia de Santo Domingo que estaba en poder del general Craufurd y él en persona trepó hasta la torre para arrebatar el pabellón del regimiento inglés. Por desgracia resbaló en el

campanario y cayó desde treinta metros de altura; no murió, pero quedó enfermo de gravedad y terminó para él la profesión militar.

Nunca sabremos si su brazo hubiera estado al servicio de la causa revolucionaria, aunque es de presumir su patriotismo, ya que en 1859 el gobierno de Buenos Aires resolvió socorrer a los sobrevivientes de las Invasiones que se encontraban en estado indigente y José Antonio Leiva fue favorecido con dos mil pesos.

A diferencia del carácter arrebatado y sanguíneo de su hermano, el doctor Leiva era frío y descreído y eludía las incomodidades que pudieran malquistarlo con el poder o situarlo en posición conflictiva. A pesar de ello, cuando crecieron las tensiones con el virrey se vio forzado a actuar entre el pueblo apasionado que exigía una Asamblea General o Cabildo Abierto, Cisneros que la resistía y los cabildantes que tenían miedo de provocar la ira de la multitud poniéndose del lado del virrey o de faltarle a éste poniéndose del lado del pueblo.

Todas las miradas del Ayuntamiento se volvieron a Leiva con ansiedad, buscando en él al hombre hábil que todos admiraban para que los sacara del pantano. Por su parte Leiva, sea porque se sentía deslumbrado por sí mismo, porque confiara en la destreza habitual de sus combinaciones y maniobras o porque sobreestimara la influencia que ejercía sobre personajes de uno y otro partido, recogió el guante. De ese modo increpó al virrey su intransigencia para con los reclamos del pueblo y a los voceros de éste los alarmó con el fantasma de la anarquía y la posibilidad de que, arrastrados por ésta, perdieran sus posiciones económicas y sociales, que eran muy respetadas.

Lo cierto es que el persuasivo Leiva logró atraer a ambos sectores y consiguió que transigieran con la formación de un nuevo gobierno colectivo y mixto, bajo la presidencia del virrey. El plan de Leiva consistía en definitiva en que la Asamblea delegara en el Ayuntamiento la facultad de dar forma al pensamiento de la mayoría, con lo cual quedaban disueltos el Cabildo Abierto y sus peligros mientras que él se convertía en árbitro. Este designio fue elaborado con sigilo y rapidez entre el 20 y el 21 de mayo.

Es decir: la mayor angustia del virrey (y del partido español) era la incógnita de lo que pudiera pasar si se llevaba a cabo la asamblea tumultuaria que el pueblo exigía cada vez con mayor fuerza. Por eso el Cabildo Abierto del 22 de mayo se realizó sabiendo los realistas que se iba a

pergeñar la travesura que vio la luz el día 23 y que terminara por explicar la fuerza inmensa que tuvo el clamoreo popular para enervarla.

Pero volvamos al Cabildo Abierto del día 22. Era evidente que Leiva y el virrey pensaban hacer una pillería disimulada y que para eso en la manga guardaban una carta que pensaban usar en esa asamblea: el citatorio para el Cabildo.

Fue impreso en forma de billete por las autoridades y contenía el mensaje de que ese instrumento obraba como salvoconducto o contraseña para que las fuerzas de seguridad permitieran su paso a la plaza y la participación en el debate. Amañada de ese modo la concurrencia, el partido realista pensaba que podía dominar la concurrencia y manejar el resultado de la asamblea popular.

Ignorantes de esta jugada, los jóvenes más briosos del partido criollo, movidos por esa inquietud febril que se apodera de los espíritus en esas circunstancias especiales, recorrían las casas de los vecinos más adeptos, notificando la invitación y asegurándose de su concurrencia. Los revolucionarios podían permitirse la libertad de moverse a cara descubierta porque no existía en ese momento autoridad con fuerza suficiente como para impedirles nada. Pronto se proveyeron de una gran cantidad de esquelas similares y comenzaron a repartirlas entre los partidarios.

De una manera rápida se corrió la voz de este entusiasmo generalizado y el partido revolucionario logró dos objetivos al mismo tiempo: consiguió que una masa enorme de adherentes se plegara para concurrir al Cabildo y que el partido europeo se abstuviera de participar de la asamblea ante el temor de encontrarse envuelto en medio de una multitud apasionada dispuesta a maltratarlos.

Se enteró Cisneros de esto y para revertir la situación y volver al plan inicial, que preveía la concurrencia solo de los invitados, dio orden a la guardia que guarecía las bocacalles de acceso a la Plaza que efectuara un control riguroso de las invitaciones y volvió a recorrer el padrón de amigos para reiterar la convocatoria.

Pero el movimiento revolucionario era de Buenos Aires en pleno; las fuerzas militares, como hemos dicho, tenían el mismo afán que los patriotas civiles, y los Patricios – el regimiento-símbolo del pronunciamiento – era el cuerpo armado encargado de custodiar los accesos. Era Díaz Vélez, por caso, el oficial a cargo de la custodia de la Plaza y uno de los soldados más

alborotados de la causa; el resultado fue lo contrario de lo buscado por el virrey. Lejos de estorbarse la entrada a los criollos se les facilitaban todas las posibilidades con prodigalidad: era suficiente una marca en la entrada o guiño cómplice para favorecer su ingreso. Al contrario, del grupo europeo solo pasaron los que por su rango social o posición oficial era desaconsejable detener, mientras que se le oponían dificultades imposibles de superar a todos los que fueran desconocidos o de posición social inferior.

Como es de imaginar, el Cabildo resultó copado por una inmensa mayoría de revolucionarios, apoyados por una multitud que se había acumulado en la Plaza dispuesta a seguir de manera tumultuosa la voz de los líderes que desde las galerías altas de la casa trataban de sepultar el ciclo colonial.

Es cierto que las formas fueron guardadas; los cabildantes ocuparon su lugar sin interferencias; a lo largo de la sala se habían colocado bancos, escaños y sillas para dar asiento a “la parte más sana y sensata del vecindario”, como se dijo entonces. Pero a partir de allí, o salvo esa excepción, esas mismas formas fueron superadas por la congestión extraordinaria de gente (“el pueblo”, como se decía), que a las señas de los jefes que habían ingresado al edificio bullían de frenesí; aplaudían o abucheaban, vociferaban, empujaban o avanzaban, según fuera la consigna que les hicieran llegar. En todos los casos, la expresión “¡Abajo Cisneros!” era un latiguillo repetido y ruidoso.

No obstante estas afirmaciones bullangueras, que ponían de manifiesto que el largo dominio colonial había terminado para siempre, llama la atención la pasividad del partido español. Los cronistas de esa época son coincidentes en referir que aparecía incrédulo ante los acontecimientos, como si esperara que la grandiosa tradición obrara milagros y el tumulto solo fuera una rebeldía del momento que habría de pasar. Las milicias enardecidas, la muchedumbre exaltada, los oradores fogosos y templados eran muestra evidente de que un ciclo se había cerrado, mal que algunos esperaran ilusionados la producción de un prodigio (salvo que conocieran el plan de Leiva).

Los mismos debates que con acopio de ilustración se desarrollaban en la sala eran repelidos u ovacionados por el público; a la desafortunada intervención del señor obispo Lué, un coro de alaridos le hizo marco para desautorizarlo y desde la Plaza llegaban las voces más exaltadas “¡Abajo Cisneros!”, “¡Que hable Castelli!”

Castelli, como un tribuno de la Francia revolucionaria se puso de pie sobre su propia silla y emitió un discurso intenso, elocuente, emotivo y a la vez racional, que recibió halagos interminables de la muchedumbre. Pero el otro sector no estaba compuesto por incapaces; apareció el famoso fiscal Villota y su palabra serena destruyó argumentalmente la elaborada construcción de Castelli, la primera espada de los criollos.

Cundió el desconcierto en las filas patriotas a partir de ese momento; se miraban unos a otros buscando un Demóstenes que sumara a la fuerza de sus conceptos la dinámica de una oratoria arrolladora. Los ojos se volvieron a Castelli, pero éste miraba el suelo, desconcertado.

¿Dudaba Castelli? Si, dudaba.

De pronto se irguió sobre si mismo y acometido por un furor ciego lo arrebató de su asiento al diminuto Paso y tomándolo por las solapas lo arrojó literalmente el ruedo. El hombre sereno y cauteloso, el ex seminarista, el ilustre profesor de filosofía, se encontró de pronto en medio de la Sala, con un auditorio que cantaba victoria anticipada después de la intervención de Villota y otro que de forma anhelosa aguardaba con ansiedad una inspiración salvadora.

Y Paso no defraudó a los suyos. Se mantuvo unos instantes en silencio, como si tratara de ordenar sus pensamientos; carraspeó, vaciló al comienzo, pero poco a poco fue desarrollando una doctrina que doblegó a los oponentes, los dejó sin argumentos y revirtió la derrota en triunfo.

Puede decirse que Paso salvó la revolución; sin sus afortunados y elaborados conceptos la revolución igual se hubiera impuesto, pero habría sido el triunfo de una mayoría, la imposición de la fuerza, la dictadura del número. Paso le dio contextura moral y justificación filosófica; el pronunciamiento de los patriotas no era una revuelta vacía de contenido y ausente de justicia; los gritos ensordecedores del público habían sido homologados por un hombre pequeño de estatura pero inmenso de contenido, que los transformó en derecho inalienable.

Concientes de la importancia de la cantidad, el público agregó otro grito al ya conocido de “¡Abajo Cisneros!”; ahora la impaciencia y la victoria de Paso los animó del todo:

- “¡Que se vote, que se vote!”

Por abrumadora mayoría triunfó la tesis de los criollos. Pero no todos quedaron conformes con el resultado. Mariano Moreno, por caso, no podía

ocultar su desazón. Cabizbajo, acurrucado en un rincón, sin dejar de menear la cabeza, decía en un susurro: “El Cabildo habrá de traicionarnos, acabo de enterarme y si no nos prevenimos, habrán de ahorcarnos; algunos que andan entre nosotros serán los primeros en echarnos el guante”.

Por desgracia, Moreno tuvo razón (no con la horca, por supuesto) y entre Leiva y el virrey se confabularon para que el movimiento revolucionario se detuviera en un término medio que no importase el triunfo de unos ni la derrota de los otros. La jugada tenía las aristas de la perfección: un nuevo gobierno, si, pero en manos del Cabildo y presidido por el virrey, con todas las atribuciones del mando, incluso la de las fuerzas armadas. Si el Conde de Lampedusa hubiera vivido entonces, habría encontrado un ejemplo perfecto para el gatopardismo que dibujara: “que todo cambie para que nada se modifique”.

Cuando se supo de la constitución de este flamante gobierno, una convulsión generalizada se apoderó de Buenos Aires. No era para menos; si bien Castelli y Saavedra formaban en la Junta y la integraba además un hombre impoluto como era el párroco de Monserrat, la presidía el mismo virrey y eso era una bofetada para un pueblo que había ganado en la calle y en los votos.

Las horas del día 23 resultaron cortas para atender todos los asuntos; entre otros, preparar el bando que habría de imprimirse y publicarse en las esquinas de la gran aldea. Fueron cortas también para contener la conmoción de la gente; se sucedieron reuniones impacientes de revolucionarios que se sentían saqueados por Leiva y el virrey. Se esperaba a Castelli y Saavedra, que al formar en la nueva lista parecía que hubieran dividido al partido criollo; cuando llegaron ambos un dubitativo Castelli fue interpelado de viva voz:

- “¿Qué piensa hacer?”

Castelli fue tomado de sorpresa; frente a la excitación de todos los presentes se sentía en la misma situación del individuo que ha sido pillado in fraganti.

- “¿Yo.....?” ¡Yo voy a renunciar!! Exclamó recompuesto.

Saavedra, con la solemne compostura que le era común, dijo que habían aceptado en la creencia de que esa solución evitaba los riesgos de la anarquía, pero que él mismo había anticipado a Leiva que sujetaba la

decisión final a lo que resolvieran sus amigos. Un coro de eufóricos aplausos acompañó la decisión de ambos; la nueva Junta, había nacido muerta.

El tiempo corría con prisa. El 23 a última hora de la noche los jefes militares fueron citados al Cabildo para informarlos del bando que se publicaría al día siguiente.

Martín Rodríguez, comandante de los Húsares protestó con vehemencia por la decisión tomada contra la opinión del pueblo: ¡Nada menos que Cisneros, el hombre más repudiado del momento, encargado de presidirla!

Leiva interrogó a de la Quintana (el que fuera héroe junto a Liniers en las Invasiones Inglesas) quien dijo lo que era de esperar: si los Arribeños y los Patricios estaban disconformes, nada podría él hacer a favor de la nueva Junta. Ortiz de Ocampo, en nombre de los Arribeños, sumó su voz a la de Martín Rodríguez.

Sin embargo, el habilidoso síndico no se dio por vencido. “Qué mayor garantía quieren Ustedes que la presencia de Saavedra?” Y agregó, como para rematar el tema: “Entra en el gobierno el doctor Castelli ¿pueden pedir mayores seguridades?”.

Los comandantes militares se expidieron en un solo sentido: “Si tuviéramos que apoyar esta Junta presidida por Cisneros terminaríamos por disparar contra nuestro pueblo y es probable que los propios soldados no nos obedecieran”.

Sin embargo la actitud de los patriotas, a instancias de Tagle, fue tolerante: aceptaban que Saavedra y Castelli formaran parte de la Junta, pero continuarían exacerbando las pasiones del pueblo y de los cuarteles para vencer a los oponentes. Los dos representantes del partido criollo debían ocupar su cargo en la Junta solo para evitar que Cisneros fuera de hecho el jefe máximo. Y así fue.

En la madrugada del 24 todo el pueblo estaba de pie en los cuarteles y haciendo rondas por las calles. Los rondines desafiaban la pena impuesta por la ley (era de muerte) a quien descolgara los bandos y en abierto desafío arrancaban los carteles que informaban la composición del nuevo gobierno para destruirlos sin miramiento alguno o prenderles fuego.

En ese clima de hostilidad, se reunió la Junta y recibió el informe de los cuerpos militares de que no aceptarían órdenes de Cisneros. Castelli sugirió que el virrey aceptara renunciar por adelantado al mando de las tropas, pero éste lo consideró humillante y se negó a firmar. “Entonces yo renuncio”,

dijeron con solemnidad Castelli y Saavedra. Ofuscado, Cisneros exclamó “¡Entonces renunciemos todos”.

Así se hizo. Esa Junta, que había nacido como fruto de una intriga palaciega y se había forjado como una burla a la voluntad popular, fue nonata; terminó en un recinto vacío, tan vano como aquél en que se la había pergeñado.

Un último intento hizo el Cabildo por enervar la voluntad generalizada de terminar con la existencia de ese gobierno. En el esfuerzo final, Leiva elaboró la tesis de que una vez instituida, la Junta era la única autoridad existente y por lo tanto su disolución se convertía en un acto impracticable, salvo que bajo la propia responsabilidad de sus miembros estuvieran dispuestos a arrojar el país a la anarquía. En el intento terminal por no ver convertida en cenizas su elaboración, resultado acumulado del talento persuasivo de que estaba dotado y su notable versación, sostuvo que era imprescindible que se consultara a los jefes militares.

¿A favor o en contra de los revolucionarios la sugerencia del síndico?

La pregunta no es obvia (y no tendrá respuesta), porque su ingenio no podía suponer con ligereza que cabría la posibilidad de que los militares – todos ellos fogosos revolucionarios – pudieran respaldar una Junta presidida por Cisneros. Sin embargo, Leiva insistió con esa consulta, con el resultado que era de descartar: la unanimidad de los oficiales demostró que la paciencia se había agotado.

El día 25 amaneció con un Cabildo dispuesto a un intento tan absurdo como postrero: aceptar la renuncia y separación de Cisneros, pero manteniendo la misma composición de la Junta. En la instancia desesperada, el partido realista apostaba a la moderación de Saavedra, la ecuanimidad del padre Sola (el párroco de Monserrat) y sobre todo a la influencia que Leiva pudiera seguir ejerciendo sobre ellos. Por supuesto, también fue tarea vana.

La muchedumbre sobrepasó las vallas que protegían el ingreso al edificio. Entró en alud a su interior y comenzó a golpear las puertas de la Sala de Deliberaciones, aterrorizando a los cabildantes. Los cabecillas del movimiento, French, el padre Grela, Chiclana, Beruti y López y Planes reclamaban de viva voz que se abrieran las puertas al pueblo y ante la flemática consulta de Leiva:

“¿Ustedes que quieren, señores?”

“¡La separación de Cisneros!” respondió al unísono la multitud.

Acto seguido los dirigentes entregaron la lista que se había confeccionado en casa de Azcuénaga: Presidente, Saavedra; Secretarios, Moreno y Paso; Vocales, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea. Ya no cabían más pretextos y esa lista fue consagrada.

4) LA REVOLUCION PREVISIBLE

Como se sabe, la Junta prestó juramento en nombre del rey Fernando VII.

Esto ha permitido a algunos estudiosos sostener que en rigor de verdad el 25 de mayo de 1810 no fue un acto emancipatorio y que recién en 1816 se logró la verdadera Independencia.

Por varias razones no compartimos este punto de vista. Ante todo, digamos que a la vista penetrante de los principales jefes españoles no escapaba el propósito independista de los movimientos revolucionarios que se estaban llevando a cabo en América en nombre del rey preso. Prueba de ello fue la dureza con que se reprimieron anteriores levantamientos, por caso los de La Paz y Quito, no obstante que ambos habían jurado fidelidad al rey Fernando (en La Paz, al menos al comienzo). Lo mismo ocurrió con los alzamientos de Méjico.

Pero por si no fuera suficiente con estos precedentes téngase en cuenta cual fue el primer acto de la flamante Junta de Mayo: en el plazo perentorio de quince días debía alistarse un ejército expedicionario de “por lo menos quinientos hombres”.

La misión de esta fuerza (en realidad se formaron dos ejércitos, uno al mando de Ortiz de Ocampo y otro a las órdenes de Belgrano) era marchar a las provincias del interior (en especial Oruro y La Paz, pero como se sabe también se dirigió al Paraguay) con el objeto de garantizar a los patriotas de esas regiones la libre elección de representantes al Congreso General que se haría en Buenos Aires.

El propósito de este Congreso en sus enunciados es más elocuente que la propia explicación: estaría encargado de establecer la forma de gobierno que se considerara más conveniente. Y ese era en lo fundamental el peligro que deseaban eliminar los europeos: se sabía que detrás de la “forma de gobierno” iba implícita la separación definitiva de la metrópolis.

¿Para qué un ejército bien armado y pertrechado si no era porque se preveían enfrentamientos bélicos? ¿Para qué ejércitos dispuestos a la pelea

entre fuerzas militares que reconocían como autoridad suprema al mismo rey? ¿Por qué se llamaban “patriotas” los que se sumaban a la causa revolucionaria de Buenos Aires y “realistas” a quienes la resistían?

La única respuesta real a todas estas preguntas es que el 25 de mayo de 1810 había nacido un gobierno revolucionario, dispuesto a separarse de España tanto como de su rey, aún cuando de manera formal invocara su acatamiento. Por el mismo camino habían transitado, con distinta suerte, otros pueblos de América, lo que ya hemos referido.

Pero lo único cierto, imposible de confrontar, es que Buenos Aires fue la única ciudad de todas las colonias americanas en que el movimiento no fue ahogado en sangre. Fue la única ciudad que una vez elegido su modelo revolucionario no pudo ser reconquistada por la reacción realista. Fue amenazada, es cierto, pero la levedad del peligro evidencia también la fortaleza que la respaldaba.

Se podrán dar argumentos variados para sostener las causas del éxito; sin duda una de ellas será la relacionada con su ubicación, alejada de los centros de poder. No tuvieron esa suerte Chuquisaca ni La Paz; tampoco Quito: la cercanía del general Goyeneche y el virrey Abascal las hacía presa fácil para la inmediata represión del alzamiento.

Pero el argumento de la ubicación geográfica extrema es rebatible con facilidad: Montevideo, una plaza inmediata a Buenos Aires, estaba en poder realista y constituyó una amenaza por agua a la rebelión de la capital del virreinato. Sin embargo la ciudad resistió los bloqueos, el riesgo que entrañaba un puerto de recalada cercano para tropas enemigas y la obcecación de Elío. A la postre terminaron esparciéndose las ideas revolucionarias entre los propios hijos del país hasta que estos, con la asistencia de Buenos Aires, expulsaron el poder realista.

De ese modo, regresamos a la tesis enunciada en esta obra. La verdadera causa del triunfo revolucionario debe buscarse en la propia fortaleza de Buenos Aires, templada de manera secular en el patriótico empeño de asegurar la soberanía en la Colonia del Sacramento primero y durante las Invasiones Inglesas después.

Se le había confiado, sin órdenes expresas, actuar como un marquesado, defendiendo el confín del imperio español. Durante más de un siglo vivió sobre las armas, con la amenaza del reino de Portugal, siempre insaciable y codicioso.

Después del siglo heroico de los Garro, los Vera y Música, los García Ros, los Zabala, los Cevallos, su entereza fue puesta a prueba con la primera invasión de los ingleses. La ciudad, sometida por un golpe de mano audaz y certero de Beresford, reaccionó con soberbia indomable y consiguió reconquistar la ciudadela.

La segunda invasión fue preparada por Gran Bretaña con la meticulosidad de que suelen hacer gala los ingleses: un gran ejército, transportado por una inmensa flota, cuyas velas desplegadas tapaban el horizonte. Ni siquiera pudo llegar al centro de la ciudad: antes fue vencido.

Como ocurrió tantas veces a lo largo de la historia, la marca se fue transformando poco a poco en un feudo, con vida propia, construyendo su propio destino: ése fue el 25 de mayo de 1810.

España no dejó nunca de ser la fundadora de esa civilización y de hecho bajo su pabellón se atacó Colonia y se expulsó a los ingleses. Superado el período amargo del enfrentamiento, los valores que inculcara no cayeron en saco roto.

Sin sus misioneros y sus universidades, el orden administrativo, el fecundo trabajo de sus sacerdotes, la valentía de sus soldados y la sabiduría de sus leyes (muchas veces burladas a la sombra de la distancia), las colonias habrían quedado sumidas en la barbarie y la ignorancia.

Con mucha razón y sobrada justicia, el presidente Roca eliminó en 1900 las estrofas del Himno Nacional que eran ofensivas a la madre patria y que habían sido compuestas en los acalorados momentos de la guerra emancipadora.

Era de prever. Como los reinos de Europa, que aún después de terminado el Imperio seguían invocando a Roma como fuente de legitimidad de sus actos mientras delineaban el perfil de su propia nacionalidad, Buenos Aires juraba en nombre del rey prisionero mientras actuaba sin flaquezas en el entramado de la futura Nación Argentina.



Gastón PÉREZ IZQUIERDO

Es abogado y escribano egresado de la UBA;

se graduó en Diplomacia en la Universidad del Salvador y en Derecho y Política Internacional en la Universidad de Roma a cuyas aulas concurrió mediante una beca obtenida por concurso.

Se doctoró en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de La Plata, donde fue profesor de Derecho Internacional Público y Política Económica.

Ha sido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de La Plata, Intendente Municipal de Lanús, y Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Preside en la actualidad la Fundación “Emilio J. Hardoy”.

Ha colaborado con los diarios La Nación y La Nueva Provincia y

es columnista habitual de La Prensa.

Publicó

“La Última Carta de Pellegrini”,

“La Mirada Global”,

“Adolfo Alsina, Caudillo y Estadista”,

“Los Marqueses de Buenos Aires”,

“La Invasión de Inglaterra 200 años después”, y

“La Campaña del Desierto” estos dos últimas obras junto a otros miembros de la Academia Argentina de la Historia, corporación que integra.

Fue publicada además la ponencia que presentara en el Congreso de bicentenario, evento organizado por esa Academia y el Círculo Militar.

Vive y trabaja en Lanús, está casado y tiene cuatro hijos y seis nietos.